

LA CONVIVENCIA EN COLOMBIA

Más allá de las armas

GUILLERMO SOLARTE LINDO



Misión Rural

Volumen 7

IICA
•
TMI EDITORES

IN RURAL

161 v.7

B2704

La Misión Rural: Transición, Convivencia y Sostenibilidad, es un proyecto altamente participativo que se creó con el propósito de definir políticas de largo plazo para el sector rural colombiano.

Al proyecto se vincularon los distintos actores del sector tanto en el nivel nacional como regional; en este sentido, el proceso contó con la participación activa de las asociaciones campesinas, gremios de la producción, centros de investigación, universidades, instituciones oficiales del sector y organismos internacionales.

Para el desarrollo del trabajo participativo se conformó la Red Transitar con nodos en las regiones Corpes liderados por la Universidad del Valle, la Universidad Industrial de Santander, la Universidad del Norte en Barranquilla, y los Corpes de Orinoquia y de la Amazonia.

Podríamos afirmar que esta colección es una renovada forma de ver los problemas del sector rural, colombiano y se constituye en un nuevo paradigma de interpretación de la sociedad rural, en sus aspectos políticos, económicos, ambientales, culturales y sociales.

El lector podrá encontrar elementos que le permitirán conocer de manera global la gran complejidad de los problemas y perspectivas de la sociedad colombiana desde un punto de vista de lo rural.



Biblioteca Conmemorativa
ORTON - IICA - CATIE
22 SEP 2005
RECIBIDO
Turkey, Costa Rica

Misión Rural

Biblioteca Conmemorativa
ORTON - IICA - CATIE
22 SEP 2005
RECIBIDO
Turkey, Costa Rica

Misión Rural

La convivencia en Colombia: más allá de las armas

Guillermo Solarte Lindo



Con la colaboración de
Lina María Castaño Mesa
Héctor Arena Amorocho



FINAGRO
Vigilado por la Superintendencia Bancaria

llegamos al campo a través
de las entidades financieras



303.6409861
5684
v. 7

Consejo de Dirección Misión Rural

Cecilia López Montaña
Directora de Planeación Nacional

Antonio Gómez Merlano
Ministro de Agricultura

Jesús Antonio Bejarano
Presidente de la Sociedad de Agricultores de Colombia

José Martínez
Presidente de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ANUC

Carlos Anczar Rico
Coordinador del Consejo Nacional Campesino

Jorge Visbal Martelo
Presidente de la Federación de Ganaderos de Colombia

Carlos Ernesto Leño
Asociación Nacional de Industriales, ANDI

Edgardo Moscardi
Representante IICA Colombia

Rafael Echeverri Perico
Presidente de la Misión Rural



Las opiniones de los autores expresadas en la presente publicación
no comprometen a las instituciones.

© Guillermo Solarte Lindo
© IICA - Misión Rural

© Finagro en coedición con Tercer Mundo Editores
Primera edición: septiembre de 1998
Primera reimpresión: mayo de 1999
ISBN: 958-601-802-4 (obra completa)
ISBN: 958-601-804-0 (volumen)

Diseño de cubierta: Héctor Prado Misas, Tercer Mundo Editores
Edición, armada electrónica, impresión y encuadernación:
Tercer Mundo Editores
E-mail: tmundoed@polcola.com.co. PBX: (571) 312 6816
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

CONTENIDO

QUÉ ES LA MISIÓN RURAL vii

PRÓLOGO ix

LO MÁS PROFUNDO ES LA PIEL: Bases para la comprensión del problema 1

1. Lo más profundo es la piel 1
2. Del poder a la impotencia 3
3. La ilusión democrática 7
4. Sociedad ilimitada 10
5. La guerra y a paz 11
6. Conocer, re-conocer e inventar 12

A SANGRE FRÍA 17

1. A sangre fría 17
2. Una versión de los acontecimientos 1998 31
3. La cuestión nacional: un camino incierto 37

EL ETERNO RETORNO 39

CREAR SOCIEDAD 49

1. Crear sociedad 49
2. Un escenario pacífico: la democracia innovativa 54
3. Economía de paz, ecos de libertad 57

¿HACEMOS LAS PACES? 67

1. Valores o principios mínimos para acceder a un proceso 70
2. Mínimos para la definición de una agenda de paz 70
3. Acuerdos mínimos 71
4. Mínimos para el pos-conflicto 71

This One



TGLC-9B4-ZSRR

Digitized by Google

ESTRATEGIA DE PEDAGOGÍA POLÍTICA “CREAR SOCIEDAD”	73
Presentación	73
1. Premisas básicas de la estrategia	74
2. Algunos elementos de la política	75
3. La ética de la responsabilidad pública y privada	75
4. Sobre la educación	76
5. Sobre la democracia y sobre la ciudadanía	78
6. La Misión y los objetivos	79
7. Ámbitos de acción	80
8. Ejes de la estrategia	82
A. Colombia: Más allá de las armas	85
B. Red nacional de pueblos: una utopía civilizatoria	86
UNA REFLEXIÓN FINAL	92
POSDATA	93
ANEXO ESTADÍSTICO	94
REFERENCIAS	107

QUÉ ES LA MISIÓN RURAL

La Misión Rural fue un ejercicio de prospectiva para el campo colombiano, liderado por el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, IICA, con el apoyo del Departamento Nacional de Planeación, el Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, la Red de Solidaridad Social, Colciencias, Fonade, el Corpes de Orinoquia, el BID, el Banco Mundial, la AID del gobierno de los Estados Unidos, la agencia cooperación alemana GTZ, el PNUD y la FAO.

Se conformó un Consejo de Dirección integrado por la Directora del DNP, el Ministerio de Agricultura, el presidente de la SAC, el presidente de Fedegan, el presidente de la ANUC, el presidente del Consejo Nacional Campesino, el presidente de la Cámara de Alimentos Balanceados de la Asociación Nacional de Industriales y el Representante Residente del IICA en Colombia.

El trabajo técnico contó con un conjunto de expertos que lideraron la investigación y el análisis técnico en las áreas de dinamización productiva, economía campesina, sostenibilidad, pobreza rural, educación, ciencia y tecnología, convivencia, institucionalidad y género. Igualmente se desarrollaron trabajos de investigación complementarios en las áreas de legislación, empleo rural, condiciones macroeconómicas, transición comercial agrícola, crédito rural, arrendamiento de tierra y eficiencia de pequeños productores. En términos regionales se realizaron diagnósticos y propuestas de política para las regiones atlántica, occidental, centro oriental, amazónica y orinoqués.

Además del IICA, se vincularon directamente en el trabajo otras entidades como la FAO, el CEGA, el Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico de la Universidad de los Andes, CEDE, las universidades del Valle, Industrial de Santander, del Norte, la de Maryland, de Wisconsin y los Corpes de la Orinoquia y de la Amazonia.

Para asegurar un trabajo colectivo y ampliar la discusión de los diagnósticos y construcción de las propuestas se creó la Red Transitar con la participación de organizaciones de productores, campesinos, sindicatos, académicos y funcionarios del sector rural. Se realizaron 64 mesas de trabajo departamentales (dos por departamento), 15 encuentros regionales (tres por región), dos reuniones nacionales, un encuentro colombo-venezolano para la Orinoquia y una conferencia latinoamericana, convocada conjuntamente con México y Chile, con la participación de diez países y de los organismos internacionales del hemisferio. Durante el año de trabajo se realizó un Foro Permanente que se reunió en 15 oportunidades para trabajar los temas más importantes que surgieron de las discusiones de los diagnósticos y propuestas.

La Misión Rural pone sus publicaciones a disposición de la opinión pública, de las organizaciones del sector rural, las autoridades gubernamentales y la academia nacional e internacional, para su escrutinio y con la intención de contribuir al análisis y a la definición de líneas de acción de política que permitan que este esfuerzo se materialice en acciones reales, mediante la apropiación de sus resultados y el debate, particularmente como un instrumento que nos acerque a acuerdos inteligentes y viables para alcanzar la paz en Colombia.

Se han organizado en dos series: Documentos de la Misión Rural, que cuenta con 14 volúmenes: *La Misión Rural. Red Transitar - Transición - Convivencia - Sostenibilidad - ¿Puede el sector rural colombiano ser un jalonador del desarrollo económico? Institucionalidad - Reforma Agraria - Educación - Pobreza - Temas forestales y faunísticos - Estrategias ambientales para el manejo del agua y el transporte en la Orinoquia - Arrendamientos de tierra - Desarrollo Rural de la Orinoquia colombo-venezolana.* Editados y publicados directamente por el IICA - Misión Rural.

La segunda corresponde a los volúmenes Misión Rural, publicados en coedición con Tercer Mundo Editores: *Colombia en transición, de la crisis a la convivencia: una visión desde lo rural - Del proteccionismo a la apertura - Desarrollo y equidad con campesinos - Tras el velo de la pobreza - Sostenibilidad y medio ambiente - Expedición a la diversidad - Poder y crisis institucional - La convivencia en Colombia - Para empoderar a las mujeres rurales.*

PRÓLOGO

Este escrito no es un diagnóstico en el sentido que tradicionalmente se entiende y que está estrechamente relacionado con la idea médica de que identificado el mal, la cura es cuestión del remedio que se utilice. Tampoco surge sobre la idea, que si no hay cura es necesario esperar a que el mal acabe con el paciente y éste se resigna a morir felizmente.

Tampoco una historia de la confrontación bélica ni mucho menos la de sus líderes. Se niega, asimismo, este escrito a ser un detallado informe estadístico, aunque tiene tantas cifras que logra mostrar la torpe insensatez de aquellos que piensan que la violencia produce algo distinto a infelicidad.

Se nutre de trabajos anteriores realizados por investigadores de distintas corrientes, de las estadísticas recogidas en diferentes fuentes, de entrevistas realizadas a un número significativo de líderes colombianos, se ha analizado la información producida por los medios de comunicación y los distintos comunicados de los grupos armados.

Intenta centrarse en el ámbito de la política, pero ésta, inevitablemente nos sumergió en aquellos interrogantes que han acompañado al hombre a través de su odisea en este planeta. Desde las preguntas ¿Es posible ser libre? ¿Cuál es el camino de la felicidad? ¿Qué es lo que nos hace distintos? Hasta ¿Qué es lo que hace que la violencia esté presente en todas las sociedades a lo largo de la historia? Han ido inundando la reflexión y nos han hecho precipitarnos en un mar de dudas.

Tal vez la pregunta que nos ha servido de horizonte constante ha sido ¿Qué es lo que precipita a una sociedad a la crisis y qué es lo que hace que esta crisis conduzca a una ruptura total de la convivencia, que es la guerra?

De igual manera y en el panorama de la sociedad colombiana de finales de milenio encontramos desafíos que orientan o perfilarían el escenario deseable. Estos desafíos podrían ser:

¿Cómo organizar políticamente el país de tal forma que se establezca una democracia real, en donde los conflictos sean resueltos de manera pacífica?

¿De qué manera afrontar el proceso acelerado de cambio hacia la globalización? Y ¿cuál es el modelo socioeconómico sostenible que permitiría que nuestras próximas generaciones no hereden un país destrozado por la explotación irracional de los recursos naturales, de nuestra biodiversidad y de nuestra cultura?

Puesto que asumimos la formulación de la agenda como un proceso participativo y abierto, creemos que este texto cumple lo que podríamos entender como una invitación a reflexionar y construir una visión compartida y por la tanto más diversa y plural.

A Susana, Daniela, Ana, Myriam

LO MÁS PROFUNDO ES LA PIEL

Bases para la comprensión del problema

1. Lo más profundo es la piel

En 1947, hace 50 años, la Comisión de las Naciones Unidas para la Redacción de los Derechos Humanos, trabajaba en la declaración que se publicaría en 1948. Para esto la Unesco realizó un trabajo en el cual se recogieron opiniones de hombres destacados en distintos campos: P. Teilhard de Chardin, Aldous Huxley, E.H. Carr, Salvador de Madarriaga, Benedetto Croci, Mahatma Gandhi, entre otros¹.

Gandhi respondió al director general de la Unesco la siguiente carta, con fecha de 25 de mayo de 1947.

Querido doctor Julian Huxley:

Como ando constantemente de un lado para otro, nunca recibo el correo a tiempo. A no ser por su carta a Pandit Nerhu, en la que se refiere a la que me dirigió a mí, podría no haber recibido la suya. Pero veo que usted ha dado a las personas a quienes se ha dirigido tiempo suficiente para que puedan contestar. Escribo ésta en un tren en marcha. Mañana cuando llegue a Delhi será copiada a máquina.

Me temo que no pueda darle nada que se aproxime al mínimo que usted indica. Lo cierto es que no tengo tiempo para hacer este esfuerzo. Pero todavía es más cierto que leo muy poca literatura pasada o presente, aunque me encantaría poder leer algunas de las obras maestras. Viviendo como vivo desde mi juventud una vida turbulenta, no he tenido tranquilidad para dedicarme a la lectura.

De mi ignorante pero sabia madre aprendí que los derechos que pueden merecerse y conservarse proceden del deber bien cumplido. De tal modo que sólo somos acreedores del derecho a la vida cuando cumplimos el deber de ciudadanos del mundo. Con esta declaración fundamental, quizás sea fácil definir los deberes del Hombre y la Mujer y relacionar todos los derechos con algún deber correspondiente que ha de cumplirse. Todo otro derecho sólo será una usurpación por la que no merecerá la pena luchar.

La carta adquiere un valor sin igual en las circunstancias en las que se encuentra este territorio, llamado relativamente hace poco, Colombia. De ella se desprenden varios interrogantes, diversas enseñanzas y un gran valor político: el pacifismo activo y radical de Gandhi.

En la misiva, Gandhi hace poner los ojos sobre el centro de la cuestión colombiana: la separación existente entre lo que nos corresponde como colombianos

¹ *Los derechos del hombre*, Editorial LAIA, 1976.

—derechos— y lo que tenemos que hacer para lograrlo —deberes—. Es en esta relación entre derechos y deberes en donde se funda un sistema político democrático, allí es donde adquiere una sociedad sus mayores responsabilidades, es la base del acuerdo o pacto social sobre el cual reposan la Libertad, la Solidaridad, la Cooperación, la Tolerancia, la Equidad, valores que hacen posible la Convivencia. El entrelazamiento indisoluble de estos valores y el juego social que se deriva de ellos, es decir, su puesta en práctica, es lo que hace posible la civilización. En ellos están establecidos los límites que posibilitan el logro de objetivos sociales y permiten la resolución de los conflictos por vía no violenta.

La democracia como sistema político encuentra su raíz más profunda en el consenso o acuerdo colectivo denominado Constitución y, que fundamentado en la relación indisoluble derechos-deberes, se constituye en el marco ético-político del Estado y la sociedad civil. Aunque los acuerdos son fundamentales para el desarrollo de la democracia, esto no es suficiente. Su desarrollo está bastante condicionado por la capacidad que tenga una sociedad para organizarse políticamente, para movilizarse pacíficamente en defensa de lo que es justo, de lo que está establecido, para exigir el disfrute de la libertad cuando es amenazada por el uso inadecuado del poder; para disfrutar de su soberanía como nación libre, para participar en la comunidad internacional en igualdad de condiciones con las otras naciones independientemente cual sea su estado de desarrollo o su poderío militar. En fin, lo democrático no es sólo lo que está escrito, es un proceso continuo y vital de aproximación a la sociedad deseada desde la convivencia.

Podría afirmarse que la convivencia es un horizonte al que hay que irse aproximando a través de la resolución de los conflictos por la vía del diálogo, el consenso, el pacto. Valdría la pena destacar que es necesario que los principios establecidos en la Constitución, penetren las relaciones entre los individuos y grupos, en este sentido: la familia, como un espacio vital donde se experimenta la convivencia en la práctica; las relaciones con los amigos; las de compadrazgo, las de vecindad, etc. Son esta trama de compromisos, solidaridades, respetos, los que permiten construir unas relaciones sociales donde los conflictos no desembocan en violencia. Es aquí donde podría estarse configurando el ciudadano.

Tal vez sería importante empezar a reconocer que los conflictos no van a dejar de existir, sino como escribió Estanislao Zuleta en “Sobre la guerra”: *“Una sociedad mejor es una sociedad capaz de tener mejores conflictos, de reconocerlos y de contenerlos. De no vivir a pesar de ellos, sino productiva e inteligentemente en ellos”*².

La violencia, por otra parte, no es otra cosa que la muestra de la incapacidad que tiene una sociedad para entenderse, para creerse a sí misma, para construirse colectivamente, es decir políticamente. En el extremo de esa violencia está la

² Estanislao Zuleta: “Sobre la guerra”, en: *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva*. Procultura S.A.

guerra, espacio donde el hombre deja de ser hombre, donde la humanidad ha perdido su sentido. Espacio, único, donde la muerte es legítima; donde se busca acabar con el otro y se termina acabando con todo, con la vida. Kipling, un escritor inglés pero nacido en Bombay, decía algo que puede ser útil: “*la primera víctima de la guerra es la verdad*”, en nuestro país ésta parece haberse convertido en el objetivo estratégico de aquellos que desean situarnos en esa cultura de la violencia, de la masacre, del odio, de la corrupción, de la insensibilidad. Las imágenes virtuales de la muerte nos alejan de la tragedia, nos convierten en espectadores y a la guerra en un espectáculo en donde lo cruel es nuestra propia apatía, nuestro deseo ferviente de que no suceda nada cerca y nuestra esperanza de que lo peor ya pasó. Esas imágenes que inundan nuestra cotidianidad parecen acercarse lentamente a la civitas, a la ciudad, a la civilización, están rompiendo con toda su fuerza los lazos, el tejido construido se debilita, se cuestiona, la confianza en un proyecto de sociedad se ha diluido en montones de intereses, de palabras, del dominio del más cruel de los metalenguajes: el lenguaje militar y con el aparejada de su mano la militarización de la sociedad y la de las soluciones. Las batallas verbales emitidas por los medios nos muestran con claridad que se ha perdido la razón, que ella, que es fundamento de la democracia, empieza a hablar el lenguaje de la fuerza.

Si la convivencia es un horizonte, un proceso continuo de acercamiento a la civilización, de neutralización de las ideas y las acciones violentas, ésta no se logra en el aislamiento individual o alejándonos del otro o escondiéndonos en nuestra seguridad, sólo aferrándonos a la vida, a los compromisos comunes, a la felicidad, al más fugaz de los optimismos, podríamos avanzar. Es posible que sólo entendiendo la convivencia como un desafío por el que vale la pena trabajar de manera pacífica y cooperada, podríamos lograrla. Acaso el primer paso estaría expuesto en esta frase de Estanislao Zuleta: “...sólo un pueblo escéptico sobre la fiesta de la guerra, maduro para el conflicto es un pueblo maduro para la paz.”³

2. Del poder a la impotencia

Se entiende el Estado, en este caso, no como una abstracción, sino más bien como una práctica de poder, un ejercicio del mismo que ordenaría desde el interés general; una delegación de la sociedad que, desde lo que podría ser una voluntad general, garantizaría el desarrollo de los acuerdos.

Su lado perverso y bastante común sería la ordenación a partir de los intereses particulares, (económicos, políticos, de los medios, militares) en donde no existe lo común, lo que une y el interés de lo particular, de lo individual, de unos pocos se hace dominante⁴. Es posible pensar que un debilitamiento del Estado provenga

³ *Ibid.*

⁴ *En el mismo barco*, Peter Slotardij, Editorial Siruela.

entre otras muchas cosas de la imposición de los intereses de aquellos que acudiendo a la fuerza o al uso inadecuado del poder logran lo suyo debilitando progresivamente la credibilidad sobre las instituciones. Así como en el caso de la violencia es ingenuo ubicar sus causas en nuestro espíritu o nuestros rasgos culturales, en el caso de la corrupción sucedería lo mismo, la corrupción es un problema relacionado directamente con los poderes: sus maneras y estilos para consolidarse y perpetuarse. Tener poder, político, económico, militar, o de los medios se ha convertido en sinónimo de poseer capacidad de manipulación en beneficio propio. Es claro que un análisis detenido y crítico de la situación de las instituciones del Estado permite ver que en ellas, las prácticas corruptas son de uso generalizado.

También el análisis podría hacer visible una situación dramática, en medio del dominio de estas prácticas se tiende a presentar como solución la restructuración de la institución dejando sin tocar las relaciones de poder que las crean y las fortalecen. Resulta ingenuo y bastante costoso para el país modernizar instituciones sin modernizar las prácticas del poder político y las organizaciones políticas. Un ejemplo claro en este sentido, es la manera como las instituciones creadas para controlar o garantizar transparencia están sumergidas en la ineficiencia, inoperancia y corrupción que se derivan de esas prácticas.

Valdría la pena enfatizar una situación que deriva y perpetúa ese uso del poder en el país y que ha provocado un divorcio de la comunidad y el Estado: la apatía, generada por la falta de credibilidad hacia las organizaciones políticas y la inexistencia en éstas de propuestas que orienten al Estado sobre intereses colectivos, una mirada atenta a lo que acontece en los partidos políticos colombianos, nos permitiría encontrar en ellos gran parte de las responsabilidades de la situación actual, pero acaso lo más dramático de ellos no sea sólo la existencia de prácticas corruptas o clientelistas a su interior sino la inexistencia de un proyecto nacional, de una propuesta de largo aliento que una a sus distintas colectividades y que sean alternativas, es decir distintas, opciones de caminos, que promuevan una verdadera participación política, no exclusivamente electoral.

Sin embargo, es bueno estar atento a la euforia participativa generada desde la Constitución del 91 y que ha tendido en muchos casos a convertirse en acciones legitimadoras del mismo poder establecido; desde ella se abren grandes espacios a la manipulación de la comunidad por parte del poder político, que sobre todo en algunas regiones usa el derecho de la población a participar y negocia los recursos del Estado en búsqueda de mantener su clientela electoral.

Quizás el mayor de los desafíos esté relacionado más con la necesidad de construir visiones o escenarios compartidos que con la urgencia de realizar planes eficaces de corto plazo para el manejo de recursos económicos, financieros o los llamados naturales. Podría pensarse que este desafío está relacionado con una urgencia: elaborar una imagen de sociedad, compartirla y definir estrategias, instrumentos, pero fundamentalmente acuerdos para lograrlo.

En las sociedades modernas, gran parte del papel de la construcción de esa imagen es asumido por las organizaciones políticas (movimientos o partidos) que en el marco de unas ideologías particulares agrupan los distintos intereses y orientan la planeación hacia un modelo definido de sociedad. En términos, quizás simplistas, esta dinámica mantiene e impulsa lo que se denomina democracia, una de las múltiples maneras de tomar decisiones políticas. Sin embargo, la realidad muestra que las mismas organizaciones políticas han perdido su credibilidad y que en muchas sociedades este papel está siendo asumido por otras organizaciones de la sociedad civil, pero en nuestro país, en lo relacionado con proyectos de carácter nacional y realmente transformadores de los asuntos de interés común, su rol es todavía incipiente.

Es evidente, en nuestro caso, que las distancias, esenciales a cualquier democracia, tienden a desaparecer y el acercamiento entre el poder económico y el político, por ejemplo, ha creado espacios fuertes y casi indisolubles entre los intereses de unos y otros. La trama de las relaciones entre los intereses de los distintos poderes permite ver con bastante precisión que el poder, o mejor aún, los poderosos, tienden a unirse, ¿a cerrarse? Acaso estemos a las puertas de la creación de alianzas entre los diversos poderes, que nos avisan un futuro dominado por monopolios en donde convergen estos intereses. Surge una sospecha, que es también un gran interrogante: ¿Quién gobierna?

Todo hace sospechar que se está produciendo un traslado radical de las responsabilidades. La política, las ideas y las organizaciones, son manipuladas por la ética de los negocios y por un espíritu, el del neoliberalismo, que recorre el mundo actual y cuyo impacto en sociedades como la nuestra empieza a revaluarse, a pensarse.

El poder económico monopoliza las decisiones, concentra los beneficios, reclama derechos mientras se eluden deberes. La ausencia de solidaridad y compromiso con un modelo económico más equitativo y justo, por parte de los poderosos es una realidad incuestionable, pero sería bueno entender que no se trata de filantropía o compasión sino más bien de justicia. Justicia que en el plano de lo social debería entenderse como la garantía de derechos mínimos que cualquier ser humano debe poseer: a la vivienda, a la alimentación, a la educación, a la salud.

Podría afirmarse, quizás irónicamente, que este proceso de deterioro del poder sucede en el marco democrático y se realiza en lo fundamental desde un pacto, acuerdo o contrato que toma el nombre de Constitución, es decir lo constituido, lo acordado. Dos cosas parecen ser razón y origen de esta ironía: o lo constituido no tiene la fuerza suficiente para acogerse de manera colectiva y por lo tanto habría que modificarlo, o la presión de los distintos poderes orienta su desarrollo, el de la Constitución, hacia el logro de privilegios o beneficios privados, particulares.

Romper lo acordado, tanto en lo individual como en lo colectivo, es un problema ético-político, que perturba ya no solamente el consenso sino también la vida en comunidad, en sociedad, allí nace la pérdida de confianza.

Además, la continua y sistemática ruptura de lo acordado significan violación de derechos que provienen del consenso y que constituyen el espíritu de lo que podría llamarse organización social. Si miramos desprevenidamente la historia del este país, encontramos que es la historia de la ruptura de acuerdos, de promesas, de consensos.

¿Pero quién es entonces el responsable de esas rupturas? Y ¿de qué manera se resuelven los conflictos originados en esa situación? Las respuestas a estos dos grandes interrogantes serían y han sido objeto de preocupación de estudiosos. Muchos de ellos han expuestos sus tesis y argumentos y casi todos aquellos que han dado en el clavo, son o desvirtuados o desatendidos y en el peor de los casos asesinados.

Todas las respuestas que podrían ser consideradas como importantes, si lo observamos detenidamente, coinciden en identificar el origen del problema en el nivel del poder: el político, el económico, el religioso, el militar y últimamente y al cual habría que poner especial atención, el de los medios de comunicación.

La historia de nuestra violencia, corrupción e impunidad no podría ser explicada identificando sus raíces en el nivel de nuestras características étnicas o culturales, tampoco en considerarlas como expresiones radicales del pueblo colombiano, o como la incapacidad que tenemos para resolver los conflictos de manera civilizada, sería necesario mirar con bastante detenimiento y perspicacia las formas como los distintos poderes interpretan este país y la manera como han intentado organizarlo desde sus respectivos intereses.

Se podría aventurar una afirmación: el territorio del dominio de los distintos poderes, en Colombia, parece estar signado por una situación que podría llamarse perversa, éste no se sustenta en la legitimidad sino en la impotencia de los que lo sufren. La impotencia tiene su origen en la desilusión y en la fuerza que el discurso político tiene para presentar lo indeseable como ineludible. La sociedad que elige, parece estar consciente que elige una promesa rota con bastante antelación. La inexistencia de un proyecto político produce efectos extraños a lo democrático, el ciudadano parece estar participando en la elección de imágenes individuales y promesas imposibles de cumplir.

Es pertinente mirar con detenimiento no sólo el concepto de legitimidad que ha sido incorporado a la vida del país sino también como ésta ha ido perdiendo su valor como un eje de la convivencia. La pérdida incuestionable y generalizada de legitimidad de las instituciones y de los líderes ha puesto en tela de juicio el principio de autoridad. Podría decirse que está operando un tránsito dramático de la autoridad legítima a la ilegítima. De hecho uno de los fenómenos más evidentes es lo que podríamos llamar la privatización de la seguridad y con ella la disolución

de las responsabilidades del Estado frente a la guerra, la delincuencia común, el narcotráfico, la violación de derechos humanos. Pero, ¿cómo podría el Estado orientar sus acciones en la mitad de una crisis que toca sus tres ramas, legislativa (ilegitimidad) ejecutiva (corrupción) judicial (impunidad)? Una tréada que juega con la democracia y la ilusión como lo haría un niño con una pelota en un campo minado.

3. La ilusión democrática

Es difícil argumentar en contra de la democracia colombiana. Tanto su institucionalidad como sus principios son incuestionablemente democráticos. Es más, discutir en torno a su fundamentación, principios, espacios de participación, derechos etc., no deja de ser una inútil y poco productiva acción en la cual la locuacidad del derecho le ganó por gran distancia la carrera a la justicia. En otras palabras, hemos establecido todas las reglas, hemos fijado los límites, hemos creado las instituciones, hemos elegido y nos han elegido, hemos logrado, a diferencia de otros países latinoamericanos, transitar por este siglo con pocos golpes de estado militares, pero de la misma manera hemos logrado transgredir todos los límites, romper todos los acuerdos, exterminar por vía violenta las alternativas, cerrar o agotar las posibilidades de eliminar la miseria, la desigualdad. Hay algo que nos hace sentir y sospechar que estamos hace años intentando montar una democracia sin haber sido educados para ella. O como diría el refrán popular compramos una hermosa silla pero nos falta la plata para comprar el caballo.

En otras palabras, el progresivo y veloz desvanecimiento de los principios y las posibilidades en la cotidianidad y la vida nacional muestran como ilusión lo que aparece en el papel como realidad. Sigue siendo un drama nacional, las distancias cada vez mayores entre lo que pensamos y lo que hacemos, entre lo que deseamos y lo que es posible. Nos toca empezar a descubrir y reconocer tanto lo que deseamos como lo que somos, pero no tanto lo que anhelamos como lo que estamos dispuestos a hacer para alcanzarlo. Nos podría pasar lo que en la mitología griega sucedió a Narciso, aquel personaje que ensimismado en su belleza se dejó atraer por la imagen hasta morir ahogado en ella.

Si lo que se denomina democracia se nutre del principio elemental de que es necesario llegar a acuerdos para lograr colectivamente lo que queremos como sociedad o como comunidad, es claro que este proceso de alcanzar acuerdos tiene como eje central el diálogo, pero ¿sí el diálogo es el eje de los acuerdo, ¿cuál es base que permite ese diálogo?

El poema de Juan Calzadilla⁵, poeta venezolano, nos daría una pista:

⁵ Juan Calzadilla, *Revista de Poesía* de la Casa de Poesía Silva.

Diálogo de una sola punta

- Aquí está la cuerda. Hale Ud. por esta punta mientras yo sujeto la otra.

- Pero ¿cómo? Si esto no es una cuerda. Es una serpiente.

- Entonces agarre Ud. la cabeza que yo asiré la cola ¡No vamos a pelearnos por un problema gramatical!

Es un hecho evidente que cualquier intento de llegar a acuerdos debería estar precedido de un principio radical de honestidad de los dialogantes (Estado-individuo, individuo-individuo, ciudadana-ciudadano, vecino-vecino, elector- elegido, amigo-amiga, hermano-hermana, padre-hijo, etc.) en donde la verdad y no el engaño, fuera asumida como el punto de partida sin el cual todo intento de diálogo quedaría roto. Los acuerdos que no están precedidos por este principio, son frágiles, cuestionables y efímeros. Sólo aquellos que se nutren de la confianza mutua podrían perdurar de una manera más sólida, son éstos los que permiten construir una convivencia duradera.

Aquellos acuerdos que han sido logrados a partir del engaño o en donde alcanzan, por negociación, ha prevalecer los intereses de unos pocos, se constituyen a su vez como el enemigo principal de la convivencia. Ellos producen la ilusión de vivir en una democracia cuando en realidad lo que se ha logrado es resquebrajarla. En el plano de la política podría afirmarse que uno de los enemigos más fuertes de la democracia y por tanto de la convivencia es la demagogia, entendida como una mentira, un engaño en el cual la ciudadanía termina asiendo la cabeza de la serpiente, y los políticos y el Estado cogiendo de la cola.

Rota la confianza y por lo tanto lo que hace posible un diálogo, el acuerdo se diluye o es postergado indefinidamente, la vida cotidiana fluye en medio de la incertidumbre y los interlocutores empiezan por asumir una actitud: la hipocresía, y terminan por creer que su razón debe ser impuesta por la fuerza, por la sagacidad o por la astucia. Son los primeros pasos para un divorcio que debilita sustancialmente la convivencia, la separación tajante entre lo que podría ser la moral individual y la cultura democrática.

Se han dado pasos grandes y mezquinos para reducir la democracia como un espacio político en donde el protagonista debía ser el individuo y sus derechos a un espacio de negociación de los intereses de los políticos, potentados (legales e ilegales) o grupos que con las armas en la mano dejaron hacer de pensar desde la razón y autoproclamándose la voz de todos nos han reducido a espectadores alienados de lo que verdaderamente se entiende por democracia y por política. Lo antidemocrático y lo antipolítico reina campante en un escenario nacional en donde cada vez y con mayor intensidad el libreto tragicómico del Frente Nacional se reescribe con la sangre abundante de una gran cantidad de ciudadanos colombianos,

mientras otra gran mayoría hace recordar aquella figura de los monos en donde uno se tapa la boca, otro los ojos y el otro los oídos en una representación perfecta de lo que nos está convirtiendo esa antipolítica aludida. No es la prudencia lo que, como en el caso de la figura citada, nos orienta, es el silencio bastante cómplice algo de lo que no nos permite ser ciudadanos.

La convivencia no puede ser construida en silencio, es la participación democrática activa y la discusión sustentada en la razón lo que la hace posible. El mejor amigo de cualquier autoritarismo es el silencio y por eso el primer objetivo de los violentos es silenciar. Producir estupor y miedo, pero sobre todo cobardía. Transcribo un texto de Mario Benedetti⁶ que nos ayuda a la comprensión de estas situaciones:

El verdadero valiente no es el que siempre está lleno de coraje, sino el que se sobrepone a su legítimo miedo. El miedo individual no es, en sí mismo, un rasgo despreciable; frecuentemente es harto más despreciable la circunstancia que lo provoca. Pero si el miedo es, por lo común, algo inevitable y espontáneo, un argumento más primitivo y por eso mismo más poderoso que todos los argumentos de la encumbrada, infalible razón, no pasa lo mismo con la cobardía. Naturalmente, la cobardía tiene algunos de los ingredientes del miedo; pero en tanto que éste no pasa de ser un estado de ánimo aquella en cambio es una actitud. En la cobardía, pues, el grado de responsabilidad es mucho mayor que en el miedo, ya que a su miedo natural y congénito, el cobarde suma la grave decisión de no afrontar algo, de no dar la cara. La cobardía, por el mero hecho de esa decisión, transforma el miedo en una culpa. Ahora bien, el especial estado de ánimo que la jerga ha dado en llamar cola de paja, es precisamente una antesala de la cobardía. No es la cobardía en sí, pero es la disposición de ánimo que va a caracterizar el decisivo minuto que la precede. Si tener cola de paja es sentirse culpable, esa culpabilidad tiene una determinada dirección: la de una actitud que es urgente asumir, y no se asume.

El poder de la fuerza, de las armas, de la violencia no solamente intimida, también es promotor de una ideología que es antihumana, una ideología que promueve el aislacionismo individual o la toma de partido: o estás conmigo o estás contra mí. Encrucijada cruel en la cual se está intentando poner a todos los colombianos, cuando sólo unos pocos se encuentran en ella. Dualidades perversas en las que nos hemos venido metiendo: narco-antinarco, corrupto-anticorrupto, yankee-antiankee, guerrillero-antiguerrillero, paramilitar-antiparamilitar, y que impiden, allí podría estar su éxito, ver más allá, tener nuestra propia versión de la problemática. Ser autónomos en la manera de ver las cosas, para decidir, para opinar, en pocas palabras para ser libres.

Limitar la libertad es un objetivo bélico, el que cierra las puertas al individuo y se las abre a la guerra. Es el obstáculo por excelencia para la convivencia, porque: ¿cómo lograr convivir socialmente si otros opinan por mí, piensan por mí, eligen por mí, actúan e incluso sueñan por mí?

⁶ Mario Benedetti, *El país con la cola de paja*, Editorial Arca.

4. Sociedad ilimitada

Transitar de una ilusión a una realidad, de una democracia virtual a una real, de ser un habitante del territorio a un ciudadano, de ser violento a ser pacífico, de ser apático a participativo, supone la transformación radical de las formas de pensar y hacer la política.

La revalorización de la política toma un sentido estratégico y se constituye en una tarea de especial interés cuando en épocas de crisis o conflictos armados las salidas a situaciones extremas se ven bloqueadas por ausencia de confianza, falta de gobernabilidad o baja capacidad y disposición de negociación.

Pero ¿dónde podría encontrarse la raíz de esa indudable pérdida de confianza y gobernabilidad? Una expresión fuerte de la crisis, de la confusión, es el nivel generalizado en que está siendo aceptada la transgresión. La fragilidad de las normas y la bajísima capacidad de autorregulación ciudadana son aspectos críticos de la realidad nacional. Los límites establecidos y que podrían crear ese orden deseado son rotos continuamente.

Pero lo más insensato, de esta realidad, y quizás lo más dañino para la convivencia es que esos límites son violados de manera sistemática por aquellos que deberían ser ejemplares: los líderes políticos y las instituciones del Estado.

Parece ser que en estos dos ámbitos se ha producido una ruptura entre lo que podría ser la política y la moral. El puente que debería unir moral y políticamente ha sido roto y la población, en general, tiene una imagen de la política en donde prevalece aquello del fin justifica los medios. Los políticos profesionales cada vez y con mayor intensidad se limitan al logro de fines electorales sin importar demasiado lo que sea necesario hacer para lograrlo.

Como afirmábamos anteriormente, la corrupción y su más eficaz cómplice, la impunidad, han permeado hasta tal punto la cultura política del país que sería necesario una revolución de incalculables dimensiones para recuperar el papel de la política y de los políticos en la configuración de un horizonte, ya no utópico, sino posible de sociedad. La fragilidad de la ley y la virtuosidad como es violada por la gran mayoría de la clase política tradicional obliga a pensar que un esfuerzo que es necesario hacer, con el propósito de lograr un escenario de convivencia, es lograr la reorientación de las organizaciones políticas colombianas. Los partidos políticos tendrían que propiciar a su interior el más honesto y sincero de los cambios. Sólo unos partidos políticos con una gran capacidad autorreguladora y fiscalizadora de las acciones de sus líderes podrían convertirse en protagonistas no perversos de la realidad nacional. Aunque la política en tiempos modernos no es patrimonio exclusivo de los partidos políticos, en el caso colombiano podría pensarse que su responsabilidad en la crisis actual, empuja a pensar que el papel de éstos en la solución de la misma es crucial.

Dos desafíos se presentan: por un lado la necesidad urgente de renovar los partidos políticos tradicionales y por otro la urgencia de que surjan y se consoliden movimientos políticos ciudadanos que le hagan contrapeso y control a las prácticas corruptas y clientelistas. Tendríamos que dibujar un mapa político distinto y renovado hacia el próximo siglo. Un mapa en donde quepamos todos, desde el anarquismo hasta la derecha. Movimientos que acojan con claridad la diversidad colombiana y la realidad internacional. Movimientos políticos que se inserten de manera decidida en el ámbito de la política internacional, que hagan parte activa de la comunidad internacional, que respiren aires de otras latitudes que les amplíe la visión casi arcaica de la manera de pensar la cosa política.

Los partidos políticos tendrán que hacer un tránsito radical hacia organizaciones transparentes y modernas en donde la política adquiera una dimensión menos electoralista, más participativa, deben abrir espacios a la renovación radical de sus cuadros y a la de sus ideas. La política regional, sus formas organizativas y sus maneras de realizarse tendrían que sufrir una gran mutación que en un corto tiempo permitiera recuperar la confianza y capacidad de liderazgo.

5. La guerra y la paz

La guerra como muerte colectiva y organizada ha tomado grandes territorios de nuestro país. La estadística de la muerte, de la violación de los derechos humanos y de la impunidad muestran un panorama avasallador. El campo en nuestro país esta lleno de Apocalipsis locales que se multiplican en medio de la impotencia de la población. Se suceden, en medio de la peor de las crueldades, masacres que todavía hoy la gran población no alcanza a entender o que su apatía los obliga a pensar que vivir es más fácil con los ojos cerrados.

La guerra en Colombia está presente hace ya bastantes años. Sus características particulares y su evolución nos hacen ver un conflicto bélico que se ha incrustado de tal manera en la vida nacional que las propuestas que se hacen para resolverlo suelen ser tan viejas como el mismo conflicto. Un fenómeno que se puede apreciar con facilidad es cómo la confrontación se ha ampliado a otros ámbitos de la vida nacional. Resaltando lo expresado con anterioridad: la beligerancia armada se ha trasladado hace rato a la cotidianidad política. Quizás está confirmándose aquello que afirmaba Clausewitz "*la guerra es la continuación de la política por las armas*".

Sabemos y parece ser (todo hace pensar que sólo es apariencia) que todos aceptamos que el camino para resolver los conflictos es el diálogo; creemos que sólo en el marco de una democracia podríamos alcanzar los acuerdos necesarios; entendemos que es necesario humanizar el conflicto; aceptamos que los intereses en negociación son, no sólo políticos, sino también económicos, militares y territoriales; sabemos, gracias a grupos de investigación como el del Instituto de

Estudios Políticos de la Nacional, el Cinep, etc., cuál es con precisión el mapa de la guerra, sus orígenes, sus estrategias, sus ciclos e intensidades; somos de los pocos países en los cuales se conoce un grupo de investigadores como violentólogos y que ahora empieza ya a circular la noción o concepto de pazólogos; hemos iniciado procesos de conversación en múltiples ocasiones y se han logrado algunos acuerdos que alcanzaron a entusiasmar no sólo a los llamados negociadores sino también a la sociedad civil. Pero, algo, en lo más profundo de los intereses no nos deja avanzar con precisión y eficacia. Desde todos los lados se informa y desinforma sobre los alcances, intereses, disposición a negociar. Un diluvio de información hace perder de vista lo que alguien llama el Arca de Noé.

Sobre la guerra existen multiplicidad de versiones y no es difícil encontrar infinidad de clasificaciones, esfuerzos interpretativos y propuestas de paz que se hacen buscando salidas y que terminan siendo desvirtuadas por la virulencia de los alzados en armas, terroristas, bandos, guerrilleros, narcos, paras o por la baja credibilidad en las instituciones del Estado y de los distintos gobiernos. Existe la sospecha que hace pensar que conocer sobre la paz puede ser un asunto de expertos pero lograrla parece ser un asunto de toda la sociedad. Los caminos conocidos y descritos con precisión por los estudiosos deben, en el caso de la paz, ser transitados masivamente por todos. Con los ojos bien abiertos porque pueden estar minados por oportunistas o corruptos que podrían estarse montando en el barco para salvarse de un naufragio político seguro.

6. Conocer, re-Conocer e inventar

Es posible que tener condición de profano permita ciertas libertades en torno a los límites impuestos por los especialistas en asuntos como lo rural, o lo agrícola, o la paz, o la violencia, o la política. Es más, podría decirse que en los momentos actuales se necesitaría algún espíritu profano que interrogue desde allí, las soluciones propuestas por años y las causas de su fracaso. Es probable que una urgencia con relación a lo especializado sea el acercamiento entre conocimientos o saberes que poseen visiones distintas de la misma realidad. Ser profano con relación al conocimiento especializado podría significar, entre otras cosas, tener la posibilidad de interrogarlo desde otras ópticas, con un carácter integral, sin otro compromiso que el de unir lo que está más allá y se considera verdad con lo que sucede en la cotidianidad y no alcanza a ser percibido como importante. Es resaltar la necesidad de privilegiar lo local, lo comunitario, lo superficial y entrelazarlo a lo regional, lo nacional y lo profundo o riguroso. Pero ¿cuál sería el velo o velos que estarían opacando la visión de las cosas? ¿Es acaso el dominio de lo que se ha denominado *pensamiento único* lo que impide avanzar hacia soluciones polifónicas, múltiples, plurales?

¿Desde qué altura tendremos que mirar las cosas, no únicamente para entenderlas y explicarlas sino también para cambiarlas?

Quizás estemos *ad portas* de una urgencia, propiciar una teoría cultural sobre la realidad colombiana. Teoría que por lo demás tendría que ser revolucionaria, no sólo en la propuesta sino también en la manera de construirla.

En este sentido el conjunto de apreciaciones, de supuestos, hipótesis o afirmaciones de las cuales tendríamos que abastecernos provendrían más de la necesidad de realizar esfuerzos por *integrar para reinterpretar*, y desde allí para imaginar escenarios deseables, que de la necesidad de *desagregar o especificar* para explicar con el propósito de planificar. Aunque una cosa no signifique la exclusión de la otra, los procesos adquieren un sentido distinto según sea el punto de partida. Invertir no sólo los procesos sino también la concepción parece convertirse en un asunto estratégico (todo aquello que puede producir cambios radicales y permanentes) para la convivencia de un país. En este último sentido, compartir las ideas, la concepción de las cosas, si bien es cierto que no garantiza un paraíso sí podría lograr que los paraísos dibujados con tintas indelebles sean borrados y con ellos las promesas rotas.

Unas preguntas avasallan: ¿Es posible pensar la ruralidad, desde fuera? ¿De qué manera la violencia en el campo colombiano no está estrechamente ligada a la crisis del Estado colombiano? ¿Desde qué perspectiva interpretativa, la guerra y su desencadenamiento en un escenario específico, el campo, no es el resultado de esa crisis? ¿Cómo integrar esas realidades a una visión global de sociedad? ¿Cómo transitar de una política de paz a una economía de paz?

Detrás de todo esto estaría la siguiente afirmación: el análisis *técnico* de la realidad es posible realizarlo de manera *desagregada*, pero ésta sucede de forma global, no *desagregada*, la vida de la comunidad es un proceso intenso de transformaciones, de construcciones, de logros, de creación de cultura, de tradiciones consolidadas, de saberes propios contruidos sobre las experiencias propias, de identificación de necesidades y de soluciones sobre la base de vivirlas o sufrirlas día a día.

Es reconocido que el tiempo y la velocidad de los acontecimientos locales o regionales están penetrados del sentido de lo urgente, de las soluciones que impacten de manera decidida los problemas cotidianos. ¿Pero acaso podría ser de otra manera, cuando es allí en donde se encuentra lo más inequitativo del modelo de desarrollo elegido? Donde la pobreza o la miseria no son una abstracción o un conjunto de indicadores ordenados rigurosamente como tampoco la violencia es sólo un concepto o problema nacional.

Pero, ¿cómo entrelazar lo que pensamos con lo que hacemos? ¿De qué manera se podrían crear puentes sólidos sobre la información disponible y la producción de conocimientos y al mismo tiempo la generación de soluciones para lo que agobia? ¿Es posible intentar identificar las soluciones sin la participación activa de las distintas comunidades? Y ¿si esta participación es imprescindible ¿cuál o cuáles serían los mecanismos para hacerla más eficaz? ¿Cuál sería esa

pedagogía política que permita resolver las diferencias sin eliminarlas? ¿Es el trasfondo de esta situación educativo y no técnico? ¿Cuál sería la pedagogía de convivencia que quieren construir las comunidades? ¿Cómo lograr un proceso de convivencia que no sea el resultado de una planificación desde la teoría totalizante, sino de la reinterpretación conjunta para la búsqueda de un escenario deseable?

Esfuerzos que se dirigen a pensar soluciones de largo plazo, son en muchos casos y con sobradas razones, percibidos por las comunidades como pensamientos abstractos, ejercicios académicos o promesas políticas o institucionales cuya credibilidad fue rota hace ya bastante tiempo en el juego de la política clientelista.

Un esfuerzo por ampliar los horizontes tendría entonces que estar precedido de un fuerte sentido pedagógico, en el cual la vinculación de la comunidad sea *revolucionaria* y en este sentido se revolucionen las mismas relaciones sociales: Estado-sociedad civil, poder-individuo, tecnocracia-comunidad, academia-saber campesino etc.

Sin embargo, este esfuerzo podría realizarse desde una actitud de la tecnocracia y la academia (dos poderes establecidos sobre una razón difícil de desvirtuar) en la cual se reconozca que el conocimiento de la realidad y su transformación no es un asunto exclusivo de aquellos que trabajan con la información, sino también, y de manera radical, de quienes viven las situaciones, sufren las crisis o eligen los políticos. Podrían, por ejemplo, mirarse con detenimiento las relaciones *perversas* que se establecen en el país entre planeación y política, y revalorar de manera radical estos procesos deteriorados hasta la saciedad por la corrupción y el clientelismo. Si bien es cierto que los mecanismos de planeación establecidos están arropados por el manto de unas técnicas aparentemente no penetradas por la crisis de valores, es también innegable que están abiertos espacios de transacción y negociaciones politizadas y manipuladas. (Sobran las evidencias sobre cómo se negocian en un *lobby* pseudo técnico los presupuestos municipales, departamentales o nacionales).

El abismo en el que estamos metidos requiere de manera inmediata de análisis que quiten el velo de una situación que transgrede cotidianamente los principios elementales de cualquier democracia y crea, con el propósito de perpetuarse, la ilusión de una democracia participativa, cuando cada vez y con mayor intensidad nos vemos inmersos en una democracia populista, liderada por demagogos, unos ilustrados otros no.

Parece evidente que cualquier proceso de análisis de esto que llamamos realidad nacional, debe estar apoyado de una movilización ciudadana pacífica que proponga, no desde la confrontación, un consenso que oriente el país hacia un mapa o territorio de convivencia. Pero cabría una advertencia: no se trataría de que la ciudadanía apoye propuestas, por más inteligentes que sean, que surgen de manera aislada de ella. Se trata en todo caso de aceptar que esas y el proceso de construcción de sociedad surja de lo que pensamos todos colectivamente. Ahora

bien, es posible que la complejidad de los procesos así entendidos, nos remita a una urgencia: ampliar las fronteras de la participación no sólo a la vinculación de la comunidad en lo que se denomina toma de decisiones, sino también a la mismísima construcción de sociedad y de conocimiento sobre ella. Lo que hace invaluable el proceso no es sólo el resultado sino el proceso mismo. Es éste el que legitima la autoridad y la nutre de sentido colectivo, es el mismo que se convierte en veedor del Estado, o mejor, del uso del poder por parte de los distintos gobiernos, de las instituciones, de los diversos intereses.

A SANGRE FRÍA

Canto 6

AMAIME

*En Amaine
los sueños se cubren
de tierra como
si fueran podredumbre.*

Del texto *El canto de las moscas*,
María Mercedes Carranza

1. A sangre fría

Entendemos que el asesinato, en cualquiera de sus formas: por razones políticas, pasionales, de venganza, etc., es la expresión más profunda de la violencia humana. Pero ésta no es la única expresión de violencia. Creemos que la imposición de una razón sobre otra, el desconocimiento del otro o su explotación, la sumisión, la tortura, la discriminación de la mujer o de otras culturas, la pobreza como una muestra elocuente de la injusticia, el desconocimiento de los derechos del niño, la usurpación de los derechos de participación, la formas violentas de explotar y relacionarnos con la naturaleza, la impunidad o la corrupción, la expulsión de grandes cantidades de población de su tierra, de sus raíces, de su cultura, son elementos cruciales que configuran el mapa diverso de lo que hemos llamado violencia.

Es posible que no exista una relación directa entre una de estas expresiones y las muertes que suceden diariamente. Muchos analistas ven que no hay relación, por ejemplo entre los índices de pobreza y los asesinatos cometidos, pero creemos que la discusión estaría mal planteada y que no sería pertinente: entendemos que es el conjunto de factores lo que dibuja tensiones y conflictos que están siendo solucionadas por las armas. En otras palabras, no creemos que la irracionalidad del colombiano genere la catástrofe, es la irracionalidad del sistema y lo que éste produce lo que nos empuja hacia una sin salida.

La solución violenta a cualquier tipo de conflicto está relacionada y encuentra su raíz en una multiplicidad de hechos, acontecimientos o realidades de una gran diversidad, pero que aparecen y se consolidan históricamente por la deficiencia del sistema político, es decir, de la democracia. Un sistema político que muestra una gran incapacidad para hacer posible lo que está establecido en el papel, en la ley, en la Constitución como también para hacer los ajustes necesarios a éstas, de tal manera que reconozca la gran heterogeneidad de intereses políticos, regionales o culturales.

La estadística o el dato cuantitativo de la violencia y la muerte la vemos como una de las huellas que el hombre colombiano ha dejado en los territorios mentales, culturales, espaciales de esta Nación. Rastro de nuestra incapacidad para convivir, para organizarnos como sociedad, para llegar a acuerdos, para

hacer la política, para pensarnos humanamente es decir socialmente: rastro gigantesco de desolación que muestra que los líderes se esconden en su propia incapacidad, que la justicia no funciona, que la institucionalidad se desmorona. ¿Acaso estamos construyendo un castillo de arena en el, que dicen, país del agua?

Mostramos lo que vemos como cifras gruesas, como gran huella. Vemos que nos preocupa y angustia la fuerza de la pisada, el dolor que genera. Algunos datos más se anexan, para producir, no tanto certeza o ilusión de ella, sino por el contrario los entendemos como elementos que alimenten la conciencia del horror de la pisada, de la huella, del rastro.

Ernst Jünger escribió cerca de 1940 el texto *La paz*, dedicado a su hijo caído en acción de guerra en 1944. El texto fue publicado en 1945. En su primera parte titulada *La siembra* dice:

Bien podríamos decir que esta guerra ha sido la primera obra común de toda la humanidad. La paz que le ponga término habrá de ser la segunda. Los maestros que restablezcan la paz a partir del caos habrán no sólo de examinar y mejorar las viejas edificaciones, sino también crear otras nuevas que, alzándose sobre aquéllas, las reúnan. De ellos va a depender que la casa nueva sea gobernada luego por los buenos espíritus y que los seres humanos habiten con libertad y comodidad en su interior, o bien que, para nuestra desgracia, vuelva a haber mazmorras y cámaras de torturas en sus cimentaciones.

Si la paz debe traer, pues, bendiciones para todos, habrá de reposar sobre unos cimientos muy simples y generales. No podrá limitarse a ser una obra política y ni siquiera una obra espiritual en sentido eminente, sino que a la vez habrá de ser la creación de unos poderes buenos, benéficos. Esta paz se regirá, pues, hablando lógicamente, por principios, y hablando teológicamente, por palabras de salvación.

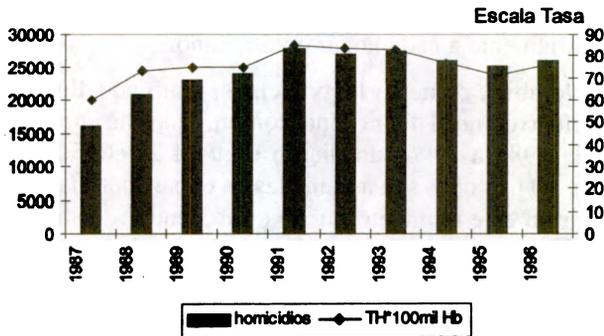
¿Cuál deberá ser entonces la palabra de salvación de estas consideraciones nuestras? La siguiente: la guerra habrá de dar frutos a todos.

Pero, ¿cuál es esa guerra que debe dar frutos para el país? Y ¿cuáles los frutos que podría producir? Una guerra frontal contra la exclusión y la inequidad en donde el arma principal sea la razón y la comprensión. Que centre sus propósitos principales en el tránsito de un sistema político que perpetúa la discriminación y legitima el poder insensato de unos cuantos a un sistema democrático innovativo que reconozca con claridad y eficacia las diferencias.

El panorama general de las estadísticas de la violencia en Colombia, muestra nuestra turbulenta realidad. Las cifras no alcanzan en todo caso a presentar el inmenso dolor que ha causado a las personas directamente afectadas por la muerte y violación de los derechos humanos.

La persistencia de la violencia y la ineficacia del Estado para controlar no sólo la muerte provocada por motivos políticos, sino también los asesinatos cometidos por lo que podríamos denominar violencia no-organizada con fines políticos, se observa de forma indiscutible a lo largo de la década 1987-1996. El Gráfico 1 nos inclina a clasificar la década que cubre no como una década perdida sino como la *Década de la Muerte*.

Gráfico 1
Evolución del número y de la tasa de homicidios en los últimos diez años



Fuente: Observatorio de la Violencia, Informes de Paz No. 9.

Década que ha mostrado con certeza que lo que consideramos justo se ha ido diluyendo, negociando entre una actitud displicente de los líderes y una fuerte incapacidad del sistema para neutralizar la violencia como el mecanismo de solución de conflictos.

El interrogante mayor podría ser planteado sobre el impacto de estas muertes no únicamente en la configuración de sociedad o nación, o en la estructura por edades de la población, sino también y de manera radical, en la construcción de un imaginario violento que ha permeado hasta el fondo de sus raíces las instituciones fundamentales de toda comunidad: la familia y la escuela. El cálculo sobre el terror producido por la miseria de esta violencia, no deja ver cómo se han roto en una gran cantidad de población los lazos más sutiles de cohesión y solidaridad, que son aquellos contruidos por generaciones en las relaciones de afecto, vecino-vecino, padre-hijo, hermano-hermana. En la raíz de nuestra reflexión siempre aparece un gran interrogante ¿importa acaso más lo que los violentos de distinto tipo desean que lo que la violencia produce en el trasfondo de nuestra sociedad?

Lo que más nos aterra de las cifras es que uno sólo de esos 25.000 muertos anuales proyecta su imagen de dolor hasta un número inmenso de familiares y amigos, los 250.000 muertos de esta década, en una aritmética macabra, están significando el dolor directo e incommensurable de millones de colombianos.

No es despreciable tampoco el número de escenas de tristeza producidas por esta carrera infernal hacia la muerte en la que están inmersas infinidad de poblaciones rurales, campesinos que son acusados por todos los bandos y que pagan el pecado de vivir en una tierra que siempre fue suya.

La perversa cifra de la muerte masiva de colombianos y colombianas, muestra de manera contundente cómo un derecho de la humanidad *“Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona”*⁷ es violado en medio de una impunidad aterradora y una banalización de la muerte, televisada diariamente a cada hogar colombiano.

En Colombia⁸, cometen los violentos, tanto aquellos que dicen defender un interés político como el delincuente común, cada año aproximadamente 25.000 asesinatos, de 1987 a 1996 sucedieron en total 249.055 homicidios comunes, algo así como 70 personas son asesinadas en el país por día, 3 veces cada hora se mata, es decir en este momento puede estar siendo asesinado alguien en algún lugar del territorio colombiano y al terminar de leer este texto, habrán sido asesinados muchos colombianos.

Nuestra tragedia resulta más dramática cuando desconocemos con precisión la estadística de la muerte, en pocas palabras muchos de los muertos no aparecen porque harán parte de fosas comunes aún no descubiertas o de los desaparecidos nunca encontrados.

La gráfica dos muestra algo que no podría ignorarse para la comprensión del drama: de los asesinatos un porcentaje cercano al 85% es cometido por fuera del conflicto armado, es decir de lo que podríamos llamar: la guerra.

Algunos clasifican las muertes como: asesinatos políticos, es decir, aquellos que se cometen directamente relacionados con el conflicto armado; los asesinatos por ajuste de cuentas, como aquellos que se derivan de la aplicación de justicia privada por las organizaciones ilegales y que se presentan como retaliación o venganza y los homicidios comunes, como los que se cometen en atracos, riñas callejeras, venganzas pasionales, violencia intrafamiliar, etc.

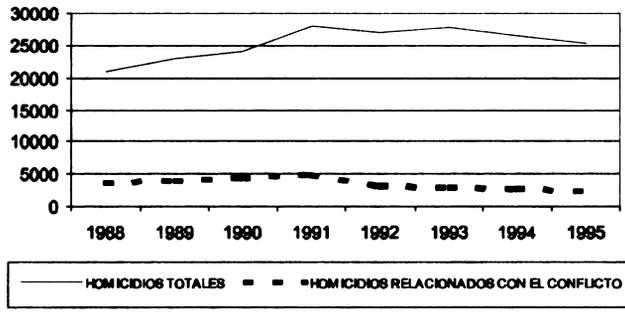
De ese porcentaje (85%) una gran parte se comete en las ciudades. En el sector rural, que se ha convertido en el campo de batalla, la confrontación entre ejército, guerrilla y paramilitares la muerte se extiende no sólo a los uniformados, sino que de manera cada vez más cruel azota a la población civil campesina, que en ese fuego cruzado es arrasada y expulsada sin que verdaderamente medie una complicidad o una vinculación con los grupos armados.

En el campo, en nuestros pueblos la incertidumbre ha penetrado de tal manera la población que la zozobra es ya el peor de los castigos que se puede dar a un inocente. En septiembre de 1917, hace 80 años, aparece en *El Espectador* esta crónica de Tejada que nos permite no sólo describir la situación actual sino también que estremece por la manera persistente como se ha repetido...

⁷ Declaración Universal de Derechos Humanos, aprobada y proclamada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948. Art. 3.

⁸ Fuente: Oficina del Alto Comisionado para la Paz: Informes Paz. No. 9, Jun-Jul. 1997. El observatorio de la violencia.

Gráfico 2
Homicidios en los últimos diez años



Fuente: *Ibid.*

La incertidumbre. Se ha roto la confianza que todos teníamos en nuestras paredes protectoras, en nuestro buen techo blanco, que todos mirábamos cariñosamente al acostarnos y que hoy contemplamos con los ojos llenos de reproche y de furor, porque la muerte está encima acurrucada y avizora.

Hace cinco días nadie duerme en esta ciudad de los sustos. Estamos, pues, muriéndonos de miedo. De miedo a ese monstruo invisible, que pasa apachurrando las casas como huevos, y haciendo morir a las viejecitas sin confesión.

Muchos hombres serían capaces de sentir la muerte con serenidad, frente a un toro, en un campo de batalla, pero yo sé que ninguno esperaría imperturbable un alfilerazo, sin saber de dónde viene ni conocer la mano que lo guía.

No ver al enemigo, no poderse defender, no ultrajar, no herir, estar en la incertidumbre de no saber si lo que ha de llegar viene ya o dentro de unos minutos, o nunca, nos hace temblar como cañas. El misterio nos vence”⁹.

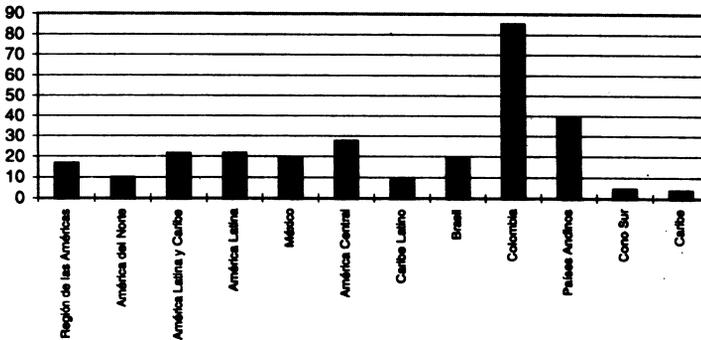
Si nos miramos en el espejo de otros países, vemos cómo nuestra violencia, no sólo es la de más larga vigencia continental sino también la que produce más muertes, y más impunidad. La tasa de homicidios en 1996 fue de 75.9 por cada cien mil habitantes, la cual es muy superior a la tasa promedio de América Latina, la que se encuentra en 30, luego es 2.5 más alta en el territorio colombiano que en todo el continente latinoamericano. Mucha más alta que en países como Perú, Bolivia o México cuya relación con el narcotráfico podría hacer pensar en una situación similar.

Al revisar cómo se han distribuido estas tasas de homicidio geográficamente, podemos ver que se han concentrado en 9 departamentos: Antioquia, Arauca, Risaralda, Meta, Quindío, Caquetá, Caldas, Valle y Guaviare, estando por encima del promedio nacional de 76.18 Hm/100 mil H. Estos datos son

⁹ Tomado de la Revista *Gaceta* de Colcultura. No. 8 agosto-septiembre de 1990.

proporcionales, pero en términos absolutos más de la mitad de los homicidios que suceden en Colombia se han dado en los últimos diez años en Antioquia, Cundinamarca, Valle, Santander y Risaralda. Ver mapa anexo sobre la distribución regional de los homicidios.

Gráfico 3
Tasas de homicidios comparativas - 1991



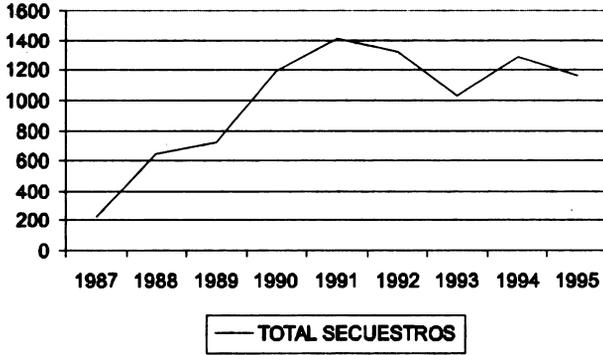
Fuente: *Coyuntura Social*. Número 15. 1996.

Otra violación constante a los derechos humanos es el secuestro, no sólo como privación del derecho a la libertad, sino que también se ha convertido en una forma más de financiar la máquina de la muerte por parte de la guerrilla, y para la delincuencia común que lo ha convertido en un nuevo oficio: ser secuestrador.

No ha sido únicamente la guerrilla la que utiliza esta práctica siniestra, sino que muchas personas albergadas en la impunidad y en la tolerancia que ha presentado el Estado y la comunidad colombiana a ella, han conformado bandas de trabajo especializadas en secuestrar y que ya no sucede solamente con personas adineradas, en Colombia se han presentado casos de niños de 13 y 14 años que secuestran a sus vecinos por 100.000 o 200.000 pesos, lo que muestra que hemos traspasado la barrera de transgresión de los valores.

Esto ha sucedido en el país durante 1987-1997 unas 12.492 veces, lo que nos coloca en el primer lugar a escala mundial. Actualmente en el país se comenten el 45% de los secuestros en el mundo, seguidos muy de lejos por México, Brasil y Guatemala.

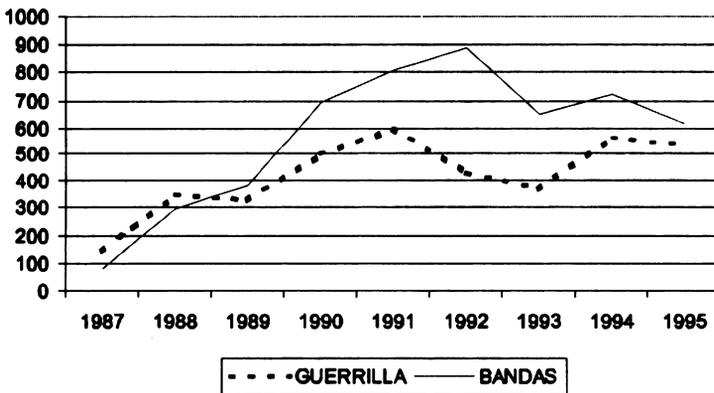
Gráfico 4
Total secuestros



Fuente: Observatorio de la violencia.

En los últimos diez años 4.515 fueron cometidos por la guerrilla y 5.925 por otros actores bajo el nombre de bandas de secuestradores. Las víctimas del secuestro en Colombia son principalmente comerciantes, menores, ganaderos, ingenieros, extranjeros, agricultores, campesinos, dirigentes políticos y funcionarios del Estado.

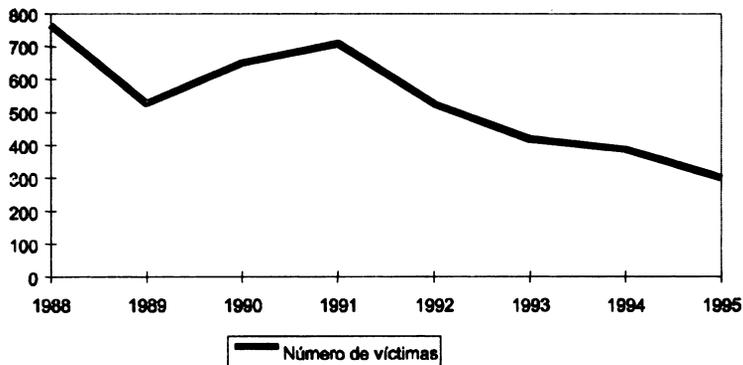
Gráfico 5
Autores secuestros



Fuente: *Ibid.*

Al pensar la idea de eterno retorno veíamos cómo en nuestro país la masacre, (Gráfico 7 muestra las víctimas de la masacre en los últimos diez años) ha sido parte de las maneras de hacer la guerra. Masacres que muestran el extremo cruel de esta batalla, masacres que antes eran narradas por las víctimas directas y que seguramente fueron origen de historias de terror en nuestros pueblos. Masacres todas penetradas de una crueldad oscura. Imágenes que han sido televisadas y que permanecen en la retina social y en el deseo inmenso de paz que nos circunda a los que realmente la deseamos. Cadáveres que bajan por el río, por los ríos. Mujeres y niños gritando. La masacre se repite en nuestra historia, no sólo reciente, aparece como una manera de lucha, de venganza, de total injusticia, de muerte a inocentes: la masacre de las bananeras, represión laboral con sangre y en medio de la insensatez de los que detentaron el poder, la de la Rubiera, persecución miserable hacia una comunidad mostrando el salvajismo de aquellos que se dijeron en algún momento civilizados, la de Mapiripan, la de Trujillo, la de Necoclí, la de Segovia...

Gráfico 6
Víctimas de masacres



Fuente: Observatorio de la violencia No. 5, febrero 1997.

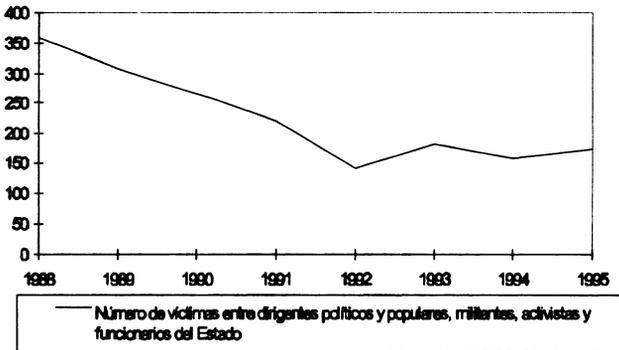
En nuestro país, como lo afirma el escritor Fernando Vallejo¹⁰, “*la muerte corre más rápido que la estadística*” y en el sanguinario escenario en el que sobrevivimos cualquier intento de mostrar los datos actuales se ve inmediatamente

¹⁰ Vallejo, Fernando: “La virgen de los sicarios”.

desfasado por la eficacia de los asesinos. La masacre como estrategia de guerra ha aumentado de manera alarmante desde que iniciamos la escritura de este texto: hoy fue la matanza de Barrancabermeja, ayer la de Puerto Alvira, hace tres días la de Puerto Asís secuencia maldita de asesinatos cometidos contra gente desarmada violando de manera retardadora no sólo el Derecho Internacional Humanitario sino todas las reglas de una guerra.

Queremos reflejar un hecho que muestra la manera como el asesinato político es también un fenómeno persistente: Gráfico 7, indica la magnitud del problema. La muerte de líderes populares, líderes políticos, líderes sindicales e indígenas, periodistas, educadores, han sido objetivo militar. Cifras que en otro país supondrían una crisis política de grandes dimensiones, aquí parecen ser acontecimientos pasajeros que quedan por la impunidad sumidos en el olvido colectivo. Es claro que en Colombia diferir políticamente se ha convertido en uno de los mayores riesgos y silenciar al contendiente político asesinándolo es parte de lo que es una práctica común. El pasado reciente es visiblemente demostrativo en este caso: Jaime Pardo Leal, comunista, Luis Carlos Galán, liberal, Álvaro Gómez Hurtado, conservador, Carlos Pizarro Leongómez, M-19, millares de militantes de la Unión Patriótica, Concejales liberales, conservadores y de partidos de izquierda. El hoy nos grita que la cadena de asesinatos de líderes sigue aceleradamente y que antes que terminar siempre produce la sensación cruel que esto apenas comienza: los esposos Mario Calderón y Elsa Alvarado, María Arango, Eduardo Umaña, Jesús María del Valle, y el general retirado Fernando Landazábal... Panorama de una guerra sucia amparada en la impunidad y la incapacidad del Estado para hacer justicia.

Gráfico 7
Asesinatos de dirigentes políticos y populares



Fuente: Observatorio de la violencia No. 5, febrero 1997.

Al observar el Gráfico 8 vemos con bastante claridad que la guerrilla es identificada como responsable de un número menor de estos crímenes, y lo que son llamadas otras organizaciones, lo son de la gran mayoría. Sin embargo lo que es claro es que ni los asesinatos cometidos por unos, aun siendo reivindicados, ni los cometidos por los otros que no son claramente identificados, son objeto de juicios. Permanecen en la impunidad total. El juicio político o la condena ciudadana no alcanza a conmover a ninguna de las organizaciones responsables. La expresión masiva de la ciudadanía, como en el Mandato por la Paz, no alcanza a hacer eco en los intereses últimos de los que matan.

Gráfico 8
Responsables de asesinatos de dirigentes políticos, populares y civiles



Fuente: Observatorio de la violencia.

Dos grupos de población han sido objeto de las retaliaciones de la guerra sucia. Los maestros y los periodistas. La amenaza y asesinato muestran la intención de silenciar la oposición.

Cuadro 1
PERIODISTAS ASESINADOS EN COLOMBIA

	Asesinados (1977-1998)	Casos en la Fiscalía	Casos con condenados
Periodistas	118	27	1

Fuente: El Tiempo, domingo 26 de abril de 1998, p. 15^a.

Cuadro 2
MAESTROS AMENAZADOS EN COLOMBIA

Departamentos	Maestros amenazados	Maestros asesinados
Antioquia	77 (16 en Jordán)	5
Atlántico	20	
Bolívar	150	
Cesar	190	
Córdoba	30	36
Guajira	8	
Huila	31	
Magdalena	72	8
Nariño	50	
Risaralda	18	
Sucre	14	
TOTAL	660	49

Fuente: El Tiempo, domingo 26 de abril de 1998, p. 15^a.

Con esta gigantesca huella de sangre y desolación y entrelazado a ella de manera directa, el país se ha convertido también en un país de expulsados, hombres, mujeres y niños que, a la mísera condición económica y de exclusión que históricamente viven, han tenido que agregar su condición de desterrados –sería la palabra más precisa. Las estadísticas hablan de una población cercana a los 900.000 desde 1985 a 1996, datos tampoco muy precisos que podrían estar subestimando el fenómeno, pero que nos muestran con precisión la magnitud.

Cuadro 3
POBLACIÓN DESPLAZADA (1985-1996)

1985/94	108.301	586.261
1995	21.231	89.510
1996	36.202	181.010
TOTAL	165.815	856.781

Fuente: Conferencia Episcopal de Colombia para los años 1994 a 1995 e Informe de la investigación de "Derechos Humanos y desplazamiento interno en Colombia", 1995 y para 1996, los informes de la Consultoría para los derechos humanos y los desplazamientos, Codhes, Cinep.

En el destierro obligado se violan los derechos humanos y muchos de los artículos de la Carta universal, queremos transcribirlos con el propósito de hacer comprensible la situación para el grueso de nuestra población y para el Estado colombiano que no sólo no ha garantizado, como es su obligación, la defensa de ellos sino que en múltiples casos se constituye en un elemento cómplice, por omisión o acción directa de esta situación:

Art. 3 Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

Art. 5 Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes.

Art. 6 Todo ser humano tiene derecho, en todas partes, al reconocimiento de su personalidad jurídica.

Art. 9 No podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

La población obligada al exilio de su territorio, contempla absorta e impotente la violación de todos sus derechos. Es incalculable la ruptura que esta expulsión genera en los lazos sociales, en el arraigo cultural. En el exilio obligado una comunidad presenta la más alta vulnerabilidad. Los referentes de cualquier tipo se pierden y se queda en el desamparo total. En nuestro caso particular la situación se agrava por la mínima capacidad de absorción que tienen las ciudades para integrar esta población a una vida nueva y por la imposibilidad de retornar en medio de un conflicto cada vez más sanginario y cruel.

El retorno no puede ser presentado como una opción en medio de la guerra, la expulsión en muchísimos casos es consecuencia de acusaciones infundadas o despejes territoriales por los distintos grupos armados. En el trasfondo, la incapacidad del Estado para garantizar no sólo la seguridad de los ciudadanos sino también el derecho a la propiedad de esta población.

Problema que tiene que ser entendido como un asunto estratégico nacional, no sujeto sólo a políticas asistencialistas, sino más bien como una invitación a la comunidad colombiana a crear sociedad a partir de la solidaridad: entendemos ésta como un gesto decidido de cooperación, compromiso y responsabilidad y no de compasión. Medidas estructurales de inserción económica, política y cultural. La magnitud de este problema no aceptaría más promesas rotas o desilusiones provocadas por programas unilateralmente diseñados.

El trabajo desarrollado por la Conferencia Episcopal muestra cómo ha evolucionado el proceso desde 1985 y las características, causantes del desplazamiento, origen, sexo, etc.

La magnitud del problema y el impacto en la población rural indica que debe existir una política de Estado de largo plazo, en donde no sólo se retorne a la población sino que se estructuren y pongan en marcha las reformas que provocan el problema. El dato de familias desplazadas (165.000) nos indica la manera como el fenómeno golpea una de las instituciones que crea más cohesión social: la familia.

La institución familiar ha sido la que más sufre tal impacto, un estudio sociológico del fenómeno podría mostrarnos su real significado. Quisiéramos destacar algunas posibles preguntas orientadoras: ¿En qué medida el terror y el miedo producido por el destierro destruye los sentidos de solidaridad intrafamiliar? ¿De qué manera se rompen los lazos de vecindad propios de comunidades tradicionales? ¿Cómo la impotencia rompe los lazos de confianza en las instituciones del Estado? ¿Cuál es la idea de justicia que incorporan jóvenes y niños en su visión de país? ¿Cómo es posible reconstruir lazos de afecto y vecindad sin tocar las raíces de la injusticia social? ¿De qué manera la impunidad en la que quedan los asesinatos, secuestros y expulsiones no se convierte en obstáculo fundamental a la hora de crear la confianza necesaria para una posible reconstrucción? Grandes interrogantes que deberían ser atendidos por las instancias que en Colombia tienen la responsabilidad de liderar procesos de investigación: universidades, Organizaciones No Gubernamentales, centros de investigación. Debemos comprometernos colectivamente a enfrentar no sólo la solución sino la comprensión exacta de él y sus repercusiones más allá de lo coyuntural.

Cuadro 4
NÚMERO DE DESPLAZAMIENTOS SEGÚN RESPONSABLES

Guerrilla	32	26	29
Paramilitares	21	32	33
FF.MM.	20	16	14
Policía Nacional	5	3	2
Narcotráfico	5	2	1
Milicias Populares	4	2	6
Otros	13	19	15

Fuente: *Ibid.*

Cuadro 5
FAMILIAS DESPLAZADAS POR DEPARTAMENTO

Guajira	435
Cesar	2.159
Magdalena	3.236
Atlántico	5.624
Bolívar	2.608
Sucre	2.465
Córdoba	6.682
Antioquia (Urabá 3.820)	14.361
Chocó	166
Risaralda	813
Quindío	814
Caldas	1.324
Boyacá	4.675
Cundinamarca	18.644
Norte de Santander	6.653
Santander	14.790
Nariño	1.503
Valle	4.115
Cauca	3.351
Tolima	1.281
Huila	1.982
Caquetá	3.227
Amazonas	50
Arauca	2.972
Casanare	848
Meta	3.106
Guainía	312
Vichada	55
Total familias desplazadas	108.301

Fuente: Conferencia Episcopal: Desplazados por violencia en Colombia. Derechos Humanos. Santafé de Bogotá. 1995.

Cuadro 6
POBLACIÓN DESPLAZADA SEGÚN SEXO

Mujeres	58.2	341.204
Hombres	41.8	245.057
Total	100.0	586.261

Fuente: *Ibid.*

2. Una versión de los acontecimientos 1998

Algunos analistas¹¹ coinciden en no definir el conflicto armado colombiano como una guerra civil en el sentido tradicional, es decir, dos bandos polarizados que vinculando de manera masiva a la población se enfrentan por el dominio del Estado y el poder. Otros tantos, en el esfuerzo por caracterizar el conflicto armado, lo definen como un conflicto multipolar en el que convergen una multiplicidad de intereses y que tiene su expresión espacial a manera de guerras locales cuya población afectada directamente es la población campesina. De igual manera el conflicto es visto por algunos como una estrategia militar de dominación de territorios por la guerrilla y de una contraestrategia militar de derecha dirigida de manera directa a la expulsión de aquéllos de los territorios de su dominio. Otra sospecha nos hace ver el conflicto y su escalada como una estrategia que permitiría hablar de privatización de la guerra, en donde la lucha se centra cada vez más en la defensa de intereses particulares.

Sin embargo creemos encontrar algunas coincidencias entre muchos analistas que podrían dar elementos centrales para la interpretación del conflicto armado y para lo que entenderíamos como situación de violencia generalizada, estos elementos no responden a los criterios de análisis de lo que sería una guerra civil en sentido tradicional, pero que nos genera más interrogantes no sólo sobre la caracterización de la situación de violencia y su permanencia histórica sino también sobre el futuro mismo de la situación.

Los interrogantes más generales podrían ser planteados de la siguiente manera: ¿Cuáles son aquellos elementos que están posibilitando la violencia generalizada que nos precipita a una situación de guerra? ¿De qué manera el progresivo aumento de la estrategia militarista y de su consecuente polarización no se convierte en un animador perverso que está empujando desde intereses oscuros a un mapa de guerra? ¿A cuál escenario están deseando conducir a la sociedad colombiana los violentos y cuáles serían los intereses reales en juego? y por último ¿Cuál sería el camino de solución de la violencia no producida por el conflicto armado y generadora del mayor número de muertes?

Encontramos una alta complejidad de difícil caracterización, pero así mismo son notablemente visibles unos elementos que ayudan a la interpretación de los acontecimientos actuales. Algunos tienen una relación con los asuntos, el manejo de la economía o los intereses económicos, otros con los fenómenos de exclusión política, cultural o social, unos más con el fenómeno del narcotráfico y la forma como éste penetró la sociedad colombiana y específicamente la economía y la política. Entendemos que en todos se encuentran raíces históricas y estructurales, en las formas como ha sido, políticamente, configurada la sociedad colombiana.

¹¹ Ver al respecto, las entrevistas realizadas las cuales se listan al final del documento.

Como lo afirmábamos en el comienzo, no existiría una relación de causalidad entre alguno de estos factores y la situación de violencia, sino que es el conjunto de ellos los que hacen difícil la construcción de ese escenario de convivencia que desearía la gran mayoría y que convierten el proceso de negociación del conflicto armado en un proceso de una altísima complejidad, agravada por la inexistencia de una voluntad política que lo facilite.

Esta versión de los acontecimientos quisiera destacar aquellos puntos u obstáculos, que mostrando las características del conflicto encontramos como cruciales.

Algunos podrían ser clasificados como estructurales, otros derivados de la progresiva militarización del conflicto, otros del papel perverso que ha jugado el narcotráfico en la sociedad colombiana de las tres últimas décadas, otros más y quizás los que vemos como estratégicos son aquellos que nos permiten, de la mano de algunos expertos, denominar el colapso parcial del Estado y la debilidad del régimen democrático.

- Encontramos como uno de los obstáculos más grandes al avance de un proceso de paz de largo aliento, la débil organización de la sociedad civil que permite una manipulación de los intereses comunitarios y una gran dispersión de tareas, propósitos y de la voluntad colectiva. La construcción de esa organización de la sociedad civil la vemos como la tarea más urgente, que debe ser animada especialmente en lo local, pero también nacionalmente. Una estrategia de pedagogía política en este sentido se vislumbra estratégica no únicamente para el proceso de paz sino para la reconstrucción de tejidos sociales y culturales rotos por la violencia, la intolerancia y el uso abusivo del poder.
- Las causas de violencia general no organizada y el alto número de muertos provocados por ésta, podrían tener razones distintas al conflicto, pero posiblemente relacionadas con él, que van desde los efectos fuertes de la exclusión económica y el aumento de la vulnerabilidad de las poblaciones de bajos recursos, de la discriminación sexual, la inoperancia y la corrupción del aparato de justicia, reflejada en el índice de impunidad hasta el débil y frágil sistema educativo, que fracasa en su intento de transmitir valores como solidaridad y tolerancia, y por el contrario estimula el espíritu competitivo y el desconocimiento del otro, como semejante.
- Habría que resaltar como un elemento fuerte del análisis el consumismo como un factor perverso de reconocimiento social, el cual rompe los valores e induce a competir de manera violenta y por todo los medios, para la obtención de aquellos bienes que dan supuesto prestigio social.
- Fragilidad extrema del sistema político colombiano. La democracia entendida sólo como un conjunto de normas y no como una realidad.

- La inexistencia de un compromiso y voluntad política para definir y establecer una política de largo plazo de ordenamiento territorial que logre configurar un mapa de la diversidad regional, política, ambiental y cultural del país. Esta política podría ser parte clave en la solución del conflicto y en la configuración de un Estado moderno, que reconozca como prioridad el desarrollo autonómico de las regiones.
- Debilidad del sistema judicial y catástrofe en la administración de justicia que se manifiesta en: la hiperproducción de textos legales lejanos a la vida comunitaria produciendo un caos normativo; sistema penitenciario que viola los derechos humanos más elementales, que se refleja en un hacinamiento inhumano y en una no resolución de la situación jurídica de un porcentaje muy alto de las personas detenidas. La crisis generalizada de la justicia está provocando una arbitrariedad en el uso de la fuerza y aplicación de la justicia en la que los individuos y los grupos hacen justicia según sus propios criterios.
- La hegemonía territorial de los distintos grupos armados (guerrillas y paramilitares), que hace evidente que el Estado ha sido desplazado de una buena parte del territorio nacional, en la cual los grupos han establecido una para-institucionalidad que ejerce el poder político, administra la justicia y organiza la economía.
- No existe una política internacional que permita tener claridad sobre cuáles son los intereses nuestros en el mapa mundial, en los procesos de globalización, en la internacionalización de la economía, en la integración política y regional, así como tampoco que oriente al país, más allá de lo coyuntural, sobre los problemas que poseen un indudable carácter mundial: drogas, medio ambiente, pobreza, seguridad alimentaria, violencia y corrupción, tráfico de armas y lavado de dinero.
- Aislamiento de la comunidad latinoamericana y como consecuencia de ello una excesiva debilidad para vincularla a los procesos de paz, pero también para negociar en términos favorables los intereses nacionales en los escenarios continentales y globales.
- Una excesiva intervención de los Estados Unidos en la vida política del país. Intervención que está siendo utilizada en muchos casos con un sentido populista, que reivindica un sentimiento nacionalista para propósitos particulares y electorales. Existen también sectores del poder en la sociedad colombiana que buscan continuamente el aval y complacencia de los Estados Unidos para consolidar su poder. Esta situación tremendamente crítica genera una polarización en la cual el único perdedor es la sociedad colombiana y la soberanía nacional.
- Un desequilibrio y discriminación en las relaciones hombre-mujer, que las sitúan a ésta en un rol pasivo, baja capacidad de decisión en los grandes asuntos de la sociedad, desconocimiento del papel fundamental que

cumple en la transmisión de valores como la solidaridad, la tolerancia, el afecto, etc. y la hace víctima de la violencia no sólo intrafamiliar, sino de la guerra.

- Somos en el mapa internacional uno de los países más violentos, corruptos y violador de los derechos humanos del mundo pero con una cruel desventaja: nuestra impunidad alcanza el 97%.
- La crueldad de la guerra y su profundización va en contravía del derecho internacional humanitario.
- Una de las armas más siniestras que utilizan los grupos paramilitares y que en eso no se distancian de las prácticas fascistas utilizadas por el ejército chileno, argentino de las dictaduras o el nazi, es el uso de la crueldad extrema con el propósito de sembrar terror en las comunidades: las quemas de ojos con sopletes, las amputaciones con sierras eléctricas, las torturas en general se han venido convirtiendo en parte de la estrategia de guerra, que nos avisan que la agudización provoca una crueldad exacerbada.
- Estas prácticas tienen objetivos oscuros, como el desplazamiento de la población de zonas consideradas por estos grupos económicamente estratégicas. Se puede afirmar que el desplazamiento, o mejor la expulsión de la población de su lugar de vida alcanza dimensiones incalculables.
- La guerra en su total dimensión se ha vuelto un fenómeno económico que incide de diversas maneras en el campo, hasta convertirse, según algunos analistas, en una forma de vida. En este sentido los grupos armados vinculan a la población que ha sufrido la crisis del sector, como trabajadores de la guerra, táctica que es utilizada de igual manera por paramilitares y guerrilla.
- La despolitización de la guerra y progresiva radicalización militar. Es evidente que el mapa muestra una expansión de la guerra territorial, donde las prácticas de los grupos paramilitares, y en algunas de las ocasiones de la guerrilla, afecta a la población desprotegida.
- Escepticismo de la sociedad en general sobre los mecanismos utilizados y propuestos por los gobiernos y los grupos armados para el logro de la paz. Vemos una manipulación con intereses electorales en los asuntos de la guerra y la paz. Así mismo se observa la ausencia de intereses nacionales en todos los diálogos, una excesiva invisibilidad de los procesos de negociación de cara a la sociedad civil, creando en la opinión la confusión y el desconcierto, como también el desconocimiento de los actores del conflicto. Esta distorsión puede estar generando una polarización en la sociedad civil, donde se condena sin demasiados argumentos rompiendo las posibilidades de acercamiento de ésta a la solución.

- El conflicto armado ha golpeado de manera dramática el sector rural colombiano y no sólo en términos de cuantificación de la muerte, sino también en la ruptura de los lazos y relaciones sociales que se habían consolidado en la sociedad rural. Entendemos que si bien es cierto que la economía rural ha sido afectada directamente por la guerra, la violencia ha generado una alta vulnerabilidad de la sociedad rural, una pérdida progresiva de identidades y arraigo a su propia cultura y una continua y fuerte desvinculación de ésta a los procesos políticos en los cuales debería estar vinculada.
- La política y las estructuras de poder local se encuentran cada vez más intervenidas por prácticas como el clientelismo que deslegitima los espacios para manejar el conflicto y provoca grandes distanciamientos de la población local con su gobierno. Muchos de los mecanismos establecidos para la participación en la planeación local han sido intervenidos por las prácticas corruptas o simplemente ignorados por un alto porcentaje de los gobernantes y políticos locales. Este fenómeno es resaltado en las distintas reuniones de trabajo regional haciendo especial referencia a los Concejos municipales de desarrollo rural y a los propios Consejos Territoriales de Planeación que en múltiples ocasiones son ignorados en la toma de decisiones cruciales para el municipio.
- Los medios de comunicación que deberían jugar un papel crucial en la formación de la ciudadanía sobre el conflicto y sus actores están provocando una gran banalización de la guerra y en múltiples casos su amarillización.
- El papel de los medios de comunicación en la reproducción de esquemas violentos de producción de conflictos, que en muchos casos legitiman la violencia como vía de solución a éstos, así mismo en la desinformación que se ha producido sobre cuáles son las verdaderas causas de la violencia en Colombia.
- Encontramos un factor adverso en la concepción de que la negociación debe ser centralizada. Un proceso de paz de largo aliento creemos debe ser construido desde la vereda, el municipio, la región, sin excluir la posibilidad de llegar a acuerdos nacionales. Estaríamos tentados a afirmar que la paz debe pensarse nacionalmente y actuarse localmente.
- Vemos una gran apatía y poca intervención comprometida de la inteligencia y la intelectualidad del país en la guerra. Esporádicas y efímeras participaciones de la comunidad intelectual no alcanzan a producir el más mínimo de los impactos en el proceso de paz.
- Una generalizada violencia ambiental reflejada en el deterioro creciente de los hábitat urbanos y rurales, contaminación extrema e irreversible de los principales ríos colombianos que afectan no sólo la ecología y salud de las poblaciones ribereñas rurales. Como también el terrorismo ambiental que afecta al ecosistema.

- **Violación de la soberanía de las comunidades indígenas con proyectos económicos que van en contravía de sus principios culturales.**
- **Inexistencia de una reforma agraria integral y eficaz, que permita una redistribución de la riqueza y que nazca de la participación activa de las comunidades campesinas, que reconozca la diversidad y las necesidades de los entornos locales, no estando condicionado a las condiciones de competitividad del mercado mundial.**
- **Diríamos que la guerra puede ser analizada como un asunto económico desde dos perspectivas distintas, aunque no excluyentes: por un lado el impacto que el conflicto tiene sobre la economía local o nacional y por otro lado la guerra como un aparato económico que produce beneficios para unos y que a través de éstos permite ampliar el aparato de la muerte.**
 - a. **En el primer aspecto es significativo el aumento del presupuesto militar de la Nación, que en muchos casos ha sido en deterioro de la inversión social, es también importante la pérdida de producción de riqueza y de inversión en las zonas de conflicto que son en gran parte tierras muy fértiles y de gran potencial productivo, también supone un aumento en los gastos en seguridad privada y en el caso particular del petróleo los consecutivos atentados han afectado su explotación y los ingresos del Estado colombiano y se ha convertido como un punto fuerte de las reivindicaciones de la guerrilla sobre los combustibles fósiles y su exigencia de una política de interés nacional en este campo, por lo demás necesaria.**
 - b. **En el segundo aspecto, es importante considerar que dada la ausencia de un Estado que actué como inteligencia comunitaria y posea el monopolio de la fuerza, ha dado lugar a que grupos privados encuentren en el uso de las armas una forma de enriquecerse.**
 - c. **Una fuerte capitalización de los grupos armados paramilitares y guerrilla proveniente de actividades ilícitas: narcotráfico, secuestro, boleteo, extorsión.**
 - d. **Colombia se ha convertido en unos de los mercados más atractivos para los traficantes legales e ilegales de armas, generando una situación en la cual los intereses de los traficantes de armas están animando la guerra con propósitos oscuros de beneficio particular.**
- **Con relación a la estadística de la muerte es bueno observar cómo la violencia política o llamada por algunos violencia organizada, produce un número comparativamente más bajo que la violencia cotidiana.**
- **Las cifras entonces nos hacen pensar que la solución al problema de la violencia va más allá de un alto al fuego en el campo de batalla, o a una desmovilización de los grupos insurgentes. Como alcanzábamos a sugerir, el problema y su solución está relacionada con la democracia y la política y con el sistema económico imperante.**

- Otra cifra que es necesario tener en cuenta es que el número de muertes debidas a la confrontación entre el ejército y la guerrilla, es considerablemente menor que el número de muertes violentas ocurridas por la guerra sucia y que afectan a la población civil no armada, violando el Derecho Internacional Humanitario. La escalada de la violencia paramilitar de los últimos años deja ver de manera cruel cómo la guerra entre grupos armados tiene una espiral progresiva de aumento de muertos y desaparecidos, que desvirtúa cualquier idea de solución distinta al diálogo y la paz negociada.
- Un aumento notable de la discriminación de los grupos, que por alguna razón están en la extrema miseria y trabajan en la economía informal, la prostitución, la homosexualidad, etc. Discriminación que produce, legitima y justifica una de las prácticas más siniestras de las sociedades modernas: “la limpieza social”.
- Encontramos una necesidad urgente e impostergable de parar el fuego para hablar razonablemente entre todos los colombianos.

3. La cuestión nacional: un camino incierto

La anterior versión de los acontecimientos muestra un panorama de difícil comprensión y nos alienta a pensar que el proceso de paz colombiano es de una muy difícil complejidad. Podría decirse que nuestro proceso de paz requiere una mayor imaginación y compromiso que aquellos que en otras latitudes fueron exitosos, existen algunos elementos de la realidad colombiana que consideramos se convierten en estratégicos para iniciar no sólo una negociación sino la convivencia duradera, queremos resaltar algunos que consideramos fundamentales y que sentimos son base de la cuestión nacional que está en juego:

La soberanía nacional como la capacidad que tiene una nación para defender sus intereses y negociar de manera que éstos no sean minimizados en el campo internacional. Intereses que tienen que ver con la economía y la manera como ésta debe participar en lo que se ha denominado mundialización, entender que en un mundo globalizado una nación sin capacidad de negociación está limitada a que le sean impuestos los intereses de otras naciones cuya estabilidad y proyecto nacional la hacen más fuertes.

Soberanía nacional en el campo de la política como la capacidad de la Nación para liderar procesos de integración regional que permita construir las alianzas que más se acercan a los intereses propios de la Nación.

Soberanía nacional en el ámbito de la cultura como la capacidad que tiene una nación para hacer prevalecer sus propias tradiciones, valores e identidades en el proceso de globalización. La soberanía la entendemos como una gran capacidad de autonomía para decidir qué le conviene al país y cuál es la forma más adecuada para lograrlo.

El ordenamiento territorial como un proceso de reorganización del espacio territorial que reconozca la diversidad geográfica, ambiental, cultural y política de la Nación y desarrolle un Estado moderno de autonomías regionales más acorde con las especificidades de cada región. Es urgente definir una política de largo plazo que a manera de acuerdo nacional nos permita transitar hacia el próximo siglo desde un mapa plural en el que aparezca reconocida la gran diversidad de la Nación.

El sistema de justicia como el mecanismo que garantice de manera justa la existencia de las diferencias y la aplicación de las leyes y los acuerdos entre los colombianos. Un sistema de justicia que promueva y desarrolle la democracia colombiana eliminando las desigualdades y facilitando el acercamiento de la justicia a las comunidades. Una justicia en donde los principios éticos sean la base de los principios legales y se eliminen los intersticios de violación de la ley y la complacencia con las transgresiones. Un sistema de justicia cuya credibilidad rompa los abismos de la impunidad y la corrupción.

La democratización de las fuerzas armadas como un proceso de legitimación que aumente la credibilidad y la confianza de la población colombiana y facilite el tránsito hacia unas FF.AA. más profesionales, menos beligerantes, más preventivas y eficaces. Una organización militar que genere la confianza necesaria para el mantenimiento de la seguridad nacional, estructurada y pensada más desde un pensamiento pacifista que guerrerrista.

La desmilitarización de las soluciones como un proceso de legitimación de las diferencias políticas y reconocimiento de parte de los armados de la urgencia de parar todos los crímenes en busca de un ambiente que facilite la negociación y el desarrollo de una agenda de paz de largo plazo.

La reforma agraria integral como un mecanismo eficaz para eliminar la exclusión económica de una gran parte de la población rural a los beneficios de un desarrollo más justo; en este sentido, entendemos la urgencia de una Reforma Agraria Integral que permita la racionalización eficaz de los recursos de producción en el campo y posibilite el mejoramiento de las capacidades de la población hacia una mejor calidad de vida.

EL ETERNO RETORNO

*Hemos de ser conscientes de que aún
nos encontramos
en la edad de hierro del planeta y
en la prehistoria del espíritu humano.*

Edgar Morin

A los colombianos parece habernos cogido el final de este milenio en medio de un conflicto armado que se inició hace muchos años. Tal vez tantos, que la memoria histórica se confunde en las interpretaciones, reinterpretaciones, análisis y perspectivas utilizadas para su comprensión.

Una historia que ha sido contada de todas las formas y desde infinidad de puntos de vista¹². Historia centrada demasiado en las odiseas de unos líderes, partidos y minorías, casi todos parroquianos, que nunca le ganaron la batalla definitiva a la injusticia, tal vez porque nunca la entendieron, y que creyeron y siguen creyendo que la vida del país es la lucha por el poder y que la cotidianidad no es otra cosa que el resultado de una derrota o un triunfo militar. Una cosa parece confirmarse con la persistencia de la lucha armada en la historia de esta Nación: las élites, todas, han encontrado en la violencia la manera de hacer prevalecer una razón que nunca, por la democracia y la inteligencia, podría ser acogida por todos.

Parece prevalecer de manera trágica la idea de que la política y la milicia son inseparables y que el modelo económico de turno o el manejo de la economía debe ser defendido o impuesto por las armas, como de igual manera pareciera que es necesario defender la institución suprema del capitalismo: la propiedad privada.

En este sentido y en medio de un pesimismo justificado podríamos afirmar que gran parte de nuestra historia es la historia de la confrontación, que se inicia con la violenta Conquista española y el arrasamiento de las culturas indígenas y continúa con las guerras de independencia, la guerra de los Mil Días, la violencia bipartidista de los cincuenta, la de los grupos guerrilleros, la del narcotráfico, la de los paramilitares y la producida por la delincuencia común.

¹² Se podría afirmar que Colombia es uno de los países con una mayor cantidad de estudios e investigaciones realizadas sobre el tema de la Violencia, así mismo que cuenta con núcleos de investigación especializados en el tema, es de destacar el trabajo que realizan instituciones como el Cinep, el Iepri, la Comisión Andina de Juristas, el Observatorio de la Violencia de la Consejería de Paz.

La permanencia en la historia de Colombia de los conflictos violentos ha cumplido un rol perverso de debilitador y desorganizador de la sociedad que no ha permitido consolidar movimientos sociales importantes en el país, es así como cuando salimos de la violencia de los años cincuenta encontramos una sociedad profundamente fragmentada y desorganizada que es fácilmente dirigida por las élites, quienes encuentran en la exclusión política el camino a la resolución del conflicto.

Como dice Jaime Zuluaga *“Podríamos afirmar que hemos intentado construir una identidad colectiva sobre la base de dos partidos, que se reconocían no como opositores el uno al otro, sino como enemigos entre sí”*. Pero también que la no convivencia actual del país es el producto de un proceso histórico en el cual intentamos unir cosas que no eran juntables: el cristianismo con la visión precolombina; las distintas etnias a partir de la invasión de sus autonomías, las diferentes culturas regionales, caribe, andina, pacífica, llanera en un mapa político que no tenía un significado de integración cultural, como tampoco una lógica de ordenamiento territorial que facilitara tal integración. Se podría decir que en Colombia la nación no se constituyó, se supuso históricamente a través de la conquista, la colonia, la independencia, la república. En palabras de Antonio Morales

Aquí nunca hubo una organización real, el país estuvo un poco de la mano de lo espontáneo, de lo natural, pero jamás hubo una influencia objetiva, una mano histórica que creara una estructura y un Estado que reconociera la gran diversidad étnica, cultural y política.

También es la historia de los intentos frustrados por construir una nación y de los pactos rotos. De caminos cerrados, de las reformas nunca realizadas o realizadas a medias (reformas a la Constitución de 1886 y a la de 1991, las frustradas reformas agrarias del período de López Pumarejo en los treinta, la de los sesenta y la de los noventa, reformas a códigos, leyes, a los partidos...) infinita historia de reformas que sólo han llegado hasta donde los intereses de los indescriptibles poderes lo han permitido. Intentos que han dejado intactas las estructuras de exclusión, y que seguramente han generado más frustración y escepticismo de la población sobre las verdaderas intenciones de la clase política que las ha liderado y sobre el verdadero sentido de la democracia que se ha ido perdiendo en el exceso de instrumentalismo jurídico y técnico.

Darío Fajardo lo resume así:

La sociedad colombiana no ha podido resolver la formulación de unas reglas de juego para la convivencia. Han existido guerras civiles y constituciones, porque ninguna de las dos pega, ni la guerra civil logra imponer una fuerza, ni la Constitución se establece como un acuerdo aceptable para la paz. Siempre hemos estado en la fuente nacional de una profunda crisis del sistema organizacional de las relaciones políticas, la estructura y concepción de Estado que había primado desde el año 86, donde según factores

externos e internos se modificaba el concepto de Estado. Un Estado que no se pudo consolidar a través de las constituciones, que no tenía legitimidad porque no representaba absolutamente nada y que no era un punto de referencia concreto y válido para gran parte de la comunidad. El último intento de constituir un Estado más plural fue la Carta Política del 91, pero que parece tampoco resolvió nada, aunque permitió abrir un poco la posibilidad de que los intereses y los conflictos se vincularan, aunque no se han vinculado en toda su magnitud. ¿Acaso estamos sumidos en una gran paradoja de intentar resolver por mecanismos como las constituciones y las leyes una realidad que desborda la misma capacidad imaginativa de los legisladores?

El análisis del escenario, y su historia del último medio siglo, nos permitiría arriesgar una primera tesis: nunca pudimos hacer las reformas que necesitábamos, pero tampoco triunfó la revolución lo que parece que nos tiene en una encrucijada de final de siglo y que nos hace sospechar que los derrotados son ambos bandos: los que intentaron liderar las reformas, burguesía y partidos tradicionales, y aquellos que lideraron una revolución que nunca cuajó tampoco en la mente de la mayoría. Valga resaltar que el perdedor de siempre ha sido el país.

La estrategia empleada por ambos fue un fraude nacional: la democracia liberal electoralista y cerrada, respaldada por un ejército que nunca fue nacional —muchos analistas coinciden en afirmar que el ejército ha sido más un defensor de los intereses del poder, político-económico, que de la población en general— y la lucha armada para imponer una revolución que acogió la idea de vencer o morir como principio de acción y que lentamente fue perdiendo no sólo la razón para vencer sino también la razón para morir; la toma del poder parece haber dejado de ser una razón y las ideas revolucionarias se han ido languideciendo con la llamada globalización.

Podría afirmarse que la política colombiana, tanto la reformista como la revolucionaria, se quedaron sin piso político internacional: la primera por la oleada democrática que invadió el mundo (personalizada en la ONU) y que cuestiona la explotación indiscriminada de la gran mayoría por unos pocos, exigiendo una mayor participación de la población y el respeto por los derechos humanos¹³, y la segunda por la caída de lo que se llamó el Bloque Socialista y la progresiva y rápida desvinculación de la Unión Soviética con los procesos revolucionarios.

Parece asimismo, que se produce una “paradoja”: las diferencias entre los deseos de unos y otros, por lo menos en el discurso, se han reducido de tal manera que muchas de las reivindicaciones de los grupos armados FARC, UC-ELN y el EPL, los paramilitares y los programas de gobierno coinciden en las ideas centrales y el modelo político democrático, mostrando que sólo la descalificación o el desconocimiento de unos por otros como interlocutor legítimo, impide un acercamiento a la negociación. La revista *Cambio 16* de mayo de 1998 presenta

¹³ Los informes internacionales sobre la violación de los Derechos Humanos han hecho visible una situación histórica que había sido escondida en nuestro cómplice parroquialismo.

un panorama bastante amplio y certero de las distintas propuestas. Si las evidencias nos confirman estos acercamientos fuertes entre los deseos de unos y otros, ¿en dónde podrían estar los obstáculos para logra la paz nacional?

La polémica se ha desplazado desde los ideales liberales o conservadores y de izquierda hacia las formas de lograr o mantener el poder y los beneficios económicos que se derivan de él. Al realizar un ejercicio de interpretación de los proyectos políticos de los actores de finales de este siglo, podríamos pensar que en ellos no existe el dibujo de un horizonte, como afirmábamos, de nación, ni tampoco un espíritu o disposición a cambiar, a evolucionar, a crear una sociedad. Podríamos decir que de alguna manera, la revolución de los espíritus o de los ideales tan urgente de impulsar en estos tiempos, está siendo derrotada en la pelea por la cartera. (En otras palabras por la primacía de los distintos intereses económicos).

Cartera que ha ido llenándose poco a poco desde la ilegalidad. El narcotráfico, que no es un fenómeno exclusivamente colombiano –también internacional y no es únicamente sobre la producción de cocaína, incluye la producción de drogas sintéticas y el consumo masivo en las sociedades llamadas desarrolladas– fue penetrando lentamente tanto a una parte considerable de la clase política tradicional, a parte de los organismos de seguridad, al estamento judicial, como a parte de los grupos armados, y de ser una economía marginal se fue convirtiendo en parte fundamental de la economía llamada formal. Aunque los datos no permiten precisar hasta dónde llega este fenómeno, existen sospechas grandes que el impacto de la economía ilegal sobre la dinámica económica del país es considerable.

Por otra parte, y como posible objeto de investigación, vemos que las secuelas tanto políticas, ambientales como sociales de la guerra al narcotráfico no alcanzan a percibirse en su total dimensión, es posible que nos veamos en la obligación de hacer esfuerzos de largo plazo para conocer y mitigar esos impactos.

Un rápido panorama de nuestra historia nos permitiría arriesgar una segunda tesis que ha surgido en el proceso y que podría plantearse así: la crisis actual, no puede verse sólo como un conflicto armado, éste cada vez más cruel y radicalizado, sino que es principalmente una crisis provocada por el progresivo derrumbamiento de las instituciones y la desconfianza bastante generalizada de la sociedad civil en los gobernantes. Desconfianza que se expresa en el alejamiento de las comunidades del gobierno local, en el abstencionismo (los últimos presidentes han sido elegidos con una abstención cercana al 65%), la escasa participación real y directa de aquéllas. Gran parte de esta prevención tiene su origen en el manejo corrupto del presupuesto (contadas excepciones) de los municipios, departamentos y de la Nación y en el clientelismo que exige tener un padrino político para acceder a los cargos de la burocracia o a contratos con recursos del Estado. La debilidad institucional se puede percibir como un elemento perturbador no solamente en el momento actual sino por largos períodos de la historia.

Quizás la no existencia de dictaduras recientes haga pensar y mantenga la imagen o la ilusión de una democracia pero esta situación puede entenderse como un elemento distorsionador de la verdadera crisis colombiana que no es otra que la del sistema político en su conjunto. La reflexión nos indica con claridad que un sistema político, cualquiera, que se haya alimentado y mantenido a partir de los intereses de unos pocos es un régimen débil que tarde o temprano se vuelve frágil y que termina por asumir la represión, la censura, la demagogia y la mentira como elementos que los sustentan.

El análisis nos lleva a plantear una tercera tesis: nuestra historia parece haberse convertido en la historia cruel de la exclusión: política, económica, cultural y regional, expresada en lo político en el Frente Nacional y en la sistemática eliminación de las llamadas terceras fuerzas o alternativas; en lo económico en la excesiva concentración de la riqueza y el aumento considerable de la pobreza que según algunos estudios está entre el 30 y 40% de la población total y el 60% de la población rural¹⁴; en lo cultural en la progresiva desaparición de culturas precolombinas, en la discriminación por décadas de grupos minoritarios, de etnias, de la mujer; en lo regional en las zonas pobres y apartadas llamadas antes territorios nacionales o departamentos que están bastante lejos de beneficiarse mínimamente del escaso progreso alcanzado.

Al pensar la crisis actual, pensamos asimismo cómo ésta se proyecta hacia el mundo. Es tan fuerte e irracional el proceso de exclusión y el conflicto interno que estamos logrando excluir el país de la comunidad internacional. Aparecería como necesaria la reflexión sobre la siguiente tesis: el conflicto interno y la incapacidad para solucionarlo animan procesos de exclusión y condena en el mapa internacional que se refleja no sólo en su forma económica, escasa inversión extranjera por ejemplo, sino también política, débil posición internacional para la negociación de asuntos de vital importancia para el país, como la política de drogas, o las políticas sobre medio ambiente. Existen algunos analistas que sostienen que la inversión extranjera no se ha visto afectada, lo que no sería argumento suficiente para dejar de preguntarnos, qué sucedería en un mapa de convivencia y reconocimiento de nuestro país como nación pacífica¹⁵.

Uno de los desafíos mayores que se está presentando para todos y las futuras generaciones es cómo evitar que seamos considerados un país irrelevante en el plano internacional o que perdamos lo que algunos llaman nuestra viabilidad

¹⁴ Ver estudios... De 1964 a 1993: "El empleo en el sector rural colombiano. ¿Qué ha pasado en los últimos años? ¿Qué se puede prever?". DNP – CEDE. 1997. 1997: "Informe de desarrollo humano para Colombia (borrador)" PNUD – DNP. 1997. Boletín SISD No. 5. "Informe de desarrollo humano para Colombia (borrador)" PNUD – DNP. 1997. "Distribución del ingreso y pobreza en Colombia", realizado por J.A. Ocampo y M.J. Pérez en la Misión Social del DNP.

¹⁵ Además el proceso interno de conflicto viene legitimando cada día más las posibilidades de una intervención extranjera.

como nación. Detener este proceso dejó hace rato de ser un asunto de diplomacia y manejo de lo que llaman nuestra imagen internacional, bastante afectada por los fenómenos a los cuales hemos venido refiriéndonos. Somos conscientes y sabemos que lo que se ha dado en llamar nuestra imagen, no mejorará en tanto nuestra situación no se transforme en ejemplar. Habría muchas razones para pensar cómo debilitándonos al interior nos vamos convirtiendo poco a poco pero no lentamente en un país frágil y pegado con las ilusiones de la gran mayoría.

Entendemos que nuestro sistema político no ha logrado consolidarse, pero si la crisis de la democracia ha sido una constante, la historia de las confrontaciones armadas podría ser presentada, cerrando el milenio, como la guerra de los 500 años. Dos situaciones que tienen una estrecha relación. También podríamos ver la confrontación armada, como la historia de miles de batallas para ganar una guerra que la gran mayoría no sabe contra quién es, ni qué es lo que se va a ganar pero que sí sospecha que es lo que se está perdiendo de manera acelerada, y quienes se están beneficiando de eso: se pierde rápidamente el sentido de nación y el carácter de estado de derecho; los lazos creados desde nuestra tradición en el barrio, en la vereda, en las comunidades, se está perdiendo, también la solidaridad y el espíritu de cooperación, y ¿quiénes ganan? especialmente aquellos que desean o mantener el poder por la fuerza o los que desean ganarlo por las armas, también los que económicamente se han beneficiado, de una estructura económica arcaica y antidemocrática.

Una cuarta tesis¹⁶ es que, el territorio de las confrontaciones no es ni ha sido exclusivamente la geografía nacional, es decir el espacio físico, también lo ha sido el Congreso, los medios de comunicación, el gobierno; ni las armas utilizadas son sólo las que matan o eliminan físicamente al contrincante, también la mentira y la calumnia se han venido convirtiendo en armas preferidas de aquellos que se pretenden líderes. Una situación que adquiere cada vez más visos de tragedia, es la progresiva ocupación de los medios masivos por parte de la clase política, no por toda, sino precisamente por aquellos que necesitan esconder o tergiversar la opinión. El manejo de la información y la comunicación se han convertido en el objetivo estratégico de aquellos que no quieren que la democracia funcione, porque no les conviene. La actual guerra de la desinformación conduce al país a la confusión y anima un progresivo reino de la mentira.

Así como, con el tiempo, la información y la comunicación se han convertido en objetivo estratégico, la razón de la lucha ha dejado de ser exclusivamente la tierra, su propiedad o explotación. Se ha producido ya no únicamente un cambio sino una gran mutación en donde el interés se centra también en las fuentes productoras de capital ilegal cuya procedencia se ha diversificado de tal manera que hace complejo el análisis para determinar su impacto preciso: el contrabando,

¹⁶ De acuerdo con el análisis de las entrevistas realizadas.

la producción de hoja de coca, el procesamiento de la misma, el tráfico, el secuestro, la infinita trama de inversiones en todos los sectores, el pago de impuestos a los grupos armados.

Queremos insistir, que el resultado de la confrontación no es tan sólo la gigantesca suma de muertos que produce, o las pérdidas económicas que tanto preocupan a unos cuantos, sino también y fundamentalmente el sentido de terror y miedo de los niños y niñas expulsados, la angustia de las familias enteras que hacen parte de ese inconmensurable éxodo al que están sometidas hace largo tiempo poblaciones y culturas enteras, la gran población que sin ser asesinada o desplazada sufre la miseria de la confrontación y que permanece sin alternativa en los pueblos y veredas sumida en el pánico esperando la toma o contratoma que, como en una historia de ficción cruel, se repite de manera persistente.

Estaríamos en la obligación de entender que la población afectada por la guerra en la que estamos sumidos, somos todos: aquellos que se localizan en lo que podría llamarse con claridad el campo de batalla, los que sufrimos la intensidad de la violencia urbana, los que han sido atropellados por la imposición de una cultura hegemónica arrolladora de las comunidades, y organizaciones comunitarias que se han venido convirtiendo en objetivos de guerra y que se ven metidas en la disyuntiva de guardar silencio o arriesgar la vida, los que por incapacidad del modelo económico hacen parte del gran ejército de la pobreza, tanto aquellos que en el campo lo han perdido todo por la idea aquella de que el mercado hará los ajustes necesarios, o por la trama intensa de transacciones y agendas ocultas de aquellos que detentan el poder.

En esta larga y cruenta batalla muchos de los triunfos políticos, económicos o sociales de algunos pocos, han siempre significado la derrota de la gran mayoría. Contra este gran monstruo, o mejor, contra este sentido de hacer política o construir nación es contra lo que se debe luchar.

Un pequeño paréntesis para exponer otra de las reflexiones que emergieron de nuestro análisis: parece haber triunfado la sagacidad particular e individual de algunos sobre lo que podríamos entender como la inteligencia colectiva. Al incorporar el concepto de inteligencia colectiva queremos expresar y proponer la tesis de que el proceso de exclusión se ha extendido hacia el pensamiento y advertir cómo cada vez y con mayor intensidad no vemos inmersos en un mundo en el cual existe una sola razón y un sólo punto de vista.

Sería ingenuo llegar a pensar que nuestra situación política y económica no se hace más laberíntica al estar penetrada por un pensamiento hegemónico o pensamiento único¹⁷ que limita las posibilidades de construcción de alternativas distintas a las que circulan desde el norte y reduce de manera sistemática la crítica

¹⁷ Término acuñado por una corriente de pensamiento cuyo objeto es el análisis crítico de los principios y valores de la economía y la política, en especial Ignacio Ramonet.

situándola en el plano de las reformas que no alcanzan ni en lo político ni en lo económico a tocar la raíz de los problemas. Quizás una de las mayores y difíciles se refiera a situarnos en un plano distinto y liderar desde Colombia un proceso de interpretación, análisis y crítica de ese pensamiento; papel que debería ser asumido con decisión por nuestra incipiente comunidad de intelectuales y académicos de la mano directriz de las comunidades.

Retomando, entendemos que el campo se ha convertido en el escenario de la guerra organizada y que en ésta la mayoría de los muertos son de origen campesino. Pero el análisis nos conduce a pensar que la *guerra* tiene un sentido nacional, está de manera indisoluble atada a la confrontación por el poder y que la división de rural-urbano no es suficiente para la comprensión de ese conflicto armado. El impacto que la violencia organizada ha tenido en las zonas rurales es de tal magnitud que las precisiones y estudios que se hacen con relación a pérdidas o costos económicos es sólo una pequeñísima punta de iceberg comparado con las rupturas del tejido social y la idea de compartir un imaginario común. La expulsión de grandes cantidades de población de sus zonas no es un drama exclusivamente social o económico sino también una tragedia humana de imperceptibles dimensiones.

Con una lente de largo alcance se puede ver con precisión que la confrontación pasa, por múltiples razones, de ser un problema de estado a ser un problema del Estado: de su corrupción, de su inoperancia, de la trampa mortal en que lo metieron los partidos tradicionales hasta convertirlo casi exclusivamente en un botín que es saqueado lentamente bajo el amparo de técnicas cada vez más eficaces y presupuestos orientados, en no muy pocas ocasiones, hacia la permanencia o perpetuación de prácticas políticas antidemocráticas. El Estado, como aparato mediador de los conflictos, y su tremenda debilidad, se convierte en una gran barrera para llegar a acuerdos. La situación actual del aparato estatal nos hace pensar en lo que algún experto¹⁸ llamó el Colapso parcial del Estado. Colapso que se refleja en la crisis de la justicia, en la ilegitimidad de las instituciones y en la bajísima gobernabilidad.

Una última tesis podría ser expresada de la siguiente manera: los procesos de exclusión y la violencia, han venido consolidando una cultura en donde se encuentra como rasgo bastante generalizado, que la resolución de conflictos de todo tipo: políticos, económicos, sociales, familiares o barriales tienden cada vez más y con mayor persistencia a ser solucionados por la fuerza, las armas o la imposición de la razón por el poder de unos sobre otros. En un plano que podríamos entender como cultural, aparecen dos fenómenos: la impotencia y el miedo. Fenómenos que empujan, en términos generales, al colombiano a asumir dos comportamientos: el silencio como una actitud protectora de sí mismo y el me-

¹⁸ Ver al respecto entrevista realizada a Eduardo Pizarro.

importaunculismo como una barrera que lo protege contra cualquier posible vinculación política.

Finalizando, y estrechamente relacionado con lo expuesto, un punto que quisiéramos resaltar y que no deja de aparecer en cualquier reflexión sobre política o educación finalizando este siglo: los medios de comunicación.

Entendemos el papel básico y cada vez más importante de los medios, de allí su gran responsabilidad, pero su manejo y la calidad de la información se ha ido convirtiendo en elemento más distorsionador que formador de una conciencia colectiva sobre la tremenda situación en la que estamos inmersos.

En este sentido, podemos estar produciendo una trágica paradoja que ha sido provocada por el recrudecimiento de la guerra, la crueldad extrema de la confrontación, el éxodo obligado y cruel de cientos de miles de colombianos, la politización (mal entendida) de lo que podría entenderse como proceso de paz, la banalización de la guerra por el criterio más noticioso que analítico de todos los medios masivos de comunicación.

La paradoja es que un camino similar al de la muerte como *chiva*, parece estar recorriendo la paz y la difusión masiva de la necesidad de lograrla, podría haber una advertencia: se está informando sobre la paz en el mismo sentido que sobre la muerte, se buscan noticias por todo lado y se magnifican acontecimientos o eventos que, teniendo un gran mérito, sólo se constituyen en efímeros actos de voluntad ciudadana.

Los medios masivos en múltiples ocasiones se han venido convirtiendo en la caja de resonancia del poder político y económico, separándose de los intereses comunitarios y promoviendo una opinión superficial, poco analítica que mantiene el desorden existente y reproduce y justifica la situación en muchos casos, a través de la manipulación de la noticia. A ellos cabe una gran responsabilidad en la comprensión que el país tiene del conflicto y de los actores del mismo.

De la manera como se maneja la información en los medios de comunicación se puede ganar o perder en miedo, en terror, en desinformación, en silencio cómplice, en pérdida irremediable del sentido de la solidaridad, de la tolerancia. Los medios de comunicación, como la familia y la escuela, juegan un papel crucial en la creación de sociedad y la configuración de un ethos político no violento.

CREAR SOCIEDAD

La democracia no es una cosa abstracta de la que se pueda afirmar que hay o no hay, sino que consiste en procesos que están construyendo o destruyendo dependiendo de cuál es el papel que están jugando las distintas fuerzas sociales...

Tomás R. Villasante

1. Crear sociedad

Desde un inicio nos ha venido asaltando la pregunta: ¿qué es lo que precipita a una sociedad a la crisis? Y ¿qué es lo que hace que esta crisis conduzca a una ruptura total de la convivencia, que es la guerra?

En la respuesta hemos reconocido una problemática tan compleja que cualquier intento de aproximarse a ella desde una sola perspectiva la limita. Podría decirse asimismo que acercarse al problema, desde una sola disciplina (economía, sociología, psicología...) reduce no sólo la comprensión de éste, sino también la interpretación de la realidad.

En nuestro recorrido intentando despejar esa incógnita, hemos transitado por una diversidad de textos, conversaciones y estadísticas que nos internaron en el mundo de los conceptos, de las teorías, de las investigaciones, de los datos.

En este proceso se nos presentaba como desafío llegar a conceptualizar, a qué era a lo que nos estábamos refiriendo, cuando hablábamos de convivencia. Aunque el concepto ha sido trabajado de distintas maneras y con diversos enfoques todo nos indicaba que estábamos hablando de la política, de la democracia, de la armonía, las relaciones sociales, del consenso, la voluntad general, la justicia social, la cultura plural, los derechos y los deberes y también, por supuesto de las relaciones y situaciones entre lo que podríamos llamar organización política de la sociedad y el manejo de la economía.

La distancia, artificial por cierto, entre política y economía no facilita la comprensión del problema de nuestra convivencia. Nuestro trabajo no deja de lado el sentido económico del concepto, pero no alcanza, no es su propósito, a resolver la relación entre la crisis actual y el manejo de la economía. En corto: la convivencia de un país como el nuestro está intervenida fuertemente por dos grandes realidades: la política y la economía. Nuestro énfasis ha sido la cosa política.

Intentar definir la política, la historia o la economía no deja de ser otra cosa que una odisea a veces inútil. Pero no acoger una idea general de ella en este texto podría convertirse en un obstáculo para la comprensión del mismo.

Si entendiéramos la política como aquello que hace posible, en el plano de las sociedades, lo deseable, podríamos asumirla como un mecanismo colectivo de logro, es decir: a través de ella la comunidad alcanza o pretende alcanzar sus ideales, sus fines. En otras palabras, podríamos decir que si el ser humano es un ser social, la sociedad es esencialmente política, y en el mismo sentido que el hombre se humaniza en su relación con los otros, la sociedad se crea políticamente. Sería necesario advertir que esa construcción política de la sociedad está mediada por las tradiciones, por la cultura, por la historia, por su relación como sociedad con otros países.

De una manera simple, asumiríamos la convivencia como un proceso continuo de creación de sociedad cuyo fundamento principal estaría dado por el carácter colectivo y orientado por el espíritu democrático. Dos cosas nos gustaría resaltar: la política es una tarea de todos y los valores democráticos son su marco ético.

Ahora bien, si el deseo colectivo es poder convivir armónicamente, entonces son los asuntos relacionados con la política los que nos conducen a esta convivencia, en este sentido creeríamos que la política (pero no sólo ella) haría posible este deseo.

A nuestra reflexión se han ido incorporando varios interrogantes: lo primero ¿cómo ha sucedido esto en el país? A lo largo del documento damos algunas pinceladas sobre esto. Lo segundo, ¿en qué sentido la política ha podido perder su rumbo, su esencia, su rigor, es decir, su valor, y se ha convertido en el ejercicio de unos pocos en beneficio de otros tantos? Lo tercero, ¿cómo el ideal colectivo de democracia se ha visto afectado por el sentido perverso de la política y de qué forma éste ha sido negociado hasta diluirse en el océano de intereses particulares, individuales o grupales? Desde ya anunciamos como tarea estratégica, es decir principal, lo que podría llamarse una revalorización de la política.

Creemos que la democracia como sistema político no es una utopía, lo entendemos como algo realizable, construible y quizás el más humano de los sistemas políticos, podría decirse que esto es lo que lo hace frágil, difícil, complejo. Frágil por cuanto es permeable a los intereses individuales y/o de minorías –en la historia de la humanidad se puede observar con mucha precisión cómo, cuando los intereses de una minoría prevalecen o son impuestos a una comunidad, el conflicto y la beligerancia tienden a aumentar. Es difícil por cuanto pretende establecer un equilibrio entre el hombre como individuo, sus intereses y la comunidad y el interés general. De igual manera intenta resolver la tensión entre lo público y lo privado. Decimos que la democracia es el más dinámico de los sistemas políticos porque entendemos que el conflicto siempre está presente, así como la tensión producida por la búsqueda continua del equilibrio. Tal vez lo que permite una solución no violenta de ese conflicto y el logro de un equilibrio

suficiente para convivir en paz sea el concepto de ciudadano, que podría entenderse como una disposición, como una actitud permanente de respeto por el otro y por la comunidad.

Entendemos que el conflicto hace parte de todas las sociedades a lo largo de la historia de la humanidad, que es un factor dinámico porque es la expresión de las diferencias, de los intereses. Este conflicto para ser un elemento dinamizador y no perturbador de la vida en sociedad, necesita ser expresado políticamente; en este último sentido, podríamos decir que son las instituciones, creadas y aceptadas colectivamente, las que cumplen un rol básico, fundamental: canalizarlo y regularlo, sin limitar la libertad de creación e imaginación del individuo pero sin olvidar el viejo horizonte de la voluntad general. Sin esta mediación institucional arraigada culturalmente en el seno de la sociedad, el conflicto encontrara en la violencia su peor forma de expresión.

Cabría una advertencia a manera de discusión: las múltiples formas de solución de los conflictos no provienen exclusivamente de las normas establecidas y asumidas como instituciones sociales. Existe una nada despreciable cantidad de regulaciones que se originan por el camino de la cultura, que funciona, en este sentido, como un gran dispositivo de regulaciones aceptadas colectivamente, comunitariamente y que sin estar sistemáticamente ordenadas a manera de leyes orientan comportamientos, originan y producen sentidos y hacen parte sustancial del imaginario social y de la tradición propia.

En el caso colombiano, en la coexistencia de un mapa diverso de culturas, pueden encontrarse mecanismos de autorregulación comunitaria que funcionan aislados del sistema de regulaciones sociales establecido formalmente y que no en pocas ocasiones es utilizado de manera eficaz para la resolución de conflictos comunitarios o ciudadanos. El reconocimiento de esta gran diversidad se presenta como un asunto estratégico para la configuración de un mapa de convivencia en el que quepamos todos.

En este sentido podríamos reafirmar que la convivencia no es la inexistencia de conflictos sino la manera razonable con que una sociedad o comunidad neutraliza la violencia. En palabras de Antanas Mockus *“La convivencia es construcción conjunta, es relación fuerte, es mutuo apoyo, utilización recíproca de habilidades, de conocimientos, de enriquecimiento recíproco, en suma, es la fertilidad de la diversidad”*. Valorar el potencial de la diversidad en la creación de sociedad tiene que ver con el reconocimiento de los nuevos papeles y significaciones que nutren las revoluciones silenciosas por fuera de los partidos políticos: el cambio de la situación de la mujer y su papel en la sociedad, el del joven, el del niño, el del anciano. En el caso colombiano el papel de las comunidades indígenas y negras tanto en el orden de lo cultural como en el político.

Así como la convivencia la podríamos entender como un proceso continuo, permanente, de construcción de sociedad, el conjunto de instituciones que regulan

dicha sociedad debe ser entendido en este mismo sentido. Ahora bien, el proceso que conduce a la definición de éstas, tiene que ser un proceso altamente participativo. Creemos en la creación de sociedad como la auto-institución por la vía de consenso, de aquello que nos regula, que nos orienta, pero entendemos el consenso no como la eliminación del disenso sino como la configuración a partir de éste de una posible voluntad común y diversa.

En este amplio marco quisiéramos proponer como grandes enunciados desde los cuales se podría partir para iniciar una proceso de creación de sociedad:

- Llamar la atención sobre el mayor de los dramas: estamos siendo sometidos al dominio de unos lenguajes, políticas y concepciones del mundo que limitan, excluyen, fragmentan y nos comprometen a algo que la gran mayoría no comparte y que promueven la idea de que la lucha por el bienestar es necesariamente la confrontación por la supervivencia. Idea descabellada en donde entramos a deshumanizar las comunidades en beneficio de lo que podría llamarse, no sólo aquí en Colombia “la animalización de la vida”, en donde sólo sobrevive el más fuerte o el más sagaz. Esta idea está ligada de manera directa con aquella que privilegia el mercado y lo sitúa como supremo faro de la vida de los seres humanos en comunidad. Enunciado que nos estaría invitando a hacer una reflexión, no únicamente sobre la economía, sino y especialmente la relación de ésta con la política.
- Nos anima la idea de promover un pensamiento pacifista y la incuestionable tesis de que no existe ninguna idea, religión, ideología o pensamiento que justifique la muerte violenta de un ser humano por otro. Así como tampoco hay causa alguna que justifique la violación de los derechos humanos, la libertad o la soberanía de las culturas y los pueblos. Nos alimenta la idea central de que sólo una ética de la responsabilidad constituida y aceptada colectivamente, comunitariamente, nos ayudará a salir de esta extraña y compleja crisis en la que estamos sumidos.
- Es urgente e impostergable la construcción de lo que podríamos describir como un ethos político distinto. En donde dominen más la honestidad y sinceridad que la capacidad de negociación de intereses y se logre por fin abrir las puertas del poder a todos y todas. En donde la creación de sociedad sea una tarea política que involucre y comprometa a todos los miembros de la comunidad y en donde se privilegie más el sentido de sociedad deseada que la Constitución. Proponemos entonces la realización de un tránsito radical de la norma perfecta jurídicamente a la vida sensata, productiva, participativa; de la milimetría política a la pedagogía política; de un país cerrado a uno líder de la integración latinoamericana, de un Estado debilitado por la corrupción, la impunidad y la injusticia a uno con una gran credibilidad construida en una estrecha relación con la sociedad civil. Un *ethos* político que no privilegie lo público sobre lo privado o, al contrario, sino que distinga con claridad los intereses de uno y otro y siempre

anteponga el interés colectivo al particular. Un ethos político que fortalezca la idea de nuestra soberanía nacional y que defienda una política internacional que resitúe al país en la comunidad internacional en igualdad de condiciones a los demás.

- Es necesario reflexionar colectivamente sobre la relación estrecha entre los fenómenos de corrupción, impunidad, injusticia y la muy baja gobernabilidad existente. El debilitamiento institucional y la creciente desconfianza y credibilidad en las instituciones, sitúa cualquier consenso, pacto social o acuerdo en entredicho y restringe considerablemente su capacidad cohesiva. La inexistencia de unos valores fuertes que guen la sociedad ha provocado una complacencia generalizada con la violación de normas y la aceptación colectiva de que esto se produzca. Se puede hablar de la existencia de un divorcio fuerte entre política y moral y entre economía y justicia social. Poner interrogantes a los dos sistemas, el económico y el político, es urgente en el análisis de la convivencia nacional.
- Los partidos políticos sufren un proceso intenso y progresivo de deterioro y de falta de ideas que orienten al país. Su relación perversa con el Estado los ha situado en una confrontación cuyo fundamento es el manejo de la burocracia, el presupuesto y las prebendas que se derivan del uso del poder. Una ausencia total de proyectos nacionales los empuja a la política electoralista en donde se privilegia la venta de una imagen o individuo a la de una propuesta. Su ideología es coyuntural: neoliberal o de apariencia social, pacifista o belicista, anticorrupción, anticomunista, pro o antinorteamericana, etc. Los procesos sociales que han conducido a la creación de nuevas fuerzas políticas han desaparecido, en no muy pocas ocasiones por la misma violencia, y sus líderes han sido asesinados. Otras alternativas que nacieron en el seno de los partidos tradicionales han sido absorbidos por la maquinaria política bipartidista, proceso igualmente trágico para la configuración de un espacio político democrático. Vemos la crisis actual como consecuencia de una dramática descapitalización política, entendida como una ruptura entre la política y la justicia y una quiebra de las organizaciones políticas, de la institucionalidad y de inexistencia de una sociedad civil organizada que permitiera construir un horizonte democrático desde su misma base.
- Los intrincados y minados territorios de la guerra colombiana son políticos y económicos y su relación es estrecha con la tradición de exclusión que históricamente ha sufrido una gran mayoría de la población: exclusión cultural, económica, social y política. La guerra es sufrida por la población rural de manera directa pero los intereses que se defienden o por los cuales se lucha son cada vez más distantes a las comunidades campesinas, indígenas o negras. La violencia urbana que produce la mayoría de muertes y el aumento del delito se alimenta de las múltiples formas de exclusión o discriminación y encuentra en la impunidad la complicidad para ampliarse hasta los límites más insospechados.

- La intensa militarización, belicosidad y crueldad empujan a creer que los argumentos han sido eliminados del conflicto y que los grupos armados todos, están comprometidos con una lucha intensa por el dominio de territorios, la vinculación de la población a sus filas, la eliminación física de aquellos que se identifiquen con el bando contrario, la expulsión de la población campesina y la consecuente violación de los derechos humanos de la misma.

2. Un escenario pacífico: la democracia innovativa

Imaginar un escenario pacífico o de convivencia pasa necesariamente por una reflexión profunda sobre el sistema político establecido. En el caso particular de Colombia surgen entonces grandes interrogantes a las maneras de hacer y pensar la política y por lo tanto a la democracia.

Significa también cuestionarse sobre el político, o los líderes de esa política. Que tiene en todo caso que ver con el poder y con las instituciones o instancias que se constituyen en autoridad. Podríamos entender por lo político como todo aquello que concierne al poder, es decir, los modos de acceso a él, su gestión, la institucionalidad que respalda esa gestión, la moral que lo orienta y el sentido democrático o no de su ejercicio.

Cuando hablamos de la construcción de un ethos político distinto, queremos decir y proponer, la urgente necesidad de revolucionar las prácticas políticas existentes. Creemos en términos generales que Colombia se sitúa en aquellas experiencias políticas en las cuales ha sido más fuerte el esfuerzo por instrumentar normativamente la democracia que por ponerla en práctica.

Insistiríamos en la incapacidad de lograr lo que deseamos. Pero en política entenderíamos que, en el caso nuestro, ésta, la incapacidad, tiene más que ver con los líderes y dirigentes, es decir con el político, que con la población en general.

Algo que se nos presenta como sospecha es que la dirigencia ha perdido el sentido verdadero de la democracia. Es muy posible que estén más preocupados por los derechos políticos, sobre todo aquellos que les permiten perpetuarse, que por los derechos económicos, los cuales posibilitarían pasar de una democracia de papel a una de verdad. Es urgente el diálogo nacional sobre los derechos, no sólo aquellos que se relacionan con la vida sino comprender colectivamente que los derechos humanos son esencialmente una carta que promueve, orienta o podría educar sobre la justicia social y la manera de reconocer que la lucha universal es contra la exclusión.

Dos asuntos deben ser parte esencial de eso que hemos denominado ethos político: por una parte la necesidad de aproximar la economía a la política y de manera, llamémosla, pragmática, los derechos políticos a los económicos, empiezan a constituirse como un punto de partida fundamental y por otra la desaparición de lo que llamábamos divorcio entre política y moral.

Ahora bien, recogiendo la idea de Castoriadis¹⁹ lo que legitima la democracia es lo que podríamos llamar el proceso de autoinstitución. Esto remite a una consideración de la política “.. como una tarea que afecta a todos los miembros de la colectividad, una tarea que presupone la igualdad de todos y trata de hacerla efectiva. Una tarea, pues, que también es de transformación de las instituciones en el sentido de la democracia”. La democracia, entonces, es un proyecto político vinculante, no excluyente que utiliza las potencialidades sociales a través de un uso adecuado de la ciudadanía.

Queremos introducir el concepto de capital político como la capacidad y potencial que tiene una sociedad para orientar, desarrollar y defender su propio horizonte democrático. Pensamos que las posibilidades de una estabilización política de largo aliento está condicionada a la existencia de esa capacidad, el desarrollo de esa potencialidad y su utilización en el marco de un estado de derecho. En este sentido el capital político de una sociedad estaría dado por la institucionalidad que respalda el desarrollo político, tanto en su expresión legal, conjunto de normas, como en su expresión burocrática, conjunto de organizaciones del Estado. Así mismo, vemos como fundamental en el desarrollo político la existencia de una sociedad civil organizada que potencie y participe activamente en las decisiones que conciernen a la comunidad o la sociedad. Las organizaciones de campesinos, de empresarios, de mujeres, de jóvenes, de minorías se constituyen en un capital invaluable a la hora de fortalecer el sentido de la democracia. Así mismo unos partidos políticos con visión democrática e inmunes a la corrupción son esenciales para que la democracia funcione.

Quisiéramos reevaluar la política en este sentido y pensarla como una actividad relacionada con la construcción de las instituciones deseadas, como aquellos lazos políticos que compartidos facilitan la convivencia. No la ausencia de conflictos, sino la posibilidad de solucionarlos por el camino de la razón, de lo común.

La política no ha sido considerada y practicada en Colombia como una tarea de todos los integrantes de la comunidad, sino como la propiedad de unos cuantos, que ante las presiones se amplía un poco, pero conservando la exclusividad de su interpretación y manejo, incluso programando a través de negociaciones secretas y las agendas ocultas los relevos en el acceso al poder.

La política como actividad de creación de la vida comunitaria, por parte de una comunidad, que significa que una parte crucial de la vida es crear formas convenientes de relación comunitaria o de relaciones sociales. La comunidad que se hace libre en el ejercicio de creación de instituciones que respondan a su actividad.

¹⁹ Castoriadis Cornelius, *La democracia como procedimiento y como régimen*. Internet.

Se trata entonces de cuestionar todas las instituciones y todos los poderes que no respondan a la libertad creadora de la comunidad, de la ciudadanía y, por el contrario, significan la negación de la igualdad y la libertad de los individuos que componen la comunidad, la sociedad.

Habría que avisar que estos procesos en un estado o región centralizados, no sólo son imposibles sino que pueden constituirse en la más cruel de las demagogias: sus costos son tan altos y sus efectos tan pingües que se crea una ilusión más de democracia. Una apuesta por un horizonte autonómico se convierte no sólo en una necesidad política y administrativa sino también económica.

La autonomía de los individuos es al mismo tiempo un paso necesario y una finalidad, es sobre ella que es posible crear las instituciones deseables, si comprendemos la democracia como un régimen político de autoinstitución.

Nuestra libertad se amplía con la libertad de los otros que comparten con nosotros la vida en comunidad. La autonomía de cada uno de los integrantes de la comunidad tiene que ser una preocupación fundamental de cada uno de nosotros, porque dependiendo de la calidad de la comunidad que toma decisiones, tendrán lugar decisiones que convienen a mi vida como individuo que está relacionada de manera íntima con lo que acontece en mi comunidad.

Se trata entonces de rebasar la concepción defensiva de los derechos y las libertades con relación a un poder que se torna extraño a la comunidad y se convierte en una amenaza a la igualdad y la libertad, para dar el paso a una concepción sustantiva y no procedimental de la democracia que crea instituciones a partir de la autonomía de los individuos. Una democracia y por lo tanto una convivencia que se presenta como desafío continuo y acercamiento comunitario, es decir político, a los acuerdos.

En Colombia lo anterior invitaría a varias cosas:

En primer lugar, concentrarse en la creación efectiva de la autonomía de los individuos. Procesos que comprometen a la familia, la escuela, los medios de comunicación, la universidad.

El papel crucial de la educación como formadora de individuos libres y de ciudadanos.

La exclusión económica, social, cultural y política ha de ser superada. No con programas asistencialistas que surgen como dádivas de los centros de poder, sino como proyecto de la comunidad, que de manera consistente, lúcida y sostenida acometa la tarea de equilibrar una situación de décadas de injusticia y exclusión.

Todas las instituciones y costumbres del poder que atenten contra la diferencia y alienten la injusticia tendrían que desaparecer. Sólo un camino de construcción autoinstitucional podría servir, políticamente, para crear la conciencia y credibilidad por las instituciones y el Estado.

No puede haber sociedad democrática sin Paideia democrática. Poner a disposición de la democracia la educación y constituir la no como un aparato de reproducción de la cultura sino como uno de transformación de los seres humanos empieza a visualizarse como la verdadera estrategia revolucionaria, una revolución que nos posibilite el tránsito de una sociedad parroquial a una universal y de una democracia restringida a una democracia innovativa en donde el voto deje de ser el único ejercicio de la ciudadanía

3. Economía de paz, ecos de libertad

Convivencia y economía

A sus ojos, un árbol raquítrico tendrá más valor que un museo o un templo. No habrá escuelas; en su lugar cursos de olvido y desaprendizaje en los que se exaltarán las virtudes de la distracción y las delicias de la amnesia. El asco que inspirará la imagen de cualquier libro, frívolo o grave, se extenderá al conjunto del saber, del que se hablará con dificultad o espanto, como si se tratara de una obscenidad o de la peste.

Emile Cioran

El individualismo, entendido como el privilegio indiscutible del individuo sobre la comunidad y del mercado sobre el interés social, que ha impuesto una sola visión del universo y que entiende la sociedad como una de objetos susceptibles de cuantificación, control y manipulación, sujetos a los dictados de una economía que juega e impulsa el concepto del mercado como fuente de regulaciones neutrales y brújula suprema para la solución de los problemas de la humanidad, experimenta una etapa de crisis que nos inclina a pensar, con algunos analistas, que estamos en el comienzo de su agonía.

No podríamos dejar de referirnos a él, para pensar lo que acontece en nuestro país, y no podríamos hacerlo por múltiples razones que nos inclinan a afirmar, que el escenario mundial de final de milenio, no sólo nos afecta, sino que también está condicionando y limitando nuestra soberanía, es decir, la autonomía para organizarnos como nación, como cultura, como Estado y como economía. Destacamos algunos de aquellos elementos esenciales para la comprensión de lo que acontece con la esperanza de entrelazar la situación conflictiva nacional con las raíces más profundas de lo que algunos denominan globalización.

La orientación hacia el éxito, la productividad, la competitividad, que hacen que la acción individual tienda a maximizar la utilidad para lograr los fines individuales, ha desembocado en un espacio *infernal* en el que un planeta fatigado –fragmentado en términos políticos y con una interdependencia vital tan obvia como soslayada– soporta más de cinco mil millones de habitantes

que ven arrasados los vínculos sociales y culturales y viven sumidos en procesos de uniformización sistemática que los convierte poco a poco pero de forma inexorable en individuos para la producción y el consumo material.

Produciendo por este camino, para algunos ineludible, sentidos dominantes que restringen la libertad no sólo de pensamiento sino de acción; seres que desconfían, que están cubiertos de corazas de indolencia, que continúan alucinados su gesta de destrucción en procura de un desenlace apocalíptico, una humanidad que parece autocomplacida en tanto que sus autoridades, su inteligencia, sus jerarquías sociales centran sus esperanzas en la tecnología como aquello que les permitirá salir de un gran agujero negro: el hombre de finales de milenio es cada vez menos un ser humano, por cuanto es menos social y tiende progresivamente a su aislamiento.

Surge un gran interrogante: ¿Es posible construir escenarios de convivencia pacífica y sociedades humanas sobre la base de unos valores que van poco a poco deteriorando el sentido humano de las comunidades?

Colombia, como México, como Ecuador, Pakistán, o los marginales de los Estados Unidos, Francia o España, experimenta la crisis de convivencia propia de esta forma de comprender la naturaleza y la economía que privilegia la competencia, que aleja a la comunidad de sí misma, sacraliza el rendimiento y la productividad y somete toda la vida social a los imperativos de la acumulación y del crecimiento económico.

Modelo económico que no ha podido resolver, ni en los países más desarrollados, los problemas de justicia social; en éstos es evidente el problema de crecimiento sin empleo, y que por el contrario acrecienta las taras del modelo de globalización: brecha cada vez mayor entre los quinientos millones que viven en el norte rico y los cinco mil millones que habitamos la parte sur del planeta; multiplicación de los conflictos violentos; hambrunas gigantescas; consolidación de las economías ilegales, mercados de armas y de drogas cada vez más dinámicos, mercados de prostitución infantil que aumentan la demanda de un mercado cruel del ocio y la obscenidad que encuentra a los niños como el último de los juguetes para disipar el sentido de frustración colectiva que emerge poco a poco en los países ricos y en las clases media y altas de los países pobres.

Padecemos una forma de vida social esquizofrénica que nos presenta un enigma: por un lado se animan guerras y violencias para solucionar los problemas y por el otro se expresa un desconcierto y asombro por el crimen y la injusticia. ¿Acaso se construye en los pasillos del poder una ética cínica en la cual la solución puede ser la muerte, como suicidio colectivo?

Sentimos la necesidad de empezar a pensar la política y la economía desde otras ópticas, otros sentidos, otros intereses, se trata posiblemente de trastocar los valores dominantes de un modelo de globalización y mundialización que reproduce

la inequidad y la injusticia de la misma manera que al interior de las llamadas democracias tercermundistas sus propios modelos. ¿Qué relación encontrar entre el modelo de globalización y mundialización de la economía y los conflictos internos de los países del sur? ¿Podrían configurarse en estos últimos democracias reales en un marco mundial impulsado por los sentidos que enunciábamos? ¿De qué forma se configura un mapa mundial de soberanías reducidas a través de pactos y acuerdos comerciales que en muy contadas ocasiones favorecen a los países del sur? ¿Cómo participar de manera igualitaria en las decisiones y políticas que afectan a largo plazo las soberanías nacionales? Si es incuestionable la globalización ¿cuál es el papel activo que debería asumir una nación sin perder su sentido, identidad y soberanía?

Transitar hacia la democracia innovativa, impulsar una democracia radical, emancipar la existencia comunitaria de la dictadura de formas de valoración impuestas por la mundialización, suscitar la conciencia de encontrarnos en un vórtice inhumano de sufrimiento, de injusticias, de iniquidades, una conciencia planetaria más humana y por lo tanto más social, más autónoma y por lo tanto más libre debería ser un paso esencial; pero ¿cómo iniciar ese camino? ¿De qué manera podríamos evitar que nuestros países se conviertan en laboratorios experimentales de una mundialización que nadie sabe para dónde va? ¿Será acaso que, como afirma Ignacio Ramonet en su texto *Un mundo sin rumbo*, estamos entrando en una nueva época? ¿Pero dónde sacar el optimismo necesario para participar en su construcción sin perder lo invaluable que podemos encontrar en tradiciones menos ambiciosas pero más bondadosas?

¿Es muy posible que empecemos a valorar la inteligencia en otro sentido y que nos empuje a ligarla de manera indisoluble a la bondad y a la ética? Porque como afirma Felix Guatari:

...Lo que está en juego es la supervivencia de la especie humana que desaparecerá como la Tierra misma. No es un drama en sí. Hay que saber si queremos vivir esta supervivencia algunos decenios, o si podemos considerarla para algunos siglos o milenios.

Miremos algunos puntos que permitirían empezar a tejer no sólo un país pacífico sino también un mundo solidario, un mundo más igualitario y no violento:

- No renunciar a nuestra actividad creativa y crítica sobre lo que acontece en el planeta de finales de milenio. Abrir las puertas y ventanas de nuestra propia interpretación y leer con lentes propios y desde nuestra experiencia e imaginación los discursos unificadores que se promueven y fundamentan en versiones pretendidamente universales y verdaderas de conocimiento. Revolución de las mentalidades que se contrapongan de forma autónoma, aportante y crítica a la denominada Revolución científico-técnica.
- Revalorar la pretenciosa dictadura de los expertos (nacionales e internacionales) con sus argucias estadísticas y argumentales, que esconden su

voluntad de poder y que empujan un visión unidimensional de la vida. El mundo de la *expertise* se alimenta de la exclusión social de una gran cantidad de población y de la exclusión de la infinitas versiones que sobre una realidad poseen los que las viven. Necesitaríamos derrumbar el obstáculo del etnocentrismo, del antropocentrismo, del centralismo estatal y del occidentalismo como versión única e inevitable de vivir. Una revolución pendiente es trastocar el, quién decide, qué decide y cómo decide por un proceso amplio de participación. Nuestra conciencia nos invita a la urgencia de reconocer que debe ser remplazada la idea de que unos pocos hablan y deciden por todos por una idea abierta de cooperación mutua.

- Despolitizar la educación (debe dejar de ser una promesa de los políticos y convertirla en una asunto estratégico de la Nación) y vincularla de manera radical como una estrategia de transformación de la colombianidad que garantice en un largo plazo el desarrollo de la creación e imaginación de los habitantes del territorio. Sería necesario centrar nuestra atención colectiva y crítica, en primer lugar hacia las formas como el sistema educativo instalado se ha convertido de manera lenta pero segura no en un mecanismo de movilidad sino de exclusión. En segundo lugar hacia el descubrimiento de nuestra infinita potencialidad cultural. Revolucionar la educación significaría transformar no sólo nuestras formas de pensar o producir conocimiento, sino también y principalmente, crear las bases de un ciudadano autónomo y libre y de un país soberano. La idea de soberanía viene mutando desde la independencia política, hacia la económica y en el próximo milenio estará ligada a la de un país más inteligente y con capacidad de desarrollar conocimiento. Conocimiento propio que pueda ser utilizado en beneficio de la población y del planeta. Conocimiento que haga posible y privilegie la riqueza social por encima de la riqueza empresarial, conocimiento creador de igualdad y no violencia, conocimiento comprometido con la democracia y la defensa de los derechos políticos, económicos, sociales y ecológicos.

La revolución tecnocientífica: un agujero negro

No podríamos plantearnos un cambio radical para la convivencia sin interrogar el más profundo de los cambios y revoluciones humanas: el desarrollo científico y tecnológico. Aunque nuestro atraso es significativo con relación a países líderes, la pregunta que quisiéramos plantear es: ¿de qué manera esta revolución científico-técnica es incuestionable? ¿Cuáles podrían ser los beneficios derivados de un desarrollo fuerte en este campo a nivel nacional? Y finalmente, ¿de qué manera este desarrollo no afectaría la supervivencia de la especie y la convivencia planetaria?

Intensos y vertiginosos cambios han transformado en las últimas décadas, y continúan haciéndolo, las formas de vida económica, política y cultural de las

comunidades humanas. Parece que nos encontramos en una fase de transición global. El potencial científico-tecnológico ha abierto un campo de inconmensurables potencialidades para aliviar la existencia humana e, incluso, dar saltos cualitativos con relación a las determinantes biológicas de nuestra existencia. El acervo cultural de miles de años puede ser utilizado para encauzar de manera benéfica para la especie los poderes cognitivos acumulados. La naturaleza del progreso tecnológico se transformó con la comprensión y manipulación creciente de una tercera dimensión de la materia, al lado de su masa y su energía, la información.

Sin embargo, al mismo tiempo, gravísimos fenómenos de desequilibrio ecológico están impactando el tejido de la vida en el planeta y las tendencias muestran, sin lugar a dudas, que en caso de mantener los procesos destructivos existentes, no hay posibilidad en el corto plazo para continuar la aventura de la vida sobre la Tierra.

Este fenómeno ha golpeado de manera significativa los modos de vida, individuales, grupales y colectivos. La comunicación intensa, la confianza, la solidaridad, la amistad, las redes familiares, las relaciones de pareja, las relaciones comunitarias y de vecindad, experimentan una involución debida a la imposición del tiempo-producción, al cálculo de beneficios dinerarios y al consumo de la violencia en los medios llamados de comunicación, que podrían ser denominados con mayor exactitud como medios de uniformación. La posible utilidad en beneficio de la humanidad de una comunicación planetaria transita por la masificación de una comunicación más atada a la publicidad y venta de necesidades artificiales que a lo que podría ser beneficioso como producto de ésta: el rescate de las tradiciones y la masificación del conocimiento. Parecería que el propósito fundamental de la comunicación se centra, específicamente, en el caso de la televisión, en el aumento de la alienación de la población de los problemas humanos más agobiantes: las hambrunas, la injusticia, las guerras, la violencia ambiental, etc.

Podríamos afirmar que en el trasfondo la llamada revolución científico-técnica ha desfasado sus propios principios y penetrado la vida de los seres humanos de tal forma que nos podemos encontrar en la gran paradoja de finales de milenio: si el propósito de la ciencia y la tecnología es el logro de una sociedad más justa, entonces ¿cómo es que el camino recorrido nos muestra una sociedad mundial cada vez más inequitativa y violenta?

No es nuestro propósito dilucidar las contradicciones que produce esta revolución, sin embargo por encontrarla entrelazada con los problemas de la convivencia humana, quisiéramos dejar unos enunciados para ser pensados no sólo en las instancias definitorias de políticas, sino también en nuestra incipiente comunidad científica y especialmente en la universidad colombiana que a veces parece montada en el último vagón de un tren que ella misma no ha descubierto para dónde va.

Estos enunciados podrían ser:

- En el plano internacional, los cambios acelerados en las formas de vida económica han suscitado profundas transformaciones en la vida cultural y política, y en las relaciones de poder entre las diferentes comunidades que habitan el planeta. La idea de un mercado mundial parece el elemento que orienta la dinámica de la tecnología y ésta, está de manera cada vez más centrada y limitada por la capacidad que tenga de ser rentable.
- Los desarrollos tecnológicos en el campo de la información, las comunicaciones y la microelectrónica, la creación de formas organizativas de la producción que posibiliten la innovación y los perfeccionamientos constantes para atender mercados cada vez más segmentados, son señales que muestran el tránsito de economías de producción en masa a economías de producción flexible, de sociedades industriales a sociedades pos-industriales o sociedades de la información. El impacto en los países del sur está lejos de ser similar a los del norte, su capacidad de respuesta creativa a los desafíos de la carrera tecnológica que parece iluminar el desarrollo pos-industrial los limita a ser sólo, contadas excepciones, consumidores de tecnología de punta que se desfasa al mismo ritmo que se produce en el centro.
- La producción se ha desvinculado del empleo, la revolución informática y los incesantes avances en automatización liberan cada vez más una cantidad mayor de tiempo de actividad humana potencial. Los incrementos en la productividad corren paralelos a los recortes de mano de obra en los procesos productivos. En las sociedades que han ingresado en esta fase productiva se puede afirmar que se presenta el tránsito de la base energética y empleo, a base informacional con consumos mínimos de energía y productoras de bienes y servicios que se ignora cómo repartir. La noción de escasez o semiescasez pierde sentido en este nuevo contexto.
- La revolución de los campos del transporte y las comunicaciones ha convertido el globo en un escenario de juegos financieros, intercambios mercantiles y búsqueda de mano de obra más barata. Economías casinos en donde la talla o la banca está siempre en manos del norte, garantizando la participación en el juego, pero con la nada despreciable ventaja de ser los dueños del invento. En este sentido la producción se desterritorializa y un objeto puede ser fabricado con componentes producidos en diferentes partes del mundo.
- Proyectos, asesorías, instrucciones, símbolos visuales y auditivos se pueden comunicar cada vez más rápido, con más precisión y a bajo costo. El componente intelectual, con un valor creciente en los nuevos productos, circula vertiginosamente imprimiendo su dinámica competitiva a diversos confines del planeta y las organizaciones se convierten entonces en máquinas de aprender, estructuras diseñadas para favorecer el cambio, organizaciones flexibles y adaptables para operar en mercados segmentados y cambiantes.

- La revolución tecnocientífica que desplaza las fuentes de productividad y competitividad, ha impactado las fuentes y las relaciones de poder global al finalizar el milenio. El orden internacional de la posguerra, caracterizado por la bipolaridad, la guerra fría y el alineamiento de las demás naciones en torno a uno de los bloques, ha sido remplazado por un mundo multipolar en el plano económico, un mundo con tendencia multipolar en el plano político, con una presencia cercana a la hegemonía por parte de los Estados Unidos, una multipolaridad en el plano militar nuclear y una profunda y creciente interdependencia ecológica y demográfica.
- El acento de la economía para interpretar las relaciones internacionales permite comprender los cambios operados en el escenario internacional como transformaciones unidas al ingreso o no ingreso de las diferentes sociedades a los nuevos paradigmas económicos que determinan la productividad de una comunidad. Así han ingresado al escenario de poder global países como Japón y su área de influencia asiática o regiones como la Unión Europea y ha desaparecido la poderosa influencia política de la antigua Unión Soviética sin que los países sucedáneos la heredaran, conservando solamente, la nada despreciable capacidad de destrucción nuclear.
- El mundo puede ser considerado, desde esta óptica, como un mundo escindido entre las tecnodemocracias con altísima productividad, amplia pero decreciente seguridad social y excedentes para inversión en investigación productiva y desarrollo armamentístico, y los pueblos llamados de tercer mundo, con baja productividad, graves problemas sociales, deuda externa y búsqueda angustiosa de inserción competitiva en las nuevas reglas del mercado global.
- Además han surgido como actores nuevos e importantes del escenario internacional las empresas multinacionales con una enorme capacidad de incidir en las políticas internas de los Estados y en la configuración de las reglas de relaciones comerciales, transferencias tecnológicas y organización de la producción mundial; en correlación con este fenómeno se advierte una pérdida considerable de la capacidad reguladora de los Estados para orientar la vida social.
- El privilegio del crecimiento económico, la producción, la conquista de mercados y la competitividad concentra la energía humana, la capacidad de raciocinio, la imaginación creadora y el esfuerzo físico, es decir nos encontramos en una etapa de la humanidad que Ernesto Sábató llamó "*La tecnologización del pensamiento*" y su consiguiente utilización en beneficio sólo de lo que es rentable, productivo y competitivo. Los vínculos cada vez más indiscernibles entre los Estados y el capital han impulsado una racionalidad económico administrativa que privilegia los criterios de eficacia, eficiencia, competitividad, productividad, mercado y optimización de las relaciones insumo-producto.

- Al mismo tiempo se produce una intensificación de esta racionalidad al interior de los países capitalistas, invadiendo órbitas de la esfera humana y las relaciones sociales que no estaban signadas por los criterios de beneficio económico. La llamada internacionalización de la economía no es más, en este sentido, que la expansión de esta mentalidad y la creciente integración de territorios que orientaban sus economías por criterios diferentes al mercado.
- El desafío mayor se plantea para los países del tercer mundo no en el sentido de qué hacer para alcanzar a los países llamados desarrollados, sino en cómo hacer para que la denominada revolución científico-técnica repercuta desde ahora en unas relaciones más equitativas norte-sur, sino también en unos mayores niveles de justicia social en el planeta.

Un Ethos económico distinto

La felicidad era el verdadero objetivo del hombre y consistía en lograr el mayor bien para el mayor número y, en último lugar, la perfección de las instituciones humanas podía ser considerada por la cantidad de bienes que una sociedad era capaz de producir: necesidades en expansión, expansión del mercado, empresas en expansión, la felicidad y la producción ampliada eran una misma cosa.
Lewis Mumford, *Técnica y civilización*.

Este pensamiento que vincula felicidad y producción, encuentra sus orígenes más fuertes como sentido de vida en el siglo XVIII, en Inglaterra, con los principios morales de Bentham y los desarrollos posteriores de Smith y Ricardo. Esta forma de comprensión de la felicidad condujo a una separación entre economía y moral, entre fines y medios.

Para lograr la separación se consagró como categoría moral la acumulación de riqueza y poder. Malthus establece un esguince argumentativo para llegar a la riqueza como categoría moral:

Todos los moralistas desde los más antiguos a los más modernos, nos han enseñado a preferir la virtud a la riqueza. Se ha supuesto siempre que diferían esencialmente por sí mismas, pero si la virtud constituye riqueza ¿Cómo interpretar todas las admoniciones morales que nos exhortan a abandonar la segunda para dedicarnos a la primera? ¿Por qué repetir que no hay que dirigir nuestra ambición hacia la riqueza, si la virtud es la riqueza?

Con la creencia en el mercado como un “orden natural” benéfico para la comunidad, se consolidó la separación entre economía y moral.

Se puso en marcha la consolidación de la *aceptación del afán de acrecentar permanentemente las riquezas como algo globalmente posible y deseable*. (Naredo, 1997).

Al consolidarse la separación entre ética y economía, entre fines y medios, se podía matar, usurpar, robar, mentir, callar, defender, con tal de obtener una tajada de felicidad expresada en un porcentaje del producto, en un pedazo de riqueza. La intelectualidad entonces plegó su capacidad crítica y creativa a cambio de un bocado del pastel.

Hoy día existe una tecnocracia, bien paga, al servicio de la lógica del mercado y el crecimiento, que con el apoyo de los medios de comunicación –que son un engranaje crucial del actual sistema de dominación que va de lo disciplinario al control– se encarga de hacer pasar como natural e inevitable lo que ecológica y socialmente es una catástrofe.

Dice Gandhi:

La verdadera economía nunca conspira contra las normas éticas más elevadas, así como la verdadera moral, para merecer su nombre, tiene que ser al mismo tiempo una buena economía. La economía que inculca la adoración a Mammon y permite que el fuerte acumule riquezas a expensas del débil es una ciencia falsa y funesta. La verdadera economía, por otra parte, favorece la justicia social, suscita el bien de todos por igual, incluyendo al débil y es indispensable para una vida decente. Todo esto suena muy extraño; sin embargo lo único extraño del asunto es que suene así.

La convivencia en Colombia y en un escenario de largo plazo, entendemos que exige una revalorización de la economía. Los llamados procesos de globalización empujan al país hacia unos valores que van en contra de la realidad social deseable, que han roto los lazos de solidaridad, y que perturban la coexistencia pacífica.

La educación penetrada por los criterios del mercado ha venido privilegiando al interior de las instituciones escolares la competencia y el utilitarismo, así mismo hace un énfasis dramático en lo que llaman fuerza laboral para el mercado en lugar de la formación de ciudadanos.

La crisis educativa, que tiene mucho que ver con el problema de convivencia, ha sido penetrada por criterios de eficiencia, eficacia y productividad y el lenguaje de la educación y la educación misma se han convertido en elemento principal de reproducción del tipo de vida al que hemos estado haciendo referencia.

Una reflexión final que podría ser presentada a manera de tesis: el ethos económico vigente y los valores que lo orientan no conducen en un largo plazo a un escenario de armonía entre los colombianos, por el contrario, vemos en el horizonte que precipita a actitudes y comportamientos en los cuales la lucha por la sobrevivencia ha dejado de ser una responsabilidad del Estado.

¿HACEMOS LAS PACES?

Nuestra reflexión nos empuja a pensar que la paz no puede ser entendida, ni vendida a la opinión pública como un estado paradisíaco al cual se puede llegar a través de acuerdos sólo entre aquellos que hacen parte del conflicto armado o de los que alimentan el conjunto de guerras locales que se suceden en el campo. Persistir en esto ha sido el error histórico que no ha permitido configurar una nación alimentada por la idea de la no-violencia.

Pero ¿qué sería lo que posibilitaría un acuerdo duradero? ¿Cuáles son esos puntos mínimos sobre los cuales debe haber un acuerdo para acercarse no sólo a la negociación sino a la paz y a la construcción colectiva de un escenario de convivencia?

Existe una relación bastante estrecha entre lo que llamaríamos conflicto armado multipolar y la crisis general de la sociedad colombiana. En especial, primero con lo que algunos autores han llamado colapso parcial del Estado y que básicamente se refiere a cuatro condiciones: a) Bajo alcance territorial del Estado; b) Crisis profunda de legitimidad institucional; c) Ausencia de un liderazgo con capacidad de generar consenso; d) Fragmentación entre el ejército y la policía, en nuestro caso actual este último punto podría entenderse como un alto grado de deslegitimación del ejército nacional; segundo con los procesos históricos de exclusión política, económica, social y cultural, y tercero con el alto nivel de ruptura del tejido social y de desvinculación real de la gran mayoría de la población a los procesos políticos más allá de las elecciones.

Es fundamental entender que para orientar un proceso de paz de largo alcance es imprescindible la participación de la sociedad civil colombiana organizada, la existencia de un Estado que haya pasado por procesos fuertes de legitimación y la voluntad política de las partes en conflicto para llegar a acuerdos.

Surgen algunos interrogantes que valdría la pena resaltar: *uno*, cuál es el tipo de participación de la sociedad civil, *dos*, cuál es su papel en la negociación, y *tres*, qué es lo que la sociedad civil desea alcanzar en el proceso.

La realidad actual muestra de manera clara cómo la sociedad civil ha ocupado espacios importantes en el proceso de paz y cómo ha asumido liderazgo en algunas acciones del mismo, es de destacar el mandato para la paz. Las

intervenciones en los acercamientos con la guerrilla (Maguncia) y los paramilitares (Magdalena Medio), podríamos entender que se ha constituido en un gran animador de la paz con esfuerzos grandes en la organización de múltiples espacios de diálogo y deliberación como la Comisión de Conciliación Nacional, la Asamblea Permanente de Paz, el Comité Nacional para el Cumplimiento del Mandato, Redepaz y el Frente Social Amplio por la Paz.

La fuerte dinámica que ha tomado el proceso de participación de la sociedad civil y los compromisos a los cuales se está acercando nos hace plantear algunos interrogantes que sería urgente responder:

Si es cierta la urgencia de organización de la sociedad civil, ¿cómo lograr que ésta esté bien representada y comprometida con los procesos de cambio social que exige la situación nacional?

¿Es el más legítimo el proceso de selección de los representantes de la sociedad civil y que actúan en su nombre?

Si los procesos actuales conducen a lo que llaman empoderamiento de la sociedad civil, ¿existe una interacción fuerte entre ese nuevo poder emergente y la sociedad colombiana?

¿Cómo canalizar de manera eficaz todos los entusiasmos y acciones de tal manera que no sufra el proceso de participación dispersión de esfuerzos?

¿Cómo lograr consolidar todos los intereses hacia una agenda para el cambio social del país?

¿Cómo hacer para que de este proceso surjan alternativas políticas que revaloricen la política y dibujen un escenario de multipartidismo y consolidación de una democracia real?

Los interrogantes abruman y la dinámica, o mejor, la velocidad de los acontecimientos en búsqueda de la paz nos hace pensar en tres aspectos fundamentales del proceso de participación de la sociedad civil:

Primero, el proceso debería tener como horizonte, no sólo la construcción colectiva de una agenda de cambio social de largo plazo, sino la configuración de espacios políticos con un poder renovado que permita que la agenda se cumpla. En este sentido, la participación debe consolidar nuevas formas de hacer la política y nuevos movimientos que rompan la estructura bipartidista y hagan realidad la democracia. No entenderíamos de otra forma el empoderamiento de la sociedad civil si éste no supone un viraje radical en las estructuras de poder tanto nacional como local. En otras palabras, se podría afirmar que no es suficiente el diseño lúcido o no, por ejemplo, de una nueva Constitución o una reforma política si éste no va aparejado de una verdadera capacidad política de la sociedad civil para incidir en las decisiones. El escenario de un cambio político real es de una alta complejidad y las soluciones son de largo plazo. Como se ha insistido a lo largo

del texto creemos y proponemos que el proceso reconozca la urgencia de mejorar esa capacidad política de la sociedad civil a través de una estrategia de pedagogía política que revalorice el papel de la política en la construcción o creación de sociedad. Una estrategia que desde lo local nutra de nuevos sentidos un proyecto nacional de cambio.

Segundo, la vinculación de la sociedad civil en la solución del conflicto armado debería entenderse no como una mediación sino más bien como un liderazgo nuevo por encima de los intereses de los grupos en conflicto. Una arqueología del proceso nos permitiría ver con claridad algunos asuntos que podrían ser cruciales:

- a) No parece existir una claridad nacional sobre qué es lo que se está negociando. Es decir, la sociedad colombiana requiere de una información no distorsionada que le facilite la comprensión del conflicto y cualifique la opinión que ella tiene no sólo de la guerra sino también de la urgencia de unas reformas radicales.
- b) El gobierno debe reconocer a la sociedad civil como un poder que surgiendo del seno de la sociedad tiene no sólo la virtud de ser legítimo sino también la posibilidad de proponer, liderar y llevar a cabo las reformas que el país necesita. Podría entenderse como un co-gobierno que en las condiciones actuales se perfila como necesario. La democracia moderna estaría abriendo el camino para que estos procesos de participación trasciendan la mera ejecución de proyectos y la participación pasiva en las instancias creadas (Consejos de Planeación, Comités locales, Etc.) para tales efectos.
- c) El proceso de negociación con los grupos armados requiere de un marco general que sea comprensible para que todos los ciudadanos participen o no directamente en tal proceso. Este marco o esquema de acción podría identificar con claridad qué se negocia, quiénes negocian y cómo será el proceso.
- d) Es indispensable que se den procesos que legitimen el Estado y pensamos que éstos pasan por un acercamiento decidido del gobierno con la sociedad civil. Es posible que un punto de acercamiento estratégico sea la elaboración conjunta de una plan decenal de desarrollo que a manera de pacto social conduzca al país a la convivencia duradera. Existen los espacios y mecanismos para que esto se produzca, es fundamental tener la voluntad política para hacerlo.

En corto: el logro de una paz sostenible está condicionada a la organización de la sociedad civil, a su participación activa en todo el proceso, y a una transformación radical del Estado.

Es por eso que es evidente que la solución dialogada al conflicto armado, será sólo una ilusión mientras no se produzca un cambio radical en el liderazgo del mismo proceso, es claro que el liderazgo que el Estado debería asumir se ha

visto seriamente cuestionado por la bajísima credibilidad que la población tiene de las instituciones: Congreso, sistema judicial, ejecutivo, Presidencia y alta burocracia, Fuerzas Armadas o partidos políticos tradicionales.

En este sentido es probable que sea necesario un proceso que permita legitimar los interlocutores y aceptar una vinculación a los diálogos de una parte sustancial de la sociedad que ha estado más bien marginada del escenario de la negociación: campesinos, desplazados, familiares de las víctimas, empresarios, intelectuales, medios de comunicación, organismos internacionales.

Llegar a la negociación sin una agenda en la cual participe la sociedad civil directamente afectada por la guerra, sería un ejercicio que podría ser fácilmente neutralizado por las fuerzas que se oponen a la paz.

Construir la paz debe entenderse, no sólo como un acuerdo entre los que por múltiples razones están y animan el conflicto, sino como un proceso de largo plazo, en donde valores fundamentales deben nutrir el camino. Podríamos afirmar, sin temor a equivocarnos, que llegar a la paz está relacionado de manera directa y concreta con la posibilidad de recuperar unos valores o principios de acción; reconocer la necesidad de aceptar unos *mínimos para iniciar la negociación*, unos puntos *mínimos para los acuerdos* y otros para *la definición de la agenda pos-conflicto*.

El proceso se entendería así como una serie de etapas en las cuales todos deben estar comprometidos.

1. Valores o principios mínimos para acceder a un proceso

- La disposición a perdonar.
- La creación y sostenibilidad de la confianza.
- El privilegio de la razón e interés nacional, como expresión de la voluntad colectiva.
- La verdad como clave de los acuerdos.
- Respeto incuestionable del derecho a la vida.
- Visibilidad del proceso.

2. Mínimos para la definición de una agenda de paz

Con relación a la agenda creemos deberían asumirse e incorporarse en los distintos actores y discursos otros mínimos que podrían ser:

- Entenderse como:
 - Un proceso pedagógico
 - Una movilización ciudadana
 - Proceso de construcción colectiva

- **Perspectiva de largo plazo**
- **Participación activa de la sociedad civil en la negociación**
- **Veeduría internacional con alta capacidad de compromiso para el apoyo a la agenda pos-conflicto. Entendemos como fundamental que el apoyo de la sociedad internacional se concrete en un compromiso económico que permita que la agenda pos-conflicto disponga de los recursos necesarios.**
- **Gran visibilidad de todo el proceso, en este sentido son protagonistas del mismo los medios masivos de comunicación, no de divulgadores de resultados, sino como parte activa. Es fundamental la participación de los medios no solamente como periodistas aislados del proceso sino los medios como uno de los poderes que han tenido y tendrán incidencia en la convivencia nacional.**
- **Participación especial de los familiares de las víctimas. La violencia en Colombia deja un saldo altísimo de población afectada por la muerte, esta población tiene que vincularse de forma especial al gran proceso pedagógico nacional hacia la paz.**

3. Acuerdos mínimos

- **Cese de cualquier tipo de violencia armada.**
- **Sobre los derechos fundamentales y su garantía y caminos, compromisos para lograrlos: políticos, económicos, sociales y culturales.**
- **Sobre el ordenamiento territorial. “Racionalización del papel Estado en la ordenación del territorio”.**
- **Sobre el Derecho Internacional Humanitario.**
- **Sobre los caminos concretos para la eliminación de la corrupción, la impunidad.**
- **Sobre la garantía total del nuevo papel del niño en la sociedad colombiana.**
- **Sobre la soberanía nacional.**
- **Sobre la democratización de las Fuerzas Armadas.**
- **Sobre el cambio en las prácticas políticas y en las estructuras de poder local.**
- **Sobre los mecanismos jurídicos para el pos-conflicto y la vinculación de los grupos armados a la nueva situación.**
- **Sobre la creación y compromisos concretos sobre los desplazados y las víctimas de la guerra**
- **Sobre la Reforma Agraria Integral.**

4. Mínimos para el pos-conflicto

- **Reorientación presupuestal para el cumplimiento de los derechos fundamentales.**
- **Especial atención a la planeación descentralizada de los recursos, hacia un proyecto nacional que en principio lo vemos como un compromiso de mí-**

nimo una década, que podría estar acordado a través de un plan decenal de desarrollo, que a manera de pacto social se construya colectivamente.

- **Ordenamiento territorial de acuerdo con las nuevas realidades nacionales, regionales y locales.**
- **Reconocimiento de la heterogeneidad de las formas de convivencia.**
- **Vinculación de todos los niños y niñas a un nuevo proyecto civilizatorio.**
- **Medidas urgentes de inicio de la Reforma Agraria.**
- **Medios comprometidos con la idea de una sociedad no-violenta.**
- **Establecimiento de la meritocracia en las instituciones del Estado.**

ESTRATEGIA DE PEDAGOGÍA POLÍTICA “CREAR SOCIEDAD”

Presentación

Finalizando el milenio y desde una mirada rápida pero no por eso superficial, podríamos afirmar que Colombia, tanto el Estado como la Sociedad Civil, afrontan desafíos que son ineludibles para avanzar no sólo en el camino de configurar la sociedad que todos deseamos sino también aquella que es posible desde nuestra propia visión del mundo actual.

Entendemos y así lo hemos tratado de expresar a lo largo del texto “*La convivencia en Colombia: más allá de las armas*” que las raíces de nuestro gran conflicto de finales de siglo, se hunden en los más profundo de la política colombiana a lo largo de su corta historia. Y cuando hemos hecho referencia a la política es para tocar sus puntos neurálgicos: las ideas políticas, que han ido construyendo desde distintas ideologías el escenario actual, las organizaciones políticas que han liderado los procesos, los líderes políticos, las relaciones de la sociedad civil con el Estado, la institucionalidad, las prácticas del poder.

Creemos que esos desafíos mayores están relacionados con resolver tres grandes interrogantes:

¿Cómo organizar políticamente el país de tal forma que se establezca una democracia real, en donde los conflictos sean resueltos de manera pacífica? ¿De qué manera afrontar el proceso acelerado de cambio hacia la globalización? Y ¿cuál es el modelo socioeconómico sostenible que permitiría que nuestras próximas generaciones no hereden un país destrozado por la explotación irracional de los recursos naturales, de nuestra biodiversidad y de nuestra cultura?

Desde una perspectiva amplia los grandes desafíos a los cual hacíamos referencia podrían sintetizarse así:

Desarrollo político que permita hacer realidad el sistema democrático.

Construcción de un capital político que garantice no sólo la estabilización política sino también la participación activa e inteligente de la población en asuntos relacionados con la planeación, organización y control de los recursos.

Construcción de confianza de la población sobre las instituciones del Estado.

Desarrollo de una política internacional que reconociendo la diversidad cultural y ecológica inserte al país de forma decidida en la comunidad internacional fortaleciendo su autonomía como Nación libre.

Podríamos decir que un proyecto de sociedad no surge sin la participación de todos y todas y que su consolidación también está directamente relacionada con tal participación.

También sería importante reconocer que sólo aquellas sociedades que han logrado consolidar la democracia como sistema político son las que avanzan de manera más segura hacia el bienestar de la población, en el manejo del Estado, en la aplicación de la justicia, en el respeto de los Derechos Humanos.

1. Premisas básicas de la estrategia

En el caso colombiano imaginar escenarios en los cuales la convivencia pacífica haya logrado desplazar de la vida cotidiana la violencia, se convierte en el plano de la política, la cultura, la educación y la ciencia en el mayor de los desafíos.

Es posible que no sólo la construcción de ese escenario sino también su proyección surja de la aceptación de unas premisas básicas:

- Cualquier proceso que se inicie en el camino para encontrar la convivencia, debe nutrirse de las ideas de todos y tendrá, así mismo, que aceptar que la expresión de las diferencias de los actores es un aporte hacia el consenso. Este principio de interlocución no puede en ningún caso ser subestimado, tergiversado o negociado. La base fundamental de la convivencia es la confianza y ésta se logra en la medida en que cada uno participe activa y felizmente en la construcción de sociedad. Este horizonte de confianza y convivencia es asumido por la Misión Rural como principio de acción y orientación no sólo de las discusiones sino también de las proposiciones.
- La búsqueda de soluciones a los problemas actuales tiene que iniciarse, pensarse o imaginarse con una perspectiva de largo plazo. No se trata de postergar la solución, ni entrar en el inmovilismo. Se trata de construir escenarios permanentes y sólidos de equidad y no sólo pequeñas escenas efímeras cuyos logros tienden a difuminarse con el paso de los años y los meses. Es necesario pasar de los análisis y soluciones de coyuntura a los de prospectiva.
- El gran marco de acción para la construcción de ese escenario posible sería un nuevo modelo de desarrollo. Los modelos actuales deben ser cuestionados. Es evidente que son insostenibles y que tienden a producir injusticia, inequidad y sobreexplotación de nuestros recursos. Es importante poner los interrogantes precisos al modelo actual y trabajar desde ya en imaginar un modelo más humano.

- La aceptación colectiva de encontrarnos en una etapa de transición hacia una sociedad abierta que debe insertarse de manera decidida, no sólo en el mercado mundial, sino también en la sociedad internacional. Una sociedad que tendrá que orientar gran parte de sus recursos hacia la formación de sus habitantes, no sólo con el propósito de ser más competitivos sino también más libres y con capacidad de moverse por múltiples escenarios y culturas. Una sociedad abierta al reconocimiento que nuestra diversidad biótica y cultural es una de las mayores potencialidades para la construcción de ese país que deseamos o imaginamos.
- La necesidad impostergable de analizar, interpretar y proponer una visión de sociedad colombiana que incorpore el sector rural y su desarrollo como objetivo estratégico en el escenario futuro del país y en los procesos de integración de Latinoamérica. Un sector líder en la internacionalización de nuestra economía.

2. Algunos elementos de la política

La creación colectiva de sociedad y por lo tanto de convivencia, es un asunto estrechamente relacionado con la política. Para ser más precisos: con el ejercicio de ésta entendida como una tarea de todos que posibilita el logro de objetivos o metas de interés común.

La idea de crear sociedad nace como consecuencia de la comprensión de la crisis colombiana como un asunto relacionado con: alto grado de vulnerabilidad de las instituciones ante fenómenos como la corrupción, la impunidad y el narcotráfico, impacto social y cultural fuerte de las violencias múltiples, situación de guerra, permeabilidad de la ética pública, gobernabilidad cuestionada y debilitada por las formas perversas de hacer la política, partidos políticos cuestionados y sin proyectos nacionales, liderazgo político y económico desprestigiado, imagen externa cuestionada, primero por asuntos del narcotráfico, después por violación de los Derechos Humanos. La política colombiana de final de siglo se encuentra en una encrucijada que exige por el bien colectivo una transformación radical.

Pero si existen argumentos suficientes para proponer un cambio de la política, ¿los hay en torno a los cuales se pudiera por lo menos visualizar el camino?

3. La ética de la responsabilidad pública y privada

La situación de crisis política se ha manifestado de manera cruda y contundente sobre lo que podríamos pensar como la clase política tradicional y sobre la institucionalidad: los líderes de los partidos liberal, conservador y las organizaciones políticas mismas, es decir los partidos y sobre las organizaciones del Estado.

El dominio al interior de los grupos caciquiles y la estrategia clara de ellos de permanecer en el poder, ha establecido una democracia electoral en la cual el único objetivo es el de perpetuarse en las instituciones. La democracia y específicamente el voto es controlado por mecanismos de clientela en donde el político respectivo negocia una serie de contraprestaciones con el electorado local o regional. Se puede afirmar que el control electoral sobre la población votante es lo que garantiza quién debe gobernar.

Aunque pueden observarse procesos de cambio, las últimas elecciones al Congreso muestran una tendencia en la cual un porcentaje alto (36%) de curules eran ocupadas por personas no vinculadas a las maquinarias de los partidos, es posible que si no configurara un movimiento con un proyecto compartido los cambios puedan ser cooptados por la fuerza del poder establecido. Tal vez uno de los mayores desafíos se presente en la configuración de una alternativa construida de manera colectiva que posibilite lo que hemos denominado tránsito hacia una democracia real, participativa e innovativa.

Los poderes de los llamados caciques regionales usurpan la participación de la comunidad a través de lo que podríamos denominar “cultura del favor y la reciprocidad”: usted vota por mí y yo le respondo con un favor. Aquí surge una de las situaciones más críticas para cualquier sistema democrático: los políticos necesitan tener bienes canjeables con el electorado. Éstos tienen muchas características pero valdría la pena destacar, por un lado, lo que se llamaría la cuota burocrática, tanto local como nacional, y por otro acceso a los presupuestos sea por el camino de la presión sobre la buro-tecnocracia o también por el de la participación en cuotas de los llamados fondos de cofinanciación.

De igual manera que el sistema democrático en su aspecto electoral es utilizado por el político, la empresa privada, no sólo la nacional sino también la multinacional, aporta recursos a las campañas buscando reciprocidad y beneficios derivados de esto. Podríamos afirmar que los procesos de vinculación del sector privado a la política se han realizado en múltiples ocasiones en el marco de lo que la misma clase política tiene establecido para lograr los vínculos electorales: un gran desafío se presenta en el sistema político: cómo romper las estructuras de poder establecidas en el orden local y cuál es el mecanismo para establecer unas estructuras cercanas a la comunidad. ¿Cómo acercar las decisiones políticas al ciudadano y de qué manera el ejercicio de la ciudadanía no esté condicionado a tales estructuras de poder?

Cero corrupción, cero clientelismo

4. Sobre La Educación

Cuando decimos que una de las posibles salidas a la crisis nacional debe pensarse a través de la pedagogía, creemos en términos generales que esto es así por las siguientes razones.

Primero

Existe, en Colombia, de forma generalizada, una percepción equivocada de la función o misión que la política debería cumplir en una sociedad. Esta percepción, hace pensar que el compromiso de la población con la política llega hasta lo que es estrictamente electoral.

Así mismo proyecta de manera equivocada otra situación que podríamos entender como la profesionalización de la política, es decir, la política como carrera y el proceso electoral como el elemento fundamental. Algunos analistas ven este fenómeno como algo positivo, pero es evidente que reducir la política exclusivamente al ámbito de los elegidos limita la concepción y la restringe al campo de la representatividad.

El compromiso con la democracia se limita desde esta perspectiva a cumplir con el deber de votar, deber que en muchos casos se entiende como un deber con la democracia, no como el compromiso con las ideas políticas o los proyectos políticos de los que habrán de ser elegidos.

La concepción que el colombiano tiene de la política restringe entonces la idea de ciudadanía al ejercicio del voto, limitando así el gran potencial que los ciudadanos o comunidades tienen para participar en las acciones directas de planeación, organización o ejecución de tareas cuyo interés pueda ser general o comunitario. Podríamos pensar que esta comprensión de la política está relacionada con la tradición de nuestra democracia y por este camino el poco sentido de ciudadanía, de identidad o sentido de nación.

Segundo

Las prácticas políticas en Colombia y el ejercicio del poder a lo largo de nuestra historia han provocado una gran pérdida de credibilidad. Ésta se expresa en la gran abstención y en la ocupación de espacios políticos por grupos que surgen más de la desconfianza que sobre las propuestas tradicionales tiene la población, que de la capacidad de cambio o de proyectos nacionales que posean tales nuevas corrientes. Podría afirmarse que las alternativas al bipartidismo no han logrado consolidarse como opciones electorales, muchas porque, como lo afirmábamos en el diagnóstico, han sido eliminadas por la fuerza o cooptadas por el poder o el capital, otras porque no han logrado consolidarse como movimientos políticos con un amplio respaldo ciudadano.

Ya lo afirmábamos en páginas anteriores: es urgente e impostergable la creación de opciones distintas al bipartidismo. Pero pensamos que estas opciones debería construirse más desde la acción política y del liderazgo comunitario; del ejercicio de la ciudadanía y el debate sobre el país que sobre la capacidad que tiene la publicidad de crear líderes que no representan nada nuevo en el panorama de las ideas y de las prácticas políticas.

Es posible que el camino sea el tránsito de movimientos ciudadanos o sociales a opciones políticas y de poder que se alimenten de lo que las comunidades piensan y desean. Deberíamos avisar que la quiebra del monopolio bipartidista, ni es fácil ni podrá lograrse sin una alta participación de la ciudadana en las decisiones políticas actuales. El mismo proceso de paz entendido como un proceso amplio, abierto, democrático podría ser un punto de partida para crear las bases de ese cambio. En este sentido creeríamos que si la sociedad civil se une para este propósito común de la paz el proceso del pos-conflicto no podría dejarse en manos de la política tradicional.

Cero exclusión política, total participación

5. Sobre la democracia y sobre la ciudadanía

La sociedad colombiana ha incorporado prácticas y costumbres que rompen los espacios de convivencia. Prácticas culturales de gran aceptación de la transgresión; aceptación que lleva implícitos comportamientos que desbaratan los tejidos sociales de tolerancia y cooperación. Lo que podríamos denominar como tejido social, es decir, el conjunto de prácticas culturales, costumbres, tradiciones, sentidos de pertenencia, imaginarios colectivos, conciencia social, etc., está siendo altamente perturbado por fenómenos de carácter político y económico que no logran remplazar aquellos mecanismos que fueron eficaces para la solución de conflictos o para el logro de una convivencia no amenazada de forma tan cercana por la guerra.

Cualquier proceso que se inicie para el logro de la convivencia debe nutrirse del fortalecimiento o impulso a la creación de un ciudadano distinto. La ciudadanía debería entenderse como el mayor de los capitales para la construcción de un escenario futuro pacífico. El país tendrá que hacer esfuerzos en el campo del desarrollo de la ciudadanía, tarea que tendrá que ser asumida colectivamente, desde la comprensión de la política como un ejercicio de todos y todas.

Es fundamental animar procesos de participación que transformen el ejercicio de la política, procesos que tendrán que surgir de la misma población.

La construcción de ciudadanía la encontramos relacionada de manera directa con: la urgencia de una comunicación ilimitada, entendida como un proceso amplio de formación e información general sobre los problemas del país, sobre las instituciones y sobre la política y la democracia. Este proceso tendría que entenderse como una educación acción en la cual los ciudadanos se organizan y se convierten en núcleos críticos de la acción del Estado y de la sociedad civil.

Como anunciábamos, consideramos que la formación de un ciudadano no sólo consciente sino conocedor de su barrio, localidad, municipio o vereda es un paso urgente que habría que dar. En este sentido valoramos el conocimiento de la

historia, tanto nacional como barrial o veredal, como un elemento central en la configuración de ciudadanía y en la creación de una conciencia inteligente sobre los problemas de las comunidades.

Nos acercamos más a la necesidad de formar ciudadanía desde la perspectiva de un enlace vital entre cultura y conocimiento que de la urgencia de informar a través de lo que se denomina campañas de sensibilización. También entendemos que el proceso de formación del ciudadano está mediado de manera íntima por el imaginario que tiene el colombiano de la institucionalidad que lo rige. Aquí se presenta uno de los mayores desafíos de largo plazo: cómo crear confianza sobre las instituciones y de qué manera el Estado y sus organizaciones burocráticas deben transitar hacia un Estado moderno.

Es posible que la idea central que oriente cualquier estrategia de cambio debería estar penetrada del más alto afán de transformación colectiva. Es decir, el país político debe estar penetrado de lo que podríamos llamar espíritu de transformación y confianza.

Dos aspectos quisiéramos resaltar en estos procesos y en el de desarrollo de la ciudadanía:

Uno: una intensa tarea pedagógica que atraviese la institucionalidad y permita acercarla al ciudadano, y dos: una incorporación decidida en el ciudadano del respeto de los derechos y deberes que tiene en sociedad. Se podría afirmar que la relación Estado-ciudadano se fortalece en una ética de responsabilidades mutuas en la cual el principio clave sería el de no permitir que acciones desarrolladas por fuera de esa ética se establezcan como pautas de comportamiento aceptables.

Creeríamos que una tarea colectiva es la de eliminar los intersticios que legitiman las acciones por fuera de la ley y la justicia. En este último sentido, la transgresión aceptada de las reglas del juego nos estarían conduciendo a la falta de confianza en la institucionalidad y al laberinto que el sentido común lo podría expresar así: "no confío en nadie porque nadie confía en mí".

Total responsabilidad y confianza

6. La misión y los objetivos

La estrategia tendría como misión y objetivos los siguientes:

Misión: generar, durante la próxima década, a través de una estrategia de pedagogía política, con perspectiva de género, el tránsito hacia una democracia innovativa.

Objetivos:

- Establecer procesos de transformación de las prácticas políticas en Colombia, involucrando a la sociedad civil, los partidos y movimientos políticos y las instituciones.
- Divulgar y contagiar un pensamiento pacifista que alimente el espíritu de la Nación desde las veredas hasta los municipios, que fortalezca el desarrollo de los derechos humanos y la autonomía de los pueblos que conforman la nacionalidad colombiana.
- Promover el desarrollo de una educación política local que desde la acción se constituya en elemento vinculante de la población a los procesos de creación de sociedad.
- Fomentar la organización de la sociedad civil para el ejercicio de la democracia y su participación en los procesos de paz a nivel local- regional rural.
- Crear y realizar actos que desarrollen en la conciencia nacional una actitud política solidaria con el sector rural colombiano.
- Crear una estrategia de comunicación no-violenta en los medios masivos nacionales y regionales y promover su vinculación a los procesos de creación de sociedad y de un ethos político distinto.
- Promover y crear un mecanismo que integre las distintas iniciativas de la sociedad civil sobre procesos de paz y desarrollar acciones conducentes a dotarla de una agenda de paz desde el sector rural.
- Reconocer y utilizar las distintas lenguas de las comunidades colombianas en la divulgación y realización de actividades.
- Promover y crear un mecanismo que integre las distintas iniciativas sobre procesos de paz de la sociedad civil.

7. Ambitos de acción

Lo nacional

La existencia de una relación indisoluble entre campo y ciudad y entre país y región obliga a pensar que nuestra estrategia tenga unos propósitos y acción que desde el ámbito de lo nacional y urbano construya un gran sentido de solidaridad con la sociedad rural. Solidaridad que debe estar orientada al reconocimiento de que la sociedad rural a sufrido no sólo de manera cruel la guerra sino también que los modelos de desarrollo han empujado o alimentado una idea equivocada de modernización dirigida de manera casi que generalizada al desarrollo o a la industrialización de las actividades agropecuarias. El país nacional debería transitar hacia una comprensión de la sociedad rural que reconozca, entre otras cosas, la gran heterogeneidad no sólo cultural sino también de modos de producción, formas de vida, imaginarios, etc.

Planteamos, entonces, una revalorización de lo rural a partir de una concepción amplia y plural de la ruralidad, en donde se valore en su total dimensión no sólo la riqueza ambiental o la capacidad del sector para producir alimentos, sino también y principalmente el gran patrimonio cultural que emerge desde tradiciones centenarias desde donde la cultura rural ha alimentado el espíritu de la colombianidad.

La historia urbana de nuestro país es relativamente reciente, podríamos afirmar que el sentido urbano de la sociedad colombiana tiene no más de cincuenta años y que aún hoy, finalizando el milenio, muchas de nuestras urbes se desarrollan y se nutren de sentidos estrechamente relacionados con la cultura rural. Podríamos afirmar, no sólo por la dinámica de los desplazamientos forzados por la violencia reciente, que en la ciudades colombianas encontramos grandes bolsas de población cuyas prácticas sociales y culturales están conectadas de manera directa con su origen campesino.

Se podría argumentar en contra de esta revalorización, lo que han dado en llamar procesos irreversibles de globalización e internacionalización de la economía, la revolución científico-técnica y su impacto en los procesos de construcción de un nuevo sentido de la vida y la cultura, pero nuestra consideración no va en contravía del reconocimiento de que existen procesos culturales, económicos o de desarrollo tecnológico que pueden y deben alimentar las sociedades rurales; el punto central es: ¿cómo participar de estos procesos sin arrasar las tradiciones sino más bien incorporándolas al proceso de construcción de país y nación?

La respuesta es compleja pero quisiéramos destacar algunos obstáculos que son centrales a una concepción de este tipo:

- Una idea generalizada en muchos de los que lideran el país: tecnócratas de nuevo cuño, intelectuales, defensores a ultranza del progresismo, medios de comunicación, educadores “modernistas” o políticos demagogos, que ven, por el camino de la confusión o incipiente intelectual, que ser modernos es andar por la ruta de los países llamados desarrollados y consideran que debemos hacer el recorrido sin importar el costo que cultural, política y a nivel de soberanía haya que pagar.
- Una educación mal entendida en la cual se ha privilegiado la idea de entrenar para la productividad y no de formar para la autonomía. Esta educación ha erradicado de sus sentidos la alta tradición rural del país y ha desvinculado de los procesos educativos rurales y urbanos el oficio del campesino y la misma cultura rural. Nuestro sistema educativo está en la obligación de conjugar el verbo diversificar. No negamos la necesidad de un entrenamiento eficaz sino la urgencia de hacer compatible las tradiciones con la construcción de futuro.
- Desde estas visiones “modernistas” se ha estigmatizado no sólo la vida rural sino también al campesino y se promueven discursos torpes sobre la urgencia de civilizar las comunidades o “modernizar” sus instituciones.

Lo local

Un proceso de desarrollo político moderno sitúa la acción política directa en el espacio regional/local. Esto es así por una multiplicidad de razones que podríamos destacar:

- Los modelos centralizados de gestión han mostrado una altísima ineficacia para desarrollar los objetivos de la Nación; los esfuerzos realizados en la legislación se han visto enturbiados por el clientelismo y se pueden ver algunos intentos por revertir tales procesos. Es necesario ampliar la incidencia de la participación de la población en la planeación de sus propios horizontes.
- La autonomía local facilita no sólo la gestión de los recursos sino también la gobernabilidad en la medida que acerca al ciudadano a sus propias responsabilidades con la comunidad y con el Estado. Una democracia moderna centra sus esfuerzos en la creación de compromisos del ciudadano y en su vinculación a las tareas colectivas. Así mismo una localidad fuerte supone un manejo más eficaz de la justicia centrado en el reconocimiento de la relación indisoluble que existe entre ley, cultura y moral.
- El ordenamiento territorial y su gestión se orientan por intereses más cercanos a las comunidades facilitando que cada municipio utilice este mecanismo como creador de gobernabilidad.

8. Ejes de la estrategia

Cuando nos referimos a lo *estratégico* lo hacemos pensando en aquello que posibilita cambios de fondo en una situación determinada. Cambios que orientan acciones de largo plazo y por lo tanto exige esfuerzos en este sentido. Como lo afirmábamos anteriormente, la estrategia concentraría sus esfuerzos en provocar un tránsito de la sociedad colombiana hacia una democracia innovativa que revalorice el sentido de la política y específicamente el conjunto de prácticas políticas que hacen parte del escenario nacional de finales de milenio.

Los ejes de la estrategia que hemos definido surgen de una comprensión de ese escenario y sus problemas u obstáculos centrales: pérdida de la confianza y credibilidad, incipientes niveles de organización de la sociedad civil, bajos o nulos niveles de información de la población sobre los asuntos del Estado, debilidad de las instituciones y baja participación de la población en las decisiones que la afectan. Desde esta perspectiva vemos como estratégicos los cuatro ejes que a continuación proponemos:

Crear confianza

Parecería evidente que en todas las relaciones humanas debería existir el margen de confianza suficiente como para que éstas pudiesen tener no sólo un fin loable sino también un sustento. La base fundamental de toda relación (individuo-

individuo, hombre-mujer Estado-sociedad civil, etc.) tiene sus cimientos en la posibilidad de creer en el otro, de entender al otro como un igual y de reconocer que en lo público nunca los intereses individualistas deben primar sobre un interés general o producir una ruptura o divorcio entre lo que el ciudadano desea y lo que sería bueno para la sociedad. Sería bueno advertir que en las relaciones, llamémoslas de carácter privado, que establecemos con los demás (negocios, afectivas, deportivas, etc.) nuestros intereses deberían en principio prevalecer, siempre y cuando se orienten por una ética mínima de respeto y responsabilidades que no violenten los principios y valores de la cultura, la tradición y las reglas implícitas en un comportamiento honesto.

Aparece aquí un elemento crucial para la creación de confianza: la honestidad, sin ella la comunicación o la interacción de los individuos pierde no sólo credibilidad sino también legitimidad. No siempre lo que se desea desde el fuero de la intimidad es conveniente para todos, en este sentido, es vital reconocer que en múltiples ocasiones se hace necesario dejar de lado los intereses propios cuando no es legítimo el fin a alcanzar, el no hacerlo implicaría entre otras cosas abrir intersticios para que la transgresión de las reglas del juego (regulaciones formales o autorregulaciones culturales) se haga valedera o aceptable colectivamente. Quizás una de las mayores tragedias nacionales es el aceptar colectivamente la transgresión, aceptación que ha sido impulsada por la gran debilidad del sistema judicial y por fenómenos como el narcotráfico, el contrabando y la corrupción administrativa.

La ruptura de la confianza se constituye en un obstáculo grande en tres niveles al menos: en el de la gobernabilidad, en el de las relaciones Estado-sociedad civil y en el de las relaciones entre individuos.

Pero la confianza se nutre de la reflexión que en cada uno provoca las acciones de los demás. Un Estado ejemplar alimentaría las bases de la confianza de la ciudadanía de la misma manera que un individuo ejemplar se constituye en la base de la familia, barrio, comunidad.

Si observamos con detenimiento, podríamos afirmar que las bases generales de la confianza están estrechamente relacionadas con la política y la ética. Procesos políticos que favorecen los intereses de unos pocos son elementos que perturban la confianza, comportamientos por fuera de la ética mínima establecida tenderían a romper con la credibilidad que unos tenemos de otros. Podríamos afirmar que tanto en lo público como en lo privado las relaciones se regulan o autorregulan sobre la base de unos principios mínimos que garantizarían que más allá de las razones y los argumentos individuales, el principio de la no violencia: no violentar al otro, sería la regla del juego primordial.

Es claro que los procesos de comunicación humana están mediados por reglas del juego que tendrían, so pena de fracasar, que ser reconocidas por todos. En gran parte la gobernabilidad de las propias instituciones depende en gran medida que las reglas no sólo sean conocidas sino también compartidas.

Comunicación ilimitada

A lo largo de nuestra exposición está implícita una premisa básica: la democracia exige unos niveles fuertes de formación del ciudadano y una información organizada y estructurada de tal forma que el ciudadano tenga acceso a ella de manera libre. Sólo en la medida que una sociedad avance hacia objetivos claros en este sentido podría hacerse realidad la participación ciudadana en las actividades de planeación y control de la gestión del Estado, del municipio y de las organizaciones de la sociedad civil.

Consideramos que nuestro país está en mora de producir acciones encaminadas a fortalecer la participación como elemento de mejoramiento de la gobernabilidad.

Una participación inteligente tendría que estar respaldada por niveles apropiados de formación ciudadana de tal manera que sus acciones sean orientadas desde la razón y el conocimiento de la realidad que cada cual vive.

Por otra parte un aspecto fundamental a tener en cuenta es el problema de la información relacionada con las actividades que el sector público desarrolla, en este sentido es necesario aumentar sustancialmente la información disponible para la ciudadanía y organizar una institucionalidad eficaz que cualifique, produzca, organice y circule la información.

La comunicación ilimitada entendida como un proceso de educación política ciudadana se nutre del principio de que es urgente hacer visibles y comprensibles los problemas para actuar eficazmente sobre ellos.

Organizar la sociedad civil

La configuración de un escenario de convivencia, entendida esta última como un proceso político de construcción colectiva, exige niveles de organización de la sociedad civil que permitan una interacción eficaz entre los distintos actores que componen la sociedad colombiana.

Dos cosas nos hacen pensar en esto: por un lado la necesidad de acercar a la sociedad civil al manejo del Estado y, por otro, la cualificación y mejoramiento de los espacios de interacción en que los actores se desenvuelven. En ambos sentidos una sociedad civil organizada haría que los niveles de eficacia de las distintas reglas de juego aumentarían.

Es urgente generar espacios de interacción ciudadana que faciliten el conocimiento de los ciudadanos de la realidad no sólo económica y política sino también cultural e histórica de la vida del país. Caminar hacia la configuración de una sociedad civil consciente de sus tradiciones y desafíos es el reto mayor que tiene el país para resolver sus problemas. Una sociedad civil sólidamente organizada

sobre la base de la razón podrá asumir la participación de manera inteligente, ilustrada dirían algunos, y por este camino el mejoramiento de la gobernabilidad y el logro de la paz duradera.

El concepto de participación lo encontramos entonces ligado de manera directa a la capacidad de tomar las decisiones y a la organización de sociedad civil con propósitos de un proyecto nacional de democratización y disminución de la iniquidad, la impunidad y la corrupción, tres taras nacionales que no podrán desaparecer del escenario nacional si no es de la mano de una participación calificada de los distintos actores.

Construir capital político

La capacidad de una sociedad para conducir sus destinos está relacionada con el conjunto de instituciones que la soportan, tanto desde la óptica de la sociedad civil como del Estado, con la gobernabilidad, con los niveles de participación y la calidad de la misma y sobre la base de este edificio se encuentra la formación de la ciudadanía y el control que ella misma pueda ejercer sobre los gobernantes en lo local y en lo nacional.

Entendemos como una de los mayores desafíos de largo plazo la creación de esto que hemos denominado capital político que posibilita el desarrollo de una democracia innovativa y por lo tanto sustantiva. Un capital político que trascienda la coyuntura y permita una estructura política limpia y fértil. De la generación de estas capacidades de la sociedad depende en gran medida la inserción en la órbita de los países democráticos, justos y progresistas.

La propuesta de la estrategia de pedagogía política se consolida en dos grandes proyectos nacionales. Uno que se orienta a crear una conciencia de largo plazo de un país pacifista: Colombia: una cultura para la paz y otro que está enfocado a trabajar en aquellas zonas o pueblos que han sufrido los mayores impactos de la guerra y el modelo de desarrollo: la red nacional de pueblos.

A. Colombia: Más allá de las armas

La creación de una conciencia nacional y el desarrollo de una movilización ciudadana para la construcción de una paz duradera son bases fundamentales para el logro de la convivencia nacional.

Procesos pedagógicos que permitan no sólo la vinculación y la participación de los distintos actores del conflicto sino que también creen la confianza y credibilidad en el mismo proceso, son esenciales para establecimiento de un régimen democrático y el logro de la estabilidad política tanto a nivel nacional como local.

La estrategia Colombia: más allá de las armas, tiene entonces estos dos propósitos: crear conciencia y desarrollar una movilización ciudadana hacia la convivencia.

Se compone de cinco procesos de carácter participativo que colectivamente hagan visibles soluciones ciudadanas para enfrentar el próximo milenio con acuerdos duraderos.

1. *Misión la política en Colombia*, su propósito sería el de pensar la política en nuestro país y proponer una estrategia de largo plazo para la recuperación de la confianza en la institucionalidad y el cambio en las prácticas políticas. El horizonte de una reforma política de dimensiones nacionales sería propósito fundamental de la estrategia y objetivo de trabajo en el proceso de la misión: la política en Colombia. Consideramos desde la estrategia de pedagogía política que una misión de estas características debería ser altamente participativa y regionalizada, vinculando actores de todas las corrientes así como empresarios, intelectuales, científicos, comunicadores.
2. *Misión: la justicia en Colombia*. Su propósito sería el de analizar el problema de la justicia en Colombia y definir una estrategia para la organización de un sistema judicial acorde con nuestra diversidad regional y cultural. Una reforma de la justicia que en el proceso de formulación vinculara a todos los actores y escenarios regionales y locales.
3. *Programa nacional: capital cultural de la paz*: su propósito es crear un gran espacio nacional de deliberación y creación de acuerdos y agendas para los distintos temas tratados. Se desarrollaría anualmente y se ejecutaría cada año en una capital departamental. Este gran espacio nacional se constituiría en escenario de creación de una conciencia pacifista.
4. *Estrategia de comunicación no violenta en medios masivos*. Su propósito es crear un compromiso de los medios masivos de comunicación con la difusión de un pensamiento pacifista.
5. *Red de intelectuales y científicos pacifistas*. Su propósito es crear una gran red pacifista de intelectuales y científicos que se constituya en un órgano asesor de la sociedad civil y del Estado y que desarrolle trabajos y propuestas sobre los asuntos de la convivencia nacional. Un foro abierto de la sociedad civil en el que converjan la inteligencia del país y las comunidades.

B. Red Nacional de Pueblos: una utopía civilizatoria

A manera de introducción

Entendemos una red como un proceso altamente participativo y renovador del conjunto de prácticas políticas que orientan una comunidad, pueblo o municipio.

Al entenderla como un proceso quisiéramos resaltar unas de sus características:

Se entiende que siendo valiosos los resultados, es sustancialmente importante el proceso en sí como constructor de lazos y renovador del tejido social.

Esta concepción nos hace pensar en procesos de largo plazo que permitan crear confianza, potenciar la participación, recuperar o estructurar liderazgos locales y sentar las bases de un capital político fortalecido y no sujeto a los intereses individuales.

El proceso de largo plazo facilitará el tránsito de unas estructuras de poder establecidas sobre la negociación y la transacción de aquellos que lo han usufructuado hacia unas estructuras de poder local que sean responsables con el manejo del Estado y del poder. El proceso aquí planteado nos remite a la urgencia de construir una ética pública que se origine en los intereses comunitarios y responda por las necesidades de la población.

Al ser un proceso abierto y participativo lo entendemos como un espacio en el que convergen no sólo los intereses de los distintos grupos (propietarios de tierra, empresarios, campesinos, organizaciones de la sociedad civil, Iglesia, etc.) sino que su presencia es fundamental para que se dé una organización real a partir de todos y todas.

Valoramos altamente la participación activa de la mujer como fuente esencial para la configuración de un proceso civilizatorio plural. En este sentido la red reconoce desde su inicio no sólo el papel que ha cumplido la mujer en todos los ámbitos de la sociedad sino que valora el potencial humano, técnico e intelectual de ésta en la construcción de un ethos político distinto.

En el proceso que se propone, aunque es de carácter básicamente político, se entiende que la política está estrechamente vinculada a la economía. Desde esta perspectiva y desde el análisis de nuestras realidades rurales, la estrategia propone el desarrollo de una economía que permita transitar hacia una sociedad más equitativa que elimine los niveles absolutos de pobreza y facilite el tránsito hacia una sociedad más preocupada por los seres humanos que por el mercado.

El proceso aquí propuesto no pretende establecer proyectos o programas específicos sino que éstos deben surgir de la comunidad y nutrirse de sus propias experiencias. El proceso irá básicamente dirigido a promover una autoformación local que estructure mecanismos institucionales sobre: quién decide, qué decide y cómo se decide.

Se entiende como un proceso de auto-institución en el cual la comunidad no sólo participa en él, sino que lo lidera. Construye cooperadamente una institucionalidad que surge y se consolida en su origen. La formulación cooperada de reglas de juego se constituye así en elemento central de la vida en comunidad teniendo un valor principal en etapas que podríamos llamar de pos-conflicto: aquellas en las cuales el conflicto violento ha sido erradicado con base en acuerdos *comunes* y por lo tanto *razonables*.

En términos generales el objetivo de la Red de pueblos sería la reconstrucción política, cultural, social y económica de un conjunto de poblaciones que han sido golpeadas por el conflicto armado, el paramilitarismo y las prácticas políticas vigentes.

Entendemos esta reconstrucción como un proceso de alta cooperación que se nutre de las experiencias de otros pueblos que han llevado procesos ejemplares pero que se sustenta en la planeación colectiva de todos los proyectos que surjan desde las especificidades de cada región o localidad.

Áreas de intervención

El proceso de la Red de pueblos tendría como punto de partida tres áreas básicas de intervención:

La revolución institucional entendida como un amplio proceso participativo de autoinstitución que posibilite no sólo recuperar la gobernabilidad institucional sino también cambiar radicalmente el conjunto de prácticas políticas y las estructuras locales de poder. Es la población en su acción política diaria la que controla la institucionalización.

La economía de paz entendida como un proceso de reconstrucción económica sobre la base de unos principios cercanos a la economía solidaria que garanticen la seguridad alimentaria de la población y en la medida de lo posible la autosuficiencia económica de cada localidad o pueblo. Mercados locales altamente entrelazados con una excelente información que permita un intercambio equitativo y rentable para sus productores. Productores que inserten sin perturbar los procesos propios de cada región los avances en tecnologías limpias para el mejoramiento de la productividad.

La escuela global entendida como una institución abierta a la comunidad y con una gran actualización pedagógica que facilite y garantice la educación permanente de la población en todas sus edades, sexo, raza y lenguas.

Un esquema para desarrollar colectivamente

La propuesta de crear una red de pueblos surge de la interpretación de los fenómenos actuales que derivados del largo conflicto colombiano muestran una raíz territorial expresada no sólo en la ordenación misma de los territorios sino también en la gestión local y los deficientes procesos de descentralización. La red buscaría ser un instrumento de desarrollo territorial en un amplio sentido que involucre los aspectos económicos, políticos y culturales de las poblaciones.

Podríamos pensar que la red como mecanismo de ordenamiento facilitaría el desarrollo de:

- **Pueblos existentes afectados por el conflicto de manera directa.** En este sentido puede ser entendida como una estrategia de pos-conflicto en zonas golpeadas por la guerra.
- **Nuevos pueblos o nuevos poblamientos,** se buscaría ser el eje central de una política de población que permitiera nuevos desarrollos y ocupaciones territoriales equitativos dentro de lo que se ha llamado la frontera agrícola.

La red desarrollaría las bases y objetivos de la estrategia de pedagogía política “Crear sociedad” y se estructuraría de acuerdo con los ejes de la misma. Hemos incorporado aquellos asuntos que surgieron en los procesos de participación de la Red Transitar, pero somos conscientes que las especificidades deben surgir del proceso mismo. En este sentido antes que proponer una estructura y aspectos definitivos, proponemos una guía general de los asuntos que consideramos cruciales y que se integran a la estrategia de manera funcional:

Crear confianza

- *Institucionalidad*
 - Creación y divulgación de las reglas de juego
 - Meritocracia
 - Derechos y deberes
 - Jueces de paz
- *Participación ciudadana*
 - Participación en la planeación y el control
 - Fortalecimiento o creación de espacios de participación
- *Ferias y fiestas*
 - Espacios lúdicos de integración
 - Trabajadores culturales para la educación ciudadana
 - Red de ferias
- *Iglesia*
 - Punto de encuentro

Comunicación ilimitada

- **Centros de información**
 - Económica
 - Histórica
 - Geográfica
 - Política
 - Legislación
 - Plan de desarrollo (Nal., Dptal., Mpal.)
 - Demográfica
 - Riesgos

- **Red de comunicaciones**
 - Electrónica: computadores, Internet.
 - Emisora comunitaria
 - Altavoces
 - Canal comunitario
 - Boletín bando
 - Comunicación oral (cuentaría)

Organización de la sociedad civil

- **Organización comunitaria**
 - Para la producción (economía solidaria)
 - Para la política
 - Para la veeduría

- **Foro permanente de formación ciudadana**
 - Para el debate permanente de los asunto ciudadanos.

- **El plan de desarrollo como pacto social (CTP, CMDR)**
- **La reforma agraria: un proyecto comunitario.**
- **Aulas ambientales: para la conservación y recuperación del medio ambiente.**

- **Mercados locales**
 - Para el intercambio equitativo de la producción campesina

- **Red de proyectos ejemplares**
 - Para el conocimiento y divulgación de proyectos exitosos.

- **Reservas campesinas**
 - Para la formación y consolidación de comunidades campesinas

Construcción de capital político

- **Núcleos de formación ciudadana**
 - Formación política y ética
 - Formación histórica (veredal, Mpal.)
 - Formación para la planeación y el control
- **Escuelas de convivencia**
 - PEI's en convivencia
 - Gobiernos escolares
 - Escuela, comunidad, naturaleza
 - Formación en tradiciones (oficios del campo)
- **Jardines de confianza**
 - El niño un ciudadano mayor
- **Bibliotecas (veredales, Mpales.)**
- **La universidad del campo: abierta pero sin distancias para el desarrollo de la sociedad rural.**

UNA REFLEXIÓN FINAL

Puede llegar a sorprender a algunos esta visión que aparenta ser pesimista de la realidad nacional. Pero como hemos intentado resaltar, antes que pensar en la gran mayoría de la población colombiana o en el carácter cultural que algunos afirman tiene nuestra violencia, un énfasis en el sistema político y los que lideraron con menos tino que fortuna personal la Nación.

Si la historia de Colombia es una historia de la confrontación, lo que no la diferencia de muchas otras historias nacionales, lo más cruel es que en otras ésta ha servido para construir sociedad y por ese camino nación.

La persistencia de la violencia, de todos los tipos, para la solución de conflictos carcome el piso institucional y debilita el sistema político y el tejido social hasta hacerlo perder su fuerza cohesiva y el posible imaginario compartido de convivencia.

Creemos que existe una íntima relación entre los procesos críticos en los cuales estamos inmersos y la existencia de un sistema político antidemocrático, poco funcional y corrupto.

Esta íntima relación se ve perturbada por la utilización que hacen las organizaciones políticas, partidos tradicionales, de la burocracia del Estado hasta haber logrado que las comunidades pierdan el contacto con la institucionalidad. Los elementos de una democracia instrumental, electoralista que distancia a la comunidad de su real papel político se convirtió en un obstáculo para el desarrollo de la misma Carta constitucional de 1991.

Creemos que la relación entre ethos político y económico es indisoluble. El manejo de la economía no es otra cosa que una decisión política y si ésta no se orienta por los intereses comunes, está la economía, restringiendo su carácter social y respondiendo sólo a los intereses privados o del mercado, como se ha denominado eufemísticamente al proceso actual.

Lo que hemos denominado revalorización del sector rural tiene que pasar por una revalorización de la política y la economía. Revalorización en el sentido de dotar tanto a unos como a otros de valores más cercanos a nuestra desolada situación social.

La política y la economía colombianas han mostrado que perdieron el rumbo: construir sociedad y nación, y que lejos de insertarse en lo que llaman proceso de globalización se precipitan hacia la exclusión de nuestro país de la comunidad internacional de naciones autónomas.

POSDATA

A lo largo del texto hemos sostenido la idea de que no es a través del cambio de las leyes que es posible cambiar la realidad. Es más, la historia de nuestro país está llena de intentos fallidos en este sentido. Sin embargo la dinámica del proceso de paz hace circular como una de las salidas al conflicto el desarrollo de una nueva constituyente y no quisiéramos sustraernos de la discusión.

Son muchas, quizás demasiadas, las opiniones que alrededor de la discusión sobre la Constitución se escuchan, variadas posiciones de expertos constitucionales, políticos, grupos armados y muy pocas las que se dejan escuchar del país no vinculado a la política como profesión.

Algunos quisieran volver a la Constitución anterior y desde allí consolidar el poder que ella les había dejado acumular.

Otros quisieran cambiar la Constitución de 1991 y acomodar el país de acuerdo con otros poderes.

Otros mirarían con mayor agrado el desarrollo de esta última.

La polémica parece no salir de allí y los esfuerzos que realiza la sociedad civil por neutralizar a unos y otros parecen no ser suficientes para erradicar la idea de que cambiando la Constitución cambiaremos el país.

La dinámica de hoy, agosto de 1998, nos empuja a preguntarnos: ¿es posible que cambiando la Constitución logremos consolidar un país en paz?

Consideramos que si esto fuera así, no cabría ninguna duda que habría que entrar en el camino del cambio constitucional. Sin embargo sobre esto nos asaltan varios interrogantes:

Uno, ¿cómo entrar en este camino valorando más el proceso político que el resultado, es decir el texto?

Dos, ¿cómo lograr que la gran mayoría participe no sólo en el proceso sino también en la conveniencia o no de iniciarlo?

Tres, ¿cómo hacer para que los distintos poderes, legales o ilegales, no nos impongan el país que ellos desean?

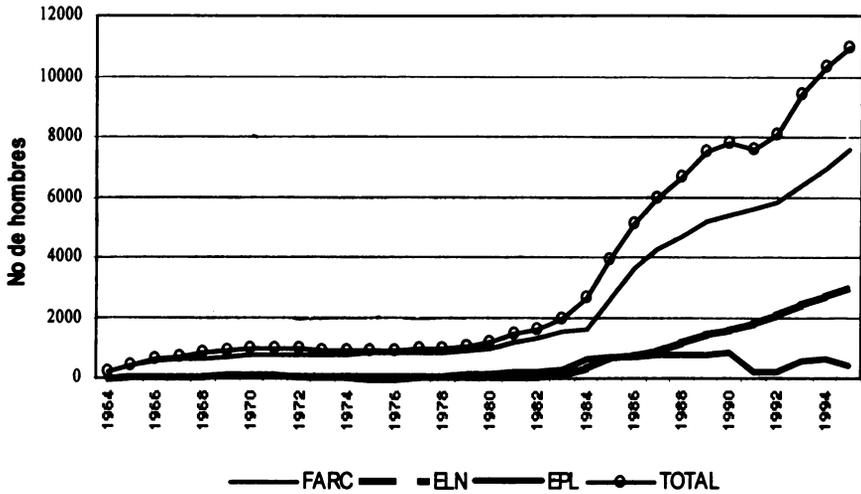
Cuatro, con la cultura política arraigada ¿cómo lograr que la participación ciudadana no sea manipulada y sus espacios usurpados?

Cinco, ¿cómo lograr que la revolución democrática y el cambio social no quede en manos de esos poderes, legales o ilegales, que históricamente han neutralizado la idea de una democracia real?

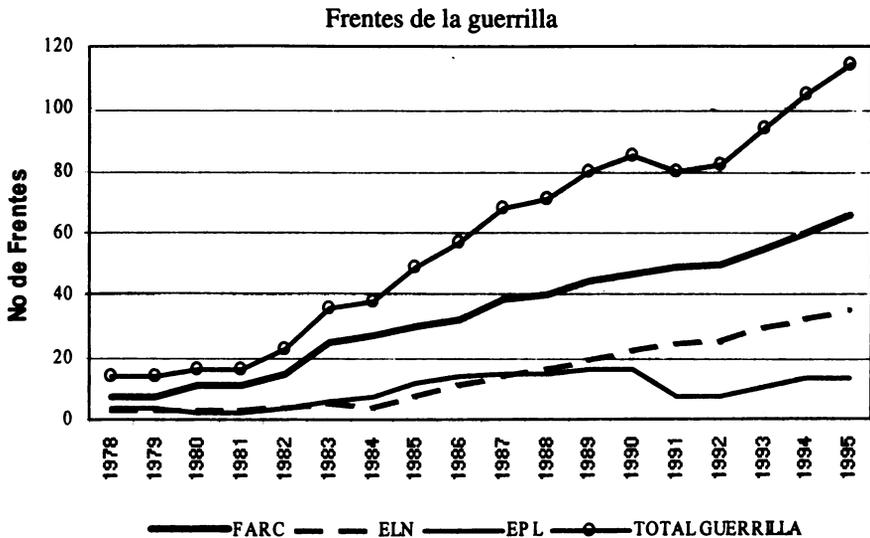
ANEXO ESTADÍSTICO

Se anexan algunas estadísticas utilizadas en la reflexión

Hombres en la guerrilla

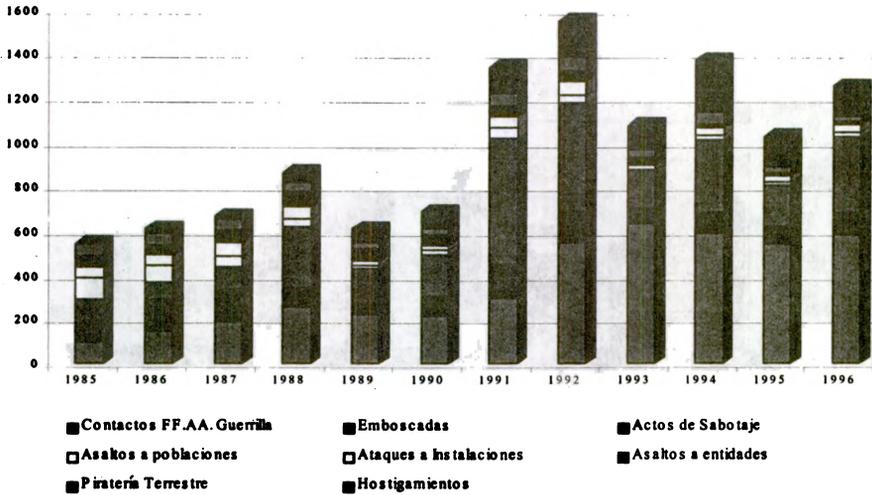


Fuente: Observatorio de la violencia de la Consejería de Paz. Investigador: Camilo Echandía.



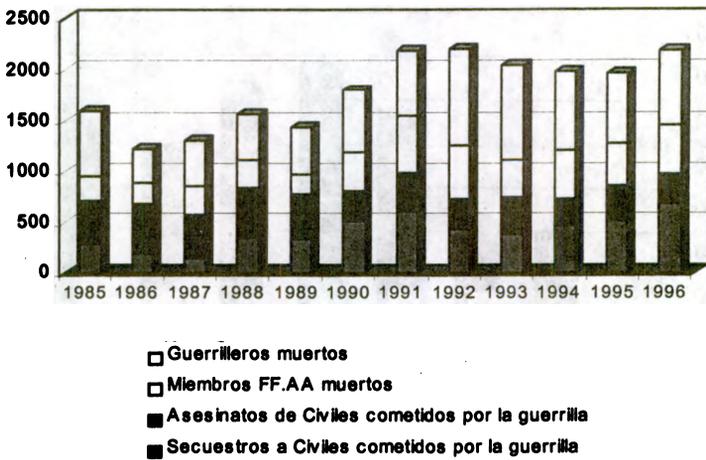
Fuente: Observatorio de la violencia de la Consejería de Paz. Investigador: Camilo Echandía.

Acciones armadas 1985-1996



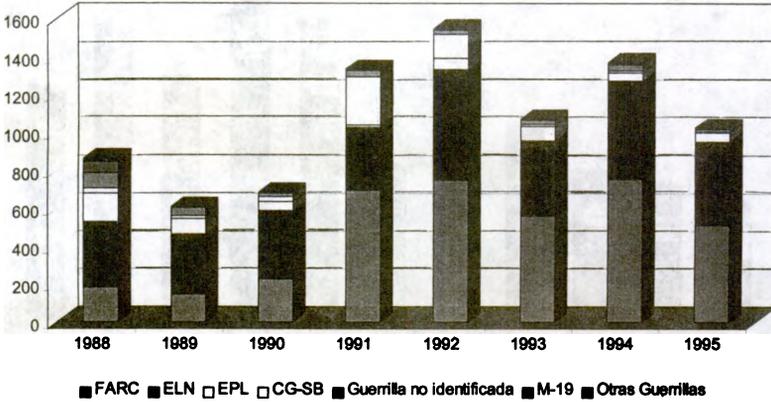
Fuente: Observatorio de la violencia de la Consejería de Paz. Investigador: Camilo Echandía

Víctimas del conflicto guerrilla-ejército



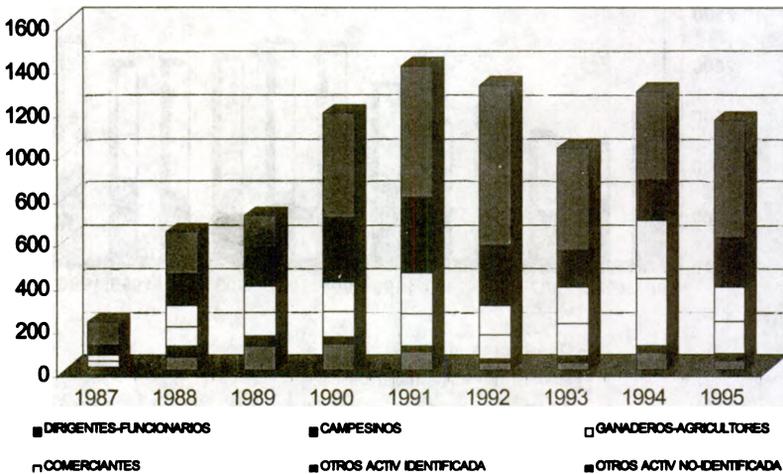
Fuente: Observatorio de la violencia de la Consejería de Paz. Investigador: Camilo Echandía.

Autores acciones armadas



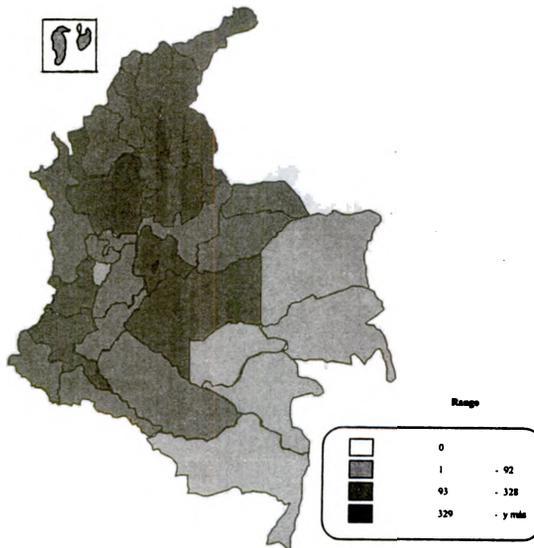
Fuente: Observatorio de la violencia de la Consejería de Paz. Investigador: Camilo Echandía.

Actividad víctimas secuestro



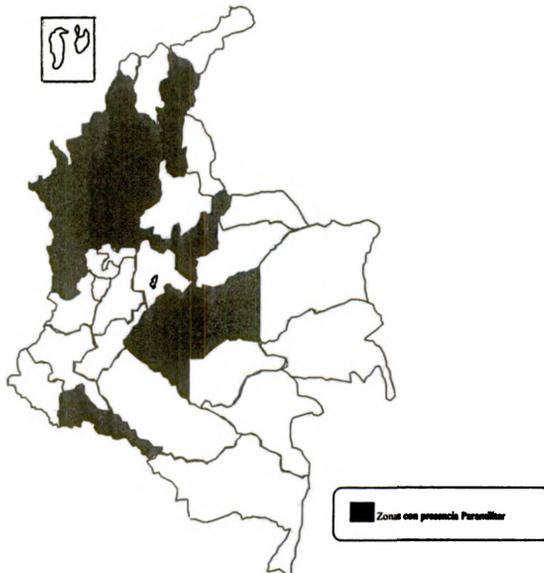
Fuente: Observatorio de la violencia de la Consejería de Paz. Investigador: Camilo Echandía.

Secuestros departamentales



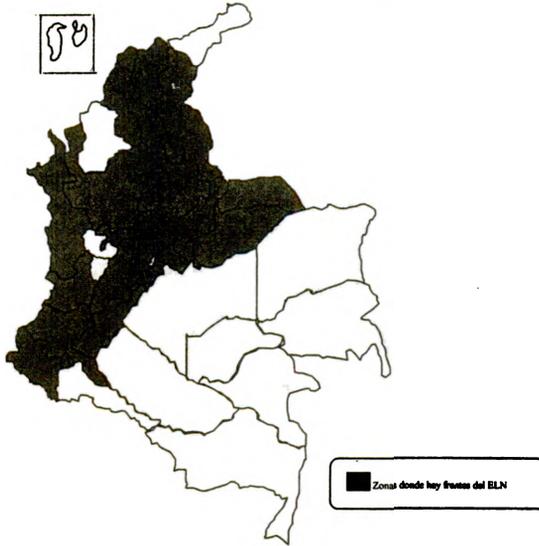
Fuente: Fundación País Libre, Consejo Nacional Antisecuestro del Ejército.
Centro de Investigaciones Criminológicas, Dirección Nacional Antisecuestro de la Policía.

Zona con presencia paramilitar



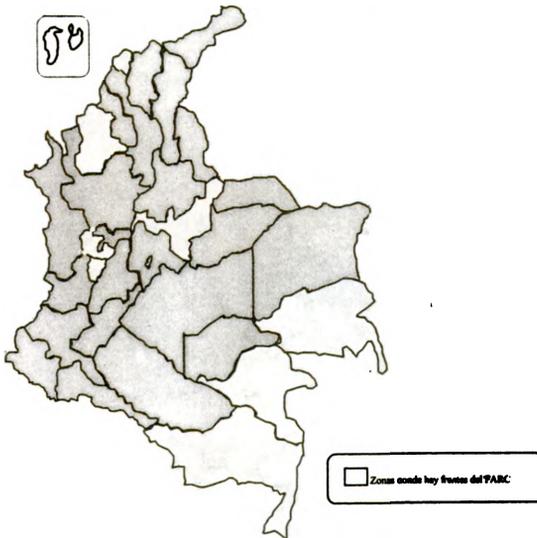
Fuente: Observatorio de la Violencia. Consejería de Paz.

Zonas frentes ELN 1995



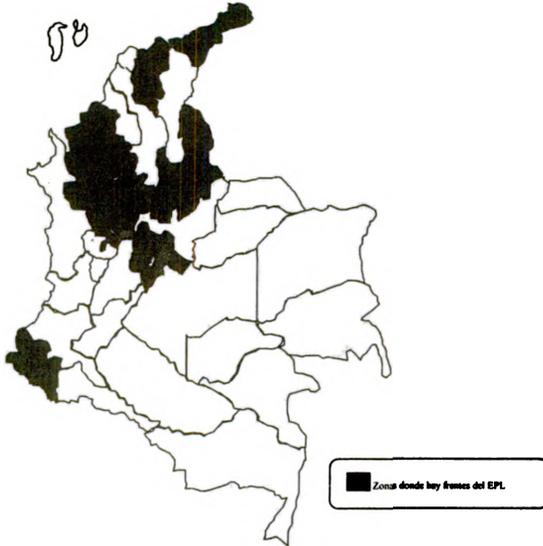
Fuente: Bejarano, *op. cit.*

Zonas con por lo menos un frente de las Farc 1995



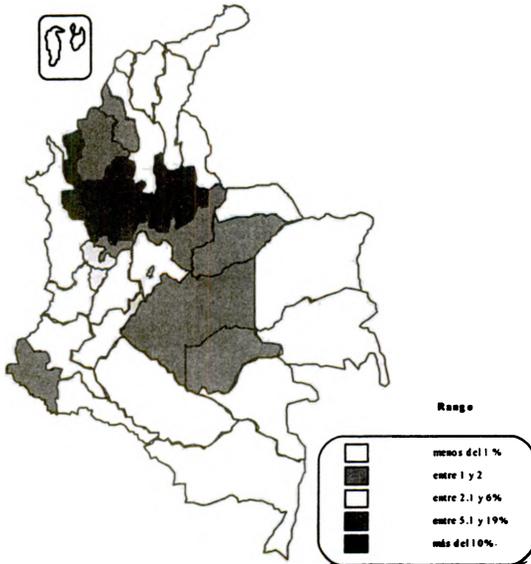
Fuente: Bejarano, *op. cit.*

Zonas con por lo menos un frente del EPL 1995



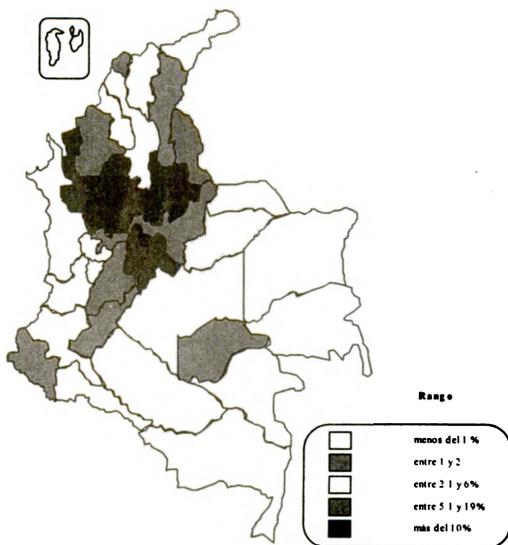
Fuente: Bejarano, *op. cit.*

Departamentos expulsivos de población.



Fuente: Conferencia Episcopal de Colombia. Desplazados por la violencia en Colombia, 1995.

Departamentos receptores de población



Fuente: Conferencia Episcopal de Colombia. Desplazados por la violencia en Colombia, 1995.

Delitos contra el patrimonio económico y contra la vida y la integridad personal

Urbano	97201	93.31%	70388	90.00%	86433	91.69%
Rural	6967	6.69%	7820	10.00%	7837	8.31%
Total	104168	100.00%	78208	100.00%	94270	100.00%

Urbano	78044	84.33%	62808	77.56%	65470	76.85%
Rural	14503	15.67%	18169	22.44%	19720	23.15%
Total	92547	100.00%	80977	100.00%	85190	100.00%

Total	86153	89828	92547	80977	85190
--------------	--------------	--------------	--------------	--------------	--------------

Lesiones personales	27200	28534
Homicidio	24042	23543
Lesiones culposas (A/T)	19245	23543
Homicidio (A/T)	5258	5858
Homicidio agravado asesinato	3620	2890
Otros	1612	1140

Fuente: Observatorio de la violencia.

Víctimas Secuestros

Dirigentes-funcionarios	3	63	116	123	88	33	34	80	45	585	6.5%
Campeños	11	53	47	36	25	20	32	35	34	293	3.3%
Ganaderos-agricultores	29	87	108	114	154	113	152	310	148	1215	13.5%
Comerciantes	32	98	122	138	186	138	169	268	160	1311	14.6%
Otros actividad identificada	43	149	178	298	348	278	169	187	228	1878	20.9%
Otros actividad no identificada	109	190	145	482	606	738	470	413	543	3696	41.2%
Total secuestros	227	640	716	1191	1407	1320	1026	1293	1158	8978	100.0%

Secuestros según responsables y actividad de las víctimas

ELN	49	117	180	286	222	152	150	270	227	1653	18.4%
Farc	63	97	53	132	299	208	149	261	265	1527	17.0%
EPL	29	98	74	73	66	64	61	27	30	522	5.8%
M-19	3	29	23	3	5	1	1	6	13	83	0.9%
CG-SB	1	5	2	8	9	6	9	6	9	40	0.4%
Milicias						3	4			22	0.2%
Bandas de secuestradores	82	294	384	689	806	887	652	723	614	5131	57.2%
Total secuestros	227	640	716	1191	1407	1320	1026	1293	1158	8978	100.0%

Guerrilla	145	346	332	502	601	430	370	564	535	3825	43%
Bandas	82	294	384	689	806	887	652	723	614	5131	57%

Fuente: Observatorio de la violencia.

**Distribución geográfica del secuestro en Colombia
1991-1997 (Datos a 31/12/97)**

1	Amazonas				2			1	3
2	Antioquia	384	294	237	225	265	382	337	2124
3	Arauca	10	35	27	17	23	31	26	169
4	Atlántico	12	17	5	18	18	37	20	127
5	Bolívar	57	40	35	36	18	42	123	351
6	Boyacá	67	12	7	29	17	8	11	151
7	Caldas	6	16	11	22	8	21	16	100
8	Caquetá	37	22	20	51	28	19	24	201
9	Casanare		37	18	24	19	25	33	156
10	Cauca	91	36	26	53	27	26	70	329
11	Cesar	138	99	70	76	81	175	156	795
12	Chocó	3	1	13	21	15	31	35	119
13	Córdoba	31	18	19	77	26	25	25	221
14	Cundinamarca	90	92	66	92	97	152	91	680
15	Guajira	23	16	19	11	24	43	53	189
16	Guainía				3			1	4
17	Guaviare		7		4	1	1	5	18
18	Huila	56	62	20	20	33	29	30	250
19	Magdalena	46	44	41	46	43	46	74	340
20	Meta	117	38	33	58	30	57	45	378
21	Nariño	25	21	24	37	25	44	58	234
22	N. de Santander	107	115	28	53	45	61	86	495
23	Putumayo	22	12	17	16	3	7	10	87
24	Quindío	7	5	9	11	4	4	3	43
25	Risaralda	13	9	12	14	8	21	15	92
26	San Andrés	1							1
27	Santander	134	107	98	148	48	53	121	709
28	Sucre	28	38	42	48	20	42	73	291
29	Tolima	43	32	23	24	38	40	40	240
30	Valle	169	93	91	103	95	99	105	755
31	Vaupés							4	4
32	Vichada		1	3	1	4	2		11
33	Otras fronteras				38	5	5		48
Total		1717	1319	1014	1378	1068	1528	1691	9715

Fuente: Consejo Nacional Antisecuestro del Ejército (Conase), Centro de Investigaciones Criminológicas (C.I.C.DIJIN), Dirección Nacional Antisecuestro de la Policía (Dinase) y la Fundación País Libre.

Tomado del diario *El Espectador* del 25 de enero de 1998, p. 10-A Nacional.

	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	Total
Contactos FF.AA.-Guerrilla	94	147	188	254	222	216	298	552	632	592	546	584	4325
Emboscadas	100	143	155	91	57	89	154	136	73	91	75	97	1261
Actos de sabotaje	98	80	95	271	155	190	566	490	175	325	189	340	2974
Asaltos a poblaciones	96	78	52	35	12	19	51	34	15	22	13	25	452
Ataques a instalaciones	50	46	62	56	20	24	44	65	8	34	28	35	472
Asaltos a entidades	49	44	52	74	54	48	50	49	31	18	13	15	497
Piratería terrestre	59	54	48	41	32	29	54	63	34	50	26	16	506
Hostigamientos	0	19	17	44	60	75	124	161	107	242	137	140	1126
Total acciones armadas	546	611	669	866	612	690	1341	1550	1075	1374	1027	1252	11613

Autores acciones armadas

GRUPOS	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	TOTAL
Farc	184	146	228	698	752	567	758	518	3851
ELN	350	322	365	330	586	391	521	438	3303
EPL	147	80	47	15	60	75	45	45	514
CG-SB	27	15	27	258	125	15	9	5	481
Guerrilla no identificada	81	42	17	30	19	18	31	14	252
M-19	62	7						4	73
Otras guerrillas	15		6	10	8	9	10	3	61
Total	866	612	690	1341	1550	1075	1374	1027	8535

Víctimas del conflicto armado guerrilla-ejército

	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	TOTAL
Secuestrados a civiles	286	188	145	346	332	502	601	433	374	456	503	687	4853
Asesinatos a civiles	426	491	421	498	440	314	392	292	365	282	354	277	4552
Miembros FF.AA muertos	237	219	285	265	205	375	552	539	367	469	409	478	4400
Guerrilleros muertos	644	335	457	449	464	602	639	939	934	774	696	740	7673
Total	1593	1233	1308	1558	1441	1793	2184	2203	2040	1981	1962	2182	21478

Fuente: Observatorio de la violencia.

Asesinatos de dirigentes políticos populares y civiles

Liberales	81	72	51	38	33	14	37	21	347
Conservadores	44	33	28	21	16	9	15	9	175
Unión Patriótica	94	68	49	29	18	29	7	8	302
Otra filiación	15	6	11	4	2	10	27	27	102
Sin filiación registrada	67	76	88	50	40	46	39	487	
Organización Popular	59	54	40	20	9	34	17	10	243
Esperanza Paz y Libertad			19	10	42	7	59	137	
AD-M19				8	3	4	3	1	19
Sub total (a)	360	309	267	220	141	182	159	174	1812

Campesinos-Trabajadores	637	423	227	75	76	113	118	121	1790
Ganaderos-Comerciantes	192	349	230	128	192	64	93	68	1316
Actividad identificada	407	732	695	574	491	339	232	326	3796
Actividad no identificada	1066	1460	2056	2807	890	1018	925	695	10917
Sub total (b)	2302	2964	3208	3584	1649	1534	1368	1210	17819
Víctimas en asesinatos colectivos*	764	527	649	709	524	418	388	301	4280
Total asesinatos (a) + (b)	2662	3273	3475	3804	1790	1716	1527	1384	19631

Guerrilla	498	440	314	392	292	365	282	354	2937
Otras organizaciones	2164	2833	3161	3412	1498	1351	1245	1030	16694
Tasa X 100.000 HB	8.51	10.29	10.75	11.58	5.36	5.05	4.42	3.94	

* Las víctimas en asesinatos colectivos se encuentran dentro del total de asesinatos.

Fuente: Observatorio de la violencia.

Número de hombres de las guerrillas en armas según grupos y años

AÑO	FARC		ELN		EPL		Total guerrilla	
	No. Hom	No. Fren	No. Hom	No.Fren	No. Hom	No. Fren	No. Hom	No. Fren
1964	200		15				215	
1965	400		36				436	
1966	580		38				618	
1967	600		90				690	
1968	650		95		80		825	
1969	700		120		90		910	
1970	740		150		100		990	
1971	780		115		100		995	
1972	790		95		90		975	
1973	790		65		80		935	
1974	800		38		60		898	
1975	820		27		70		917	
1976	820		34		80		934	
1977	830		52		90		972	
1978	850	7	60	3	100	4	1010	14
1979	900	7	65	3	120	4	1085	14
1980	980	11	70	3	140	2	1190	16
1981	1200	11	80	3	200	2	1480	16
1982	1300	15	100	4	220	4	1620	23
1983	1570	25	150	5	250	6	1970	36
1984	1640	27	350	4	660	7	2650	38
1985	2590	30	700	7	670	12	3960	49
1986	3650	32	800	11	700	14	5150	57
1987	4280	39	930	14	750	15	5960	68
1988	4700	40	1200	16	790	15	6690	71
1989	5200	45	1500	19	800	16	7500	80
1990	5380	47	1600	22	820	16	7800	85
1991	5600	49	1800	24	200	7	7600	80
1992	5805	50	2080	25	210	7	8095	82
1993	6385	55	2436	29	550	10	9371	94
1994	6966	60	2710	32	615	13	10291	105
1995	7547	66	2984	35	400	13	10931	114
Total	76043	616	20585	259	9035	167	105663	1042

Fuente: Observatorio de la violencia.

Comparación cultivos de coca entre los países del área Andina

	Áreas cultivadas de coca		Erradicación efectiva de cultivos de coca		Droga incautada		Lavado de dinero en millones de dólares		Detenidos por drogas	
	1995	1996	1995	1996	1995	1996	1995	1996	1995	1996
Bolivia	48.500 Ha	48.600 Ha	5.693 Ha	6.600 Ha	6.96 Tm	10,34 Tm	400	800	2494	3312
Chile						121Tm	1000	500	1400	
Colombia	45.000 Ha	59.000 Ha	25.402 Ha	18.300 Ha	265,5 Tm	240 Tm	3000	3000	2885	2547
Ecuador					10 Tm	15 Tm	400	3000	2260	3012
Perú	115.300 Ha	112.000 Ha	19.113,4 Ha	3.374,4 Ha	29,12 Tm	31,5 Tm	1000	2000	10709	12189
Venezuela					20,4 Tm	4,5 Tm	2000	2000	9741	7706

Fuente: Comisión Andina de Juristas: *El tráfico de drogas y las políticas antidrogas en los países andinos.*

REFERENCIAS

- Colombia Contemporánea, varios autores.
- Conferencia Episcopal, *Desplazados por la violencia en Colombia*. Santafé de Bogotá 1995.
- Departamento de Estado de Estados Unidos, *Informe sobre práctica de derechos humanos, Colombia*, 1996.
- Diccionario Filosófico Fernando Savater.
- Diccionario Político Eduardo Haro Tecglen.
- Escobar Acevedo, Pastor Santiago, *Impacto de la violencia en la producción agropecuaria 1990/1993/1994*. Documento de trabajo.
- Estadísticas banco de datos Cinep y Justicia y Paz.
- Félix Guatari, *Las tres ecologías*.
- Guillermo Solarte Lindo, *Aula espacio abierto a la vida*.
- Héctor Arenas Amorocho, *Contra la barbarie automovilista*.
- Héctor Arenas y Guillermo Solarte, *La universidad podrida*.
- Jacques Robin, *Hacia una sociedad de plena actividad y no de pleno empleo*.
- Jean Baudrillard, *Las estrategias fatales*.
- Jean Jacques Rousseau, *La economía política*.
- Jesús Antonio Bejarano Ávila (director investigación), *Colombia: inseguridad, violencia y desempeño económico en las áreas rurales*.
- José Manuel Naredo, *La economía en evolución*.
- Luis Racionero, *Del paro al ocio*.
- , *Filosofías del Underground*.
- Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia*.
- Milenio Jaques Atali.
- Oficina del Alto Comisionado para la Paz: Informes de Paz Nos. 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9.
- Orlando Fals Borda, *Terceras fuerzas triunfales en Colombia*.
- Peter Sloterdijk, *En el mismo barco*.
- Presidencia de la República, *El avance hacia la reconciliación*.
- Primera cumbre de las autodefensas de Colombia. Documento.
- Revista Foro No. 9: Carlos Jiménez Gómez, *Una tercera vía para la Colombia de hoy*.
- Ricardo Sánchez: *El bloqueo de la izquierda como tercera alternativa*.

ARTÍCULOS TOMADOS DE INTERNET

Amnistía Internacional; Carta de la paz; Comisión Andina de Juristas; Comunidad Andina de Juristas, *El tráfico de drogas y las políticas antidrogas en los países andinos*; Cornelius Castoriadis, *La democracia como procedimiento y como régimen, La democracia como procedimiento*; David Hartsough, *International nonviolent peacemaking teams: an idea whose time has come?*, *Preparing for peacemaking: the needs*; El país digital: debates; ELN, Comandante Nicolás Rodríguez Bautista, *Humanización de la guerra, un camino hacia la paz*, Comando Central, *Nuestra ética en la doctrina militar*, Entrevistas con Nicolás Rodríguez y Antonio García: *Hay que buscarle caminos a la paz. Tercera parte; Lo esencial es que se pueda pensar diferente. Segunda parte; Queremos una paz en la que todos quepamos. Primera parte*; Farc, Editorial, *Políticas de Estado para la Paz; La agricultura, economía del estancamiento en Colombia*; Resistencia, Edición Internacional # 17; FARC-EP, Comisión Internacional: Comunicados; Izquierda Unida; Javier Giraldo SJ, *Colombia, esta democracia genocida*; Juan Gabriel Tokatlian, *Narcotráfico en Colombia: reflexiones para mitigar su influencia y contener su expansión*. VIII Foro Nacional Paz: Democracia, justicia y desarrollo, *Ley del mercado y narcotráfico, el caso de Colombia*; Luis Guillermo Pérez Casas, *Colombia, la impunidad al orden del día*; Organizaciones de Derechos Humanos en Colombia, *Conflicto armado y paramilitarismo en Colombia*; Partido Popular (español); Partido Socialista Obrero Español.

ENTREVISTAS REALIZADAS

Alegría Fonseca, Alfonso Valdivieso, Almudena Masarrazza, Antanas Mockus, Antonio Morales, Carlos Anczar, Carlos Angulo, Carlos B. Gutiérrez, Cecilia López, Darfo Fajardo, Eduardo Escobar, Eduardo Pizarro, Enrique Santos Calderón, Gabriel Muyuy, Gloria Cuartas, Harold Bedoya, Héctor Mondragón, Jaime Zuluaga, Jesús Antonio Bejarano, Jorge Visbal, Juan Tokatlian, Luis Jorge Garay, María Mercedes Carranza, Mónica Zuleta y Gisela Daza, Rafael Echeverri, Rubén Jaramillo, Santiago García, Santiago Medina, Vera Grave, Jenny James

